SIEMPRE SERÁS MÍA

ELENA ARMAS

Autora de *Farsa de amor a la española*

Lit RBA

SIEMPRE SERÁS MÍA

Traducción de Nerea Gilabert Giménez

ELENA ARMAS

RBA

Índice

Nota De La Autora
Playlist de Siempre serás mía
1. Frankie
2. Frankie
3. Frankie
4. Turner
5. F1rankie
6. Frankie
7. Turner
8. Frankie
9. Frankie
10. Frankie
11. Turner
12. Frankie
13. Frankie
Epílogo. Tres años después...
Agradecimientos

AVISO DE CONTENIDO 

Este libro trata temas relacionados con el acoso y retrata comportamiento obsesivo, amenazas, actos vandálicos, violencia psicológica, así como lenguaje inapropiado, contenido sexual explícito y aspectos que pueden herir la sensibilidad de algunos lectores.

Por favor, ten esto en consideración antes de leer.

Título original inglés: *I'm Gonna Get You Back*.
Publicado originalmente por Spotify Audiobooks.

© del texto: Elena Armas, 2025.
© de la traducción: Nerea Gilabert, 2026.
Los derechos de traducción se han negociado con Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
Todos los derechos reservados.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2026.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

Primera edición en libro electrónico: mayo de 2026

REF.: OBEO093
ISBN: 979-13-7031-271-8

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Este va dedicado a los escritores.
Porque claro que valéis para este trabajo.
Sois diamantes.
Y toda esa puta presión solo hace que brilléis más.

NOTA DE LA AUTORA

Esta historia no va de un romance con un acosador.
Es una historia de romance en la que hay un acosador.

Playlist de *Siempre serás mía*

(ELENA'S VERSION)

«Enough», Kintsuku
«Hi, Everyone Leave Please», FLETCHER
«Darkerside», David Kushner
«I Broke Me First», Winona Oak
«Unlovable», Delacey
«Dream Girl Evil», Florence + The Machine
«Movement», Hozier
«Nostalgia», Suki Waterhouse
«hate to be lame», Lizzy McAlpine, FINNEAS
«Worship», Amber Run
«Love Me Wrong», Isak Danielson
«Moth To A Flame», The Weeknd
«imgonnagetyouback», Taylor Swift
«Where Do I Go?», Rachel Chinouriri

1

FRANKIE

—Puede que tenga un acosador. Y no en plan sexi.

Hubo un segundo de silencio.

Y entonces la voz de mi hermano, con una calma fingida, inundó el coche a través del altavoz del móvil.

—¿En qué mundo puede ser sexi tener un acosador?

Suspiré.

—¿De verdad quieres saberlo? No pasas suficiente tiempo en internet como para...

—*No*. Por Dios, Frankie, claro que no quiero saberlo. ¿Qué te hace pensar que sí?

—No sé, has preguntado.

—Pero... —Se calló y soltó un resoplido—. ¿Has dicho «acosador»? ¿Va en serio o es una bromita de las tuyas para tomarme el pelo?

No era una broma. Tampoco era mi intención soltarlo así sin más, pero me había pasado todo el viaje a Vermont pensando en ello. No en que «puede» que tuviera un acosador, como le había dicho a Ric, sino en que estaba casi segura de que era así.

—Sí —mentí—. Es broma, perdona. ¿Qué tal por Brasil? —pregunté para cambiar de tema—. ¿Te dejan tiempo libre para salir de las instalaciones y explorar los alrededores? ¿O ni siquiera vas a

intentar negar que eres un adicto al trabajo al que no le importa dónde lo destinen?

—No te desvíes del tema.

—No me estoy desviando del tema. Me interesa tu vida. Tu trabajo. Y Brasil.

Ric soltó una carcajada fuerte, cortante y, francamente, aterradora; una de esas que te indican que tu hermano mayor no va a dejarlo estar.

—Cuéntame más sobre ese acosador —insistió—. No me estabas tomando el pelo, así que ni lo intentes.

—¿Que no intente qué?

—Desviarte del tema. Venga, ahora en serio, cuéntame.

—«Acosador» quizá sea una palabra muy fuerte —me resigné a responder—. No debería haberla usado. Probablemente sea arrogante por mi parte suponer que tengo uno. Solo es un lector muy entusiasta que se ha sentido más identificado de lo normal con mis libros y me envía mensajes y cosas así.

—¿A qué te refieres con «cosas así»?

A dejarme regalos en el buzón o en la puerta de casa. Tampoco es que sean regalos raros. En general son cosas bonitas, excepto por un incidente que hubo la semana pasada, pero sí. Basándome en la reacción que Ric había mostrado hasta ahora, no tenía claro que fuera buena idea admitirlo.

—Regalos —dije optando por una verdad a medias—. No es que sea algo inaudito entre los escritores.

—¿A tu domicilio particular?

—Bueno...

—Joder, Frankie —se quejó—. Dime que ya has denunciado a ese tío.

—No es para tanto. —Esta vez era una mentira en toda regla. Sí que me parecía para tanto. Estaba asustada. Indecisa. Por demasiadas razones—. ¿Y cómo sabes que es un tío?

—¿No lo es?

Miré la guantera, recordando lo que había decidido traer conmigo por razones que no estaba preparada para analizar.

—Sí.

—Joder, Frankie —repitió—. No puedes soltar algo así y luego decir que no es para tanto. Sí que lo es. Y más para mí, que soy tu hermano mayor. Eres mi responsabilidad.

Tenía razón, pero...

—Eres el hijo mediano —dije en voz baja—. Si acaso, puedes elegir con qué responsabilidades quieres cargar. Así que omite esta. De verdad que no es para tanto. Además, no era mi intención contártelo. Se me ha escapado y he optado por darte la oportunidad de aconsejarme qué hacer. Ahora me arrepiento.

Se escuchó un extraño gruñido desde el otro lado de la línea.

—¿Qué opina la editorial al respecto? ¿Ellos no pueden hacer algo para encontrar a ese hombre y hacer que pare? Al fin y al cabo eres su autora, trabajan para ti, ¿no?

—Uy, no. El sector editorial no funciona así.

Tampoco iba a decirle que los de la editorial no podían hacer nada sobre un problema del que no tenían conocimiento. Al igual que no iba a decirle que esa editorial ya no era mi editorial.

—En fin, cuéntame cosas de Brasil. ¿Hace calor? —quise intentar de nuevo.

Hubo otra pausa y entonces dijo:

—Se acabó. Voy a llamar a Leo.

Solté un bufido.

—¿A Leo? ¿En serio? ¿Vas a jugar la carta del hermano mayor? ¿Qué tal si también se lo cuentas a mamá y papá? Y a la abuela, ya que estamos. O...

Me contuve para no decir el nombre del mejor amigo de Ric. El nombre del chico que también había sido mi mejor amigo. Me habría traído recuerdos que no estaba dispuesta a afrontar en ese momento.

Ric dudó, como si estuviera valorando la posibilidad de decirme algo, y finalmente se decantó por insistir con lo que ya había dicho.

—Leo debería saberlo. Al menos él está en el mismo país que tú. Podría ir a por ti. Eres nuestra hermana pequeña.

Apreté los dientes. Aunque apreciaba la voluntad de querer pasar inmediatamente a la acción porque era la más pequeña y la única mujer de tres hermanos, no podía permitirlo. Y no porque creyese que podía manejarlo yo sola (llevaba semanas intentándolo y no se me había dado muy bien), sino más bien porque me estaba dando cuenta de que contar la situación implicaba admitir un montón de mierda que llevaba tiempo manteniendo en secreto.

Nadie de mi entorno sabía nada del acosador, al igual que nadie sabía que mi carrera como autora de *Lobos de noche*, la «novela del momento, un romance sangriento y sensual cargado de suspense», citando a los medios de comunicación que antes tanto me adoraban, estaba llegando a su fin. Y sí, era consciente de la ironía que se escondía tras el hecho de que estos dos acontecimientos tuvieran lugar al mismo tiempo.

Sin embargo, yo solo estaba a cargo de las reglas de los universos que creaba.

En el mundo real hacía lo que podía para apañármelas con las cartas que me habían tocado.

Mis siguientes palabras fueron poco convincentes, pero es que estaba agotada.

—Si hubiera querido que alguien viniera a rescatarme, habría llamado a Leo, no a ti. Te lo he contado con la esperanza de poder mantener una conversación normal de tú a tú.

Siguieron unos segundos de silencio, hasta que Ric soltó:

—¿No has dicho que se te había escapado?

«La madre que lo...».

—No me puedo creer que te haya llamado porque te echaba de menos. Voy a colgar.

—¡Espera! —exclamó—. Vale, está bien, no se lo contaré a Leo si me prometes que vas a denunciar ahora mismo a ese tío. Y que me vas a llamar si sucede algo mínimamente fuera de lo normal. Si no recibo un mensaje tuyo cada pocas horas, enviaré a Leo a buscarte dondequiera que estés. Ya sea Vermont, Boston o la luna. ¿Entendido?

—Entendido.

—Vale. Ahora comparte tu ubicación conmigo.

—Ni hablar. Estaré en el Hotel Red Maple —le dije mirando por la ventana. Se me hizo un nudo en el estómago al pensar en lo que me esperaba tras aquellas puertas. La Convención de Novela Negra y Thriller de Vermont solía ser un evento tranquilo y poco multitudinario, pero se había convertido en un referente en el género. El cartel de ese año era una pasada y las entradas se habían

agotado. Al día siguiente todo aquello estaría lleno de gente. La pregunta era si alguna de esas personas iba a venir por mí. Volví a mirar el salpicadero, donde estaba el móvil—. Está a las afueras de Manchester, bastante cerca de las Green Mountains. Búscalo en Google como una persona normal.

Ric murmuró una queja ininteligible y luego añadió:

—Conque me echabas de menos, ¿eh?

Su pregunta me pilló desprevenida a pesar de que yo misma lo había dicho hacía un momento. Sí, lo había echado de menos. Había echado de menos a todo el mundo desde que me había ido de Maine hacía trece meses. Lo que pasa es que... no se me daba bien admitirlo. Era capaz de crear todo tipo de relaciones ficticias como si fuera lo más natural del mundo, pero siempre se me había dado fatal comunicar mis propios sentimientos. La última vez que lo intenté, acabé llorando por teléfono.

—Tengo que irme —murmuré—. Hay una bañera de esas con patas esperándome en el hotel. He llegado un día antes a la convención para asegurarme de que me daban una habitación que la tuviera. Así que nada, disfruta de Brasil.

—Frankie, ten cuidado, ¿vale? Sé que eres una mujer independiente y emancipada y todo el rollo, pero que ahora seas famosa y tengas éxito a mí me da igual. Sigues siendo mi hermana pequeña.

Apreté los ojos con fuerza. Nunca me había considerado famosa, pero era cierto que había tenido éxito.

No obstante, ahora solo era una escritora decadente con una carta de su acosador en la guantera del coche.

—Tranquilo, todo irá bien —logré decir—. Pero vale, te lo prometo.

—Estoy orgulloso de ti, Frankie.

No me podía creer que el capullo de mi hermano fuera a hacerme llorar.

—Ay, por favor, Ric. Te voy a colgar.

—¿Es que uno ya no puede decirle a su hermana lo que siente? —refunfuñó—. Por cierto, yo también te quiero.

Se me encogió el pecho.

—Eres un cursi.

—Y tú una borde. Pero aun así te quiero y...

—Basta. Adiós —lo interrumpí justo antes de pulsar el botón de colgar.

Indignante. No podía permitirme derrumbarme tan pronto.

Ni en todo el fin de semana.

Enderecé los hombros, abrí la puerta de golpe, salí y... «¿Qué cojones es esto, Vermont?». Una ráfaga de viento helado me golpeó la cara, dejándome sin aliento. Miré a mi alrededor y vi unas nubes oscuras asomándose por las colinas cubiertas de pinos y abetos. La cosa pintaba mal, pero no me había pasado cinco horas en el coche para venir a relajarme junto a una piscina. Estábamos a finales de otoño. Así que, con toda la rapidez que me permitían mis manos y pies helados, saqué el equipaje del maletero y corrí hacia el hotel.

Creo que todas las personas que habitaban el estado de Vermont oyeron mi suspiro de alivio cuando las puertas del Red Maple se cerraron detrás de mí. En ese sitio no solo se estaba increíblemente calentito en contraste con el infierno glacial de afuera, sino que, a diferencia de mi último libro, el hotel estaba totalmente a la altura de las expectativas.

En cuanto entré vi las gruesas vigas de madera, los ventanales y no una, sino varias chimeneas repartidas por toda la planta baja. Desde ahí también se veía la zona del bar, un salón con sillas y mesas y al menos dos rincones de lectura. Todo el mobiliario y los acabados desprendían un aire rústico, y cada rincón estaba acompañado por una decoración alpina acogedora y atemporal. Parte del calor que sentía en la piel se extendió a mi estómago, y me reconfortó pensar que, si las habitaciones eran la mitad de bonitas, tendría un lugar bastante agradable donde refugiarme del horror de las firmas a las que no vendría nadie.

Un lugar con una bañera con patas donde ahogar las penas.

Con un gesto de asentimiento para aferrarme a esa idea, apreté con fuerza el asa de mi maleta de mano y me dirigí hacia la recepción. La cola de huéspedes no era larga. Solo había una mujer de mediana edad con el pelo rubio pollo que se estaba registrando, un hombre con ropa técnica de montaña hojeando la cesta de folletos y otro hombre esperando a unos metros del mostrador.

Ese último era bastante corpulento, con una melena ondulada de color chocolate y un corte tipo *mullet*, hombros anchos y piernas robustas, de las que van acompañadas de unos buenos muslos.

Mis ojos, hambrientos de contacto humano tras varias semanas escondida, le dieron un repaso a su trasero. Pocas cosas me llamaban tanto la atención como una figura de espalda ancha y unos pantalones bien rellenos.

No alcanzaba a verle la cara, pero, cuando quise darme cuenta, mi cerebro ya estaba dibujando las partes ocultas. Ojos amables. Sonrisa tímida. Barba de tres días. Sin duda, unos cuantos tatuajes debajo de la franela y los vaqueros.

Una sensación de pesadez que me resultaba muy familiar me invadió el pecho y me hizo reaccionar. Tenía que dejar de hacer eso. De buscar cosas que no tocaban.

Sacudí el cuerpo, decidida a desviar la atención hacia otro lado. Cualquier otro lado. Pero el hombre se movió antes de que pudiera hacerlo. Giró la cabeza, lo justo para que su barbilla sobresaliera por encima del hombro. Como si hubiera notado que alguien lo observaba.

El estómago me dio un vuelco al ver esa barbilla.

«No», pensé. «No puede ser. Es...».

Su cuerpo continuó girándose hacia mí sin darme tiempo para prepararme.

Por un momento, lo único que pude hacer fue quedarme mirándolo. Estaba paralizada. Y no por vergüenza, sino por algo muchísimo peor: porque le conocía.

Turner Reece me sonrió como si no hubiera pasado el tiempo, y, por un instante, casi le devuelvo la sonrisa. Por un instante, me perdí un poco en esos ojos marrones que siempre me habían mirado como si fuera especial. Por un instante, me permití contemplar la leve curva de sus labios y pensar: «Guau».

Pero todo se esfumó enseguida.

Principalmente porque yo quise que fuera así. Había aprendido a descartar ese tipo de pensamientos. No me quedaba otra.

Turner se dio cuenta. Su sonrisa se desvaneció. Alzó esa gran mano cubierta de tinta negra como el cielo a medianoche y se la llevó a un lado del cuello. Movió los dedos para rascarse. Es curioso cómo puedes alejarte físicamente de la vida de alguien y no por ello dejar de conocerlo como si lo hubieses parido. O de tener el instinto

de apaciguarlo cuando está inquieto. Turner lo estaba. Esa forma de rascarse que la mayoría habría pasado por alto lo delataba. Igual que la arruga que se acababa de formar entre sus cejas.

—Frankie —dijo. De repente lo tenía justo delante. ¿En qué momento se había acercado?—. Hola.

Mi memoria no le había hecho justicia a su voz. Ni un ápice. De lo contrario, habría estado preparada. No habría sentido que esas dos palabras me transportaban al pasado, a un vacío. No me habría quedado desorientada pensando: «Joder, verte me pone tan triste y tan contenta a la vez...».

—Hola —dije con voz ronca.

Se pensó sus siguientes palabras antes de decir:

—Te he echado de menos.

No pude evitar tambalearme.

Era lo peor que podría haber dicho. No porque a mí me costara escucharlo o decirlo, sino porque había una docena de razones por las cuales yo también, pero no tenía el valor de pronunciar ninguna de ellas en voz alta.

—Yo... —balbuceé.

«Yo también te he echado de menos», podría haber dicho.

«Cuánto tiempo. ¿Cómo estás?».

«¿Cómo has sabido que era yo quien estaba observándote?».

«¿Has sentido la misma punzada que yo al verme? Como si te dieran un puñetazo en la mandíbula. O un golpe en el corazón».

«¿Recuerdas aquella vez que me diste un beso en la frente porque me había quedado dormida sobre tu hombro después de emborracharme? Esa fue la primera y última vez que tus labios tocaron alguna parte de mí que no fuera la mejilla».

«¿Vas a darme un beso en la mejilla?».

Pero no dije ninguna de esas cosas. Era evidente que no se me daba bien expresar sentimientos, así que apreté los labios con fuerza para impedir que todo aquello saliera.

Por eso me fui de Maine. Por eso, cuando Turner apareció en Boston...

Di un respingo al darme cuenta de algo.

Turner se percató y alzó el brazo hacia mí.

Antes de que su mano me alcanzara, dije:

—¿Otra vez te ha enviado mi hermano?

2

FRANKIE

«¿Otra vez te ha enviado mi hermano?».

No fui consciente de lo que estaba preguntando hasta que las palabras salieron de mi boca.

Me puse roja como un tomate.

—Olvídalo, estoy...

—No —dijo Turner con firmeza. Aunque no en un tono cortante. Él nunca era cortante a pesar de que tenía una voz seria y profunda. Bajó la mano—. ¿Por qué iba a enviarme Ric?

Era una buena pregunta. Turner siempre hacía buenas preguntas.

Me había metido en un lío por segunda vez en lo que iba de día. También había pasado por alto los conceptos del espacio y el tiempo, dado que en los pocos minutos que había tardado en ir del coche hasta ahí era imposible que mi hermano hubiese enviado a alguien desde Maine hasta Vermont para protegerme de un acosador. El caso es que tampoco habría sido la primera vez que mi hermano enviaba a alguien en una misión de rescate.

Y que ese alguien era Turner.

Mi mente revivió un recuerdo de aquel día, unas semanas después de instalarme en el nuevo apartamento. Yo, con el rímel corrido por toda la cara de tanto llorar. El mejor amigo de mi hermano llamando

a la puerta, pidiendo que lo dejara entrar. Sentí náuseas. Todavía me odiaba a mí misma por cómo traté a Turner aquella noche. Por cómo reaccioné después de que viniera en coche hasta Boston y se presentara en mi puerta sin avisar.

Aunque mi reacción actual tampoco era mucho mejor.

—Perdona —dije exhalando un largo suspiro—. ¿Podemos...? ¿Podemos borrar todo este último minuto y volver a empezar? Me harías un favor.

Turner permaneció inmóvil durante unos largos segundos. Estaba pensando. Probablemente tratando de encontrarle el sentido a este desastre de reencuentro. Me mentalicé mientras él se apartaba ligeramente, solo unos centímetros. Esa sonrisa casi imperceptible volvió a su boca.

Y entonces dijo:

—Frankie, hola. Te he echado de menos.

Me fallaron un poco las rodillas.

De forma literal.

Por eso me fui. Por ese «Frankie» saliendo de sus labios, con ese tono grave, por ese «te he echado de menos», otra vez. También fue el hecho de que repitiera las mismas palabras exactas que había dicho hacía un momento.

No optó por empezar con otra cosa como «Hola, Frankie. ¿Qué tal?». Turner Reece era demasiado seguro y coherente como para cambiar las palabras que ya había decidido decir.

Esta era una de las cosas que más me gustaban de él.

—Hola —susurré con una sonrisa que esperaba que ocultara ese último pensamiento—. Yo también me alegro de verte, Turner. Estás estupendo, como siempre.

—Tú también estás estupenda. Como siempre, pero diferente. Mejor.

Mi sonrisa se tambaleó y noté que se me aceleraba el corazón ante aquel cumplido. Turner no era un hombre que los soltara con facilidad.

—¿Qué te trae por Vermont? No me esperaba verte aquí, como creo que es evidente.

—Ya —respondió tragando saliva—. Pues eres tú la que me trae por aquí. Y yo también me alegro de verte. De hecho, me moría de ganas.

Solté una risa extraña y opté por ignorar ese comentario también.

—¿Has venido por la Convención de Novela Negra y Thriller?

Turner asintió sin mucha convicción.

—¿Mia está contigo? —me obligué a preguntar. Mi voz sonaba tranquila, casi alegre. Como si esa pregunta no significara nada. Como si no notara un dolor desgarrador en el pecho mientras la formulaba—. ¿Ha sido idea suya? Imagino que no se ha podido resistir al ver las posibilidades que ofrece la zona para ir de excursión a congelarse el culo. Se pasa el día... —Hice una pausa—. Se... *pasaba* el día suplicándome que la acompañara a disfrutar del aire libre, así que no me sorprendería. Apuesto a que sigue igual. —Me aclaré la garganta tras tomar la decisión de no seguir por esa línea—. Vermont es muy bonito en invierno. O eso me han dicho. A Mia le encantará. A ti también. Y a mí, supongo.

Turner se quedó mirándome en silencio y, por un instante, quise que me tragara la tierra. Sobre todo después de esa conversación. Nunca en mi vida me había puesto tan nerviosa hablando con Turner, y él debía de estar pensando lo mismo.

Pero lo único que dijo fue:

—¿Mia?

—Sí, ya sabes, la chica de ojos azules, pelo largo, castaño rojizo, risa estridente y con un anillo en el dedo. Por cierto..., ¿cómo van los preparativos para la boda? Ric no me cuenta gran cosa últimamente, está muy ocupado. Y Leo..., bueno, ya sabes cómo es Leo. La última noticia que tengo fue de mi madre hace meses y me dijo que estabais buscando un espacio para celebrarla.

Turner entreabrió los labios antes de volver a apretarlos, formando una línea fina como el papel que resaltaba aún más su bigote. Nunca me habían gustado los hombres con barba, pero me había encantado ese bigote desde que había decidido dejárselo hacía unos años. Lo único malo era que, en ocasiones, ocultaba su expresión facial, ya de por sí poco reveladora. Como en ese momento.

—¿Turner? —insistí.

—Cancelamos la boda —dijo finalmente—. Hace tres meses. ¿No lo sabías?

Durante un instante solo hubo silencio.

Pesado, denso. Tanto que me empezaron a zumbar los oídos.

Habían cancelado la boda. Hacía tres meses.

Y yo no me había enterado.

No tenía ni idea. Ni la más mínima sospecha, de hecho. Nadie me había dicho nada. Ni mamá, ni Ric, ni Turner, ni Mia, porque me había alejado de todos ellos y les había cerrado la puerta a que me informaran de este tipo de cosas.

—No te creo —exclamé. Sin darme ni cuenta, alargué la mano y agarré a Turner del brazo—. No puede ser. No tenía ni idea. Dios mío. Lo siento muchísimo, Turner. ¿Qué pasó?

Sus mejillas recuperaron el color. Bajó la mirada hacia donde mi mano se aferraba a su camisa de franela.

Entonces me di cuenta de que había pasado mucho desde la última vez que lo había tocado. Y de que probablemente no debería estar tocándolo ahora. Aflojé los dedos y, justo cuando iba a soltarlo, me detuvo. La polilla de tinta que le decoraba la piel de la mano estaba justo encima del dorso de la mía, y verla ahí me trajo una sensación que había echado de menos.

—Tranquila —dijo.

Pero era imposible estar tranquila. Me estaba tocando, tenía los dedos entre su brazo y su palma y me sorprendió que mi cuerpo siguiera reaccionando así ante su presencia. Como si me dieran una descarga eléctrica. Como si experimentara un corte en la línea temporal. Como si acabara de recuperar el pulso.

—¿Qué pasó? —le pregunté de nuevo, levantando la mirada hacia él.

—Cancelamos la boda —repitió.

Esperé a que añadiera algo más y, como no lo hizo, sentí la necesidad de decir:

—Lo siento mucho. No hace falta que hablemos de ello si no quieres. No debería haberte preguntado. Ni haberte presionado para que me dieras detalles.

—¿Por qué?

—Porque no es asunto mío.

«Yo decidí que no iba a ser asunto mío», pensé.

—Antes las cosas que me pasaban sí eran asunto tuyo —dijo Turner—. Y Mia era tu amiga.

«Antes tú también eras mi amigo», quise decirle. «¿No es ese precisamente el problema?».

Pero no tenía sentido insistir en algo que no iba a cambiar nada. En el fondo, yo solo era una chica que se había enamorado de un chico y ese chico nunca me había correspondido. Al menos no como yo quería. Solo habíamos sido amigos. Buenos amigos. Amigos desde pequeños. Pero Turner nunca había sido mío. Lo había compartido con Ric y con Mia y, en un momento dado, tuve que renunciar a él, porque una cosa era tener esperanzas de acabar con el mejor amigo de mi hermano (y mío) y otra era estar enamorada de un hombre que se iba a casar.

Trece meses y ciento sesenta kilómetros después, allí estábamos.

Dos personas que antes formaban parte de la vida de la otra, como él había dicho, y que... aún no se soltaban.

Retiré la mano de un tirón.

—Entonces..., ¿de verdad has venido hasta aquí para asistir a una convención de libros?

—Es cosa de mi madre —me explicó siguiéndome la mano con la mirada mientras me la metía en el bolsillo del abrigo. Se volvió a rascar el cuello—. Ganó un sorteo. Probablemente debería haber empezado por ahí.

—¿Un sorteo?

—Sí, y el premio era este. Una entrada para la Convención de Novela Negra y Thriller de Vermont. Vio que estabas en la lista de autores y participó en un sorteo de Facebook. Era como una oferta especial que incluía alojamiento en este hotel. Pensó que sería una buena idea dármela a mí para que viniera a verte.

—Qué detalle por su parte. —Era todo un detalle, sí. Y también un indicativo de que Turner debía de estar pasándolo mal por la ruptura si Marcia, de entre todas las opciones posibles, lo había enviado a una convención literaria. También me hizo preguntarme por qué Marcia había considerado que era buena idea que su hijo viniera a verme—. Espero que te ayude a desconectar.

—He empezado a leer por placer. Ya sé que estarás pensando que nunca me has visto coger un libro, pero los audiolibros me han cambiado la vida. Ahora me los pongo en el curro y ya no sé trabajar si no tengo uno de fondo.

—Vaya, eso son muchas horas. Si no recuerdo mal, te pasabas el día trabajando.

—Aún lo hago —respondió con un gesto de asentimiento—. Aunque ahora cierro la puerta con llave. Paso demasiado tiempo con los auriculares puestos, cualquiera podría entrar y, si estoy en la cocina, no me enteraría.

Una imagen mental me asaltó sin previo aviso. Turner en su estudio-panadería, El Panadero Nocturno, al amanecer, cubierto de harina hasta los codos, con las manos ocupadas amasando mientras una de las historias que yo he creado le hace compañía. Aunque no había dicho en ningún momento que fueran mis libros los que se ponía para trabajar. Y no podía dejarme llevar por esa idea.

Me aclaré la garganta.

—Eso es... es maravilloso, Turner. Me alegro de que por fin hayas entrado en razón y te hayas unido al lado oscuro. No todos pueden decir lo mismo.

—Para que conste, les envío recomendaciones a tus hermanos todas las semanas. Incluso conseguí sobornar a Ric para que se

uniera a un club de lectura virtual conmigo. Con Leo no ha habido tanta suerte. Se limita a reaccionar a mis mensajes con el emoji del pulgar.

—Suena muy propio de Leo. Aunque lo del club de lectura *no* suena propio de Ric. Me sorprende que aceptara. ¿Sigue activo ese club? Me pregunto por qué no me lo habrá contado. Creo que es lo lógico teniendo en cuenta que su hermana es escritora.

—Bueno, seguramente sea porque lo dejó al mes de empezar.

Puse los ojos en blanco.

—¿Intentó arreglar algo que ya funcionaba bien y lo invitaron a marcharse?

—No solo «algo» —dijo riéndose entre dientes—. Todo. Incluso empezó a tomar notas cuando nos reuníamos para hablar de las lecturas. Hacía comentarios sobre la eficiencia de los miembros a la hora de leer y su participación en los debates. Todos se sintieron insultados, incluido yo, y al final hubo una revuelta.

Solté una carcajada.

—Si alguien puede llevar a la comunidad más pacífica y serena del mundo al borde de la rebelión, es Ric.

Turner sonrió.

Su sonrisa era grande, bonita y no del todo relajada, pero casi. Me encantaba verlo sonreír. También me encantaba ser la responsable de que lo hiciera.

Antes me sonreía así de vez en cuando. Sin motivo alguno. Incluso cuando no era más que la hermana pequeña de Ric. Nunca importó que yo fuera tres años más joven o que él ya tuviera un mejor amigo.

Ahora sé que no significaba nada, que solo era la sonrisa que compartes con alguien con quien tienes complicidad por haberos criado juntos. Sin embargo, una parte de mí siempre mantuvo la esperanza. Al menos hasta que apareció Mia y la introduje en nuestro círculo.

Esa esperanza se esfumó en cuanto los vi tener su primera cita. No obstante, mis sentimientos por Turner permanecieron enterrados en lo más profundo de mi ser.

Pensé que con el tiempo y la distancia se aplacarían. Que se irían reduciendo hasta que ya no los sintiera. Pero ahora que lo miraba, con su cabello castaño revuelto, sus ojos amables y su espalda ancha, sonriendo como me sonreía antes, no estaba tan segura de que hubiera funcionado.

Los sentimientos parecían seguir ahí, esperando a que brotara esa absurda esperanza que creía haber reducido a la nada.

Pero no podía brotar. No debía permitirlo. Y menos este fin de semana.

Ya era suficiente con tener que fingir que no estaba a punto de derrumbarme. Que los cimientos en los que me sostenía no estaban temblando. Que mi carrera no estaba al borde del colapso y que no me afectaba el irónico hecho de ser una autora fracasada con un acosador.

Ahora, encima, Turner estaba presente. Con el corazón roto tras cancelar la boda y buscando... ¿qué? ¿Ponernos al día? ¿Conseguir que alguno de los autores invitados le firmara un libro? ¿Exigir una explicación de por qué dejé de contestarle las llamadas? ¿Despejarse? ¿Verme sucumbir ante la presión por tener que afrontar que Frankie Rossi es un completo fracaso?

Hay que joderse. No creía estar preparada para nada de eso.

—Frankie —dijo. Volví a centrarme en él. Su sonrisa había desaparecido—, si no te parece bien que haya venido...

—Qué tontería —interrumpí, optando por hacer lo mismo de siempre—. Tú necesitas distracción y a mí siempre me alegra verte, así que no le des más vueltas. Seguro que te lo pasas genial en la convención. Y, por favor, dile a Marcia que me alegro de que pensara en mí. Ah, y que ha tenido una suerte increíble. Esos sorteos son tan difíciles de ganar que mucha gente los considera un mito. —Solté una risa que se notó que era forzada—. En fin. Voy al baño mientras tú te registras y demás. Ha sido un viaje largo y necesito refrescarme la cara, pero nos vemos por aquí, ¿vale? Muy bien, adiós.

Me costó alejarme de Turner porque su cara daba a entender que sabía perfectamente lo que estaba haciendo (huir, otra vez) y que quería detenerme.

Aun así, cogí mi equipaje y me dirigí al baño tan rápido como pude.

La alternativa era demasiado arriesgada. La verdad podía salir a la luz y dudaba que él quisiera oír que no, no me parecía bien que hubiera venido a la convención con la entrada que le había tocado a Marcia.

Sobre todo porque él era la última persona sobre la faz de la Tierra que quería que me viera fracasar.

El chico que nunca me había correspondido.

El chico al que había renunciado.

El chico al que una parte de mí todavía quería impresionar.

Ahí estaba.

La bañera con patas.

En toda su gloria.

Tan bella y acogedora como me la había imaginado, solo que más grande. Mucho más grande. Lo suficiente como para que cupieran dos como yo. O yo y todo mi equipaje, lo cual era mucho decir.

Resoplé, abrí el grifo y me aseguré de que el agua estuviera lo más caliente posible.

—Tú y yo vamos a hacernos amigas enseguida —prometí—, pero primero...

Mientras se llenaba la bañera, volví donde había dejado la maleta para deshacerla y coger la ingente cantidad de artículos de baño que había traído conmigo. Ese era mi plan desde el principio, pero después de encontrarme con Turner... necesitaba más que nunca desconectar la mente.

Al volver del baño del vestíbulo del hotel, ya no había ni rastro de él en recepción. No estaba orgullosa de haber huido de esa manera, ni de los minutos que precedieron a la huida, pero no podía borrar y reescribir, como hacía en mis libros. Era un giro inesperado en mi arco narrativo y tenía que aceptarlo. Por eso me prometí que nunca más le haría algo así.

Le habían roto el corazón, por el amor de Dios. Puede que cancelar la boda hubiera sido una decisión conjunta, pero eso no significaba que no le hubiera dolido, ni a él ni a Mia.

Se me encogió el pecho al pensar que ellos habían pasado por ese momento tan duro y yo ni siquiera me había enterado. Desde que me había alejado, sentía culpa por la forma en que lo había hecho, y ahora esta culpa parecía duplicarse. Era extraño, porque ni siquiera

era capaz de sentir alivio. En ese momento me pregunté: ¿cómo me sentiría si Turner no llegase a casarse? ¿Cómo me sentiría si hubiese sido él quien hubiera decidido no seguir adelante con la boda? ¿Cómo me sentiría si hubiese sido Mia?

La respuesta era: exactamente igual. No cambiaría nada.

Porque yo siempre había estado ahí y él nunca me había visto como algo más que una amiga.

Y yo ya no podía seguir siendo solo eso.

Aun así, me molestaba no haber sabido nada de la ruptura. ¿Por qué nadie me lo había contado? Es verdad que en los últimos tres meses había estado muy ocupada preparando un lanzamiento, el de la última entrega de *Lobos de noche*, la serie que me había hecho famosa. Y que luego me sumí en un pozo de tristeza por la mala recepción que había tenido. Me había aislado un poco, lo admito, pero tampoco es que no hubiese contestado al teléfono cuando me llamaban. Había respondido a todos los mensajes de ánimo y felicitación el día que se publicó. Le había enviado una nota de voz a Leo cuando llegaron las flores que me había enviado. También había respondido a la foto que Ric me había enviado con uno de mis libros en la mano después de encontrarlo en el aeropuerto. Incluso había hablado hoy con él durante casi una hora.

No obstante, a nadie se le había ocurrido decirme que Turner y Mia habían roto.

¿Era por la forma en que me había ido? ¿O porque sospechaban la razón por la que me había marchado?

Sentí que me subían los colores y me di cuenta de que llevaba un rato delante de la maleta, perdida en mis pensamientos. Cogí mi gran neceser y negué con la cabeza.

No importaba. Que yo lo supiera o no, no cambiaba nada. Turner y Mia ya no estaban juntos. Marcia había enviado a su hijo a una convención de libros para ayudarlo a superar el desamor, o algo así. Y para verme, aunque seguía sin entender por qué. ¿Por qué querría...?

—Basta —espeté.

Necesitaba dejar de pensar.

Con el neceser bien sujeto contra el pecho, cogí el segundo neceser, más pequeño, que contenía todos mis aceites esenciales, y me encaminé hacia el baño. Me detuve al recordar la aplicación de *mindfulness* que había descargado precisamente para este fin.

Mindfulness. Meditación. Algo para ralentizar el ritmo de pensamientos.

Haciendo malabarismos con los neceseres en un brazo, cogí el móvil y me dirigí al tocador que había en la esquina de la habitación, donde había dejado la bolsa con los auriculares. La decoración de la habitación era tan acogedora como la del vestíbulo, y quizá el deseo de llenar la bañera me había distraído al llegar, ya que se me habían pasado por alto algunas cosas. Una de ellas era un impresionante mapa antiguo de Manchester, Vermont, enmarcado y colgado de la pared. A mi padre le habría encantado. La otra era una cajita colocada junto a una nota encima de la cómoda.

Me fijé en el trozo de papel. Parecía arrancado de un bloc y decía:

Por el tiempo perdido.

Estaba escrito a mano. Y sin firmar. La caja era pequeñita, no ponía ninguna marca, y, cuando le quité la tapa, vi que dentro había

cuatro trufas de chocolate bien colocaditas sobre cuatro lechos cuadrados.

No eran perfectas, y el hecho de que todas fueran similares pero no idénticas me hizo pensar que eran caseras.

—¿Turner? —pregunté en voz alta.

Nunca se había considerado un pastelero ni un experto en el arte del chocolate, pero mi mente se lo imaginó en su cocina, vertiendo chocolate sobre un molde. Al fin y al cabo, Turner era panadero. Los panaderos suelen hacer dulces también. Y, aunque él dirigía un negocio especializado en pan de masa madre (riquísimo, por cierto) con el que abastecía a los restaurantes pijos de la zona de Maine, no resultaba raro que se dedicara a preparar otras cosas en su tiempo libre.

¿Era este el caso?

¿Le había pedido al personal del hotel que me dejaran esto en la habitación mientras él se registraba y yo me escondía en el baño?

—Por el tiempo perdido —leí, esta vez en voz alta.

La culpa volvió a invadirme, lo que me llevó a dejar la nota sobre la cómoda.

Una emoción familiar me oprimía la garganta, pero me di la vuelta con los neceseres, el móvil y los auriculares, y regresé al cuarto de baño. Vertí mi mezcla favorita de aceites esenciales en el agua y añadí gel para que se formara espuma. Después dejé la ropa en el suelo de baldosas. No fue hasta que mi cuerpo estuvo completamente sumergido en el agua hirviendo que me permití reconocer qué era lo que me provocaba ese nudo que sentía al respirar.

Esperanza.

Una absurda y rid?cula esperanza.
Brotando de mi absurdo y ridículo fuero interno.
«Por el tiempo perdido».
Noté que algo me revoloteaba en el estómago.
—Ay, no —murmuré.
Y entonces sumergí la cabeza bajo el agua perfumada.

3

FRANKIE

No tardé nada en localizar a Turner cuando volví a bajar.

Estaba sentado en un taburete de la barra. No había nadie más y parecía un faro en medio de un mar de muebles de estilo alpino y asientos tapizados.

Me había llevado horas reunir el valor necesario para abandonar la seguridad de mi habitación. Para cuando finalmente me quité la bata del hotel y me puse unas mallas, un jersey de punto con hombros descubiertos y mis Dr. Martens, desgastadas pero infalibles, el sol ya se había puesto.

Temía haber llegado demasiado tarde y que, a pesar de que la noche apenas había empezado, como el tiempo no invitaba a salir del hotel, Turner se hubiera marchado ya a dormir.

Una parte de mí esperaba que así fuera.

De esa manera, no habría tenido que llevar a cabo mi plan: bajar al vestíbulo, hablar con él, darle las gracias por los bombones y decirle que no podíamos ser amigos.

Sin embargo, ahí estaba. Con un jersey color crema en lugar de la misma camisa de franela verde y los mismos vaqueros oscuros y gastados que llevaba siempre. Estaba sentado con el cuerpo ligeramente inclinado hacia un lado para acomodar las rodillas.

Probablemente debería haberme sorprendido lo vacío que estaba el bar, teniendo en cuenta que estaba a punto de celebrarse una convención de libros. ¿Ese sitio no debería estar ya a rebosar? Supongo que sí, pero me parecía irrelevante porque en ese momento lo único de lo que era capaz era de gritarle a mi corazón que se calmara mientras me dirigía hacia Turner.

Su pelo parecía revuelto, rebelde, y me hizo preguntarme qué le estaría pasando por la mente. ¿Estaba pensando en la ruptura? ¿En el desastroso reencuentro que habíamos tenido hacía unas horas? Llevaba las mangas del jersey remangadas, aunque de una forma descuidada, como si lo hubiera hecho distraído. No era propio de él. Turner se movía por la vida con intención. Alargó la mano hacia el vaso que tenía delante y la dejó caer al ver que estaba vacío.

¿Cuánto tiempo llevaba allí?

El suficiente para terminarse una pinta de cerveza, como mínimo.

Me pregunté si me estaría esperando, matando el tiempo. Pero ese pensamiento se fue tan rápido como vino y, acto seguido, lo que sentí fue pena. Mi cuerpo recordaba lo que seguía a ese tipo de especulaciones. No era justo para nuestra amistad, porque, a pesar de que habíamos tenido una gran relación, me había decepcionado demasiadas veces. Sobre todo al final.

Mucho antes de eso, me consolaba el simple hecho de verlo. De tenerlo en mi vida. De saber que yo era alguien especial para él, aunque no exactamente como yo quería. Yo era la única persona a quien le confiaba las cosas que le preocupaban. También era la primera a quien le enseñaba sus nuevos tatuajes. Al parecer, mi cuerpo también recordaba eso, porque cuando quise darme cuenta los estaba buscando con la mirada.

Tenía el gato negro en el antebrazo. Y la minúscula pero reconocible barra de pan que siempre me había hecho reír. Estaba la polilla, batiendo las alas sobre el dorso de su mano. Ese era su primer tatuaje y, hasta el día de hoy, mi favorito. Y, vaya, también había tinta nueva.

Turner no siempre me había contado el significado de sus tatuajes, como es el caso del de la polilla, y eso que le había preguntado un millón de veces, sobre todo por ese. Pero siempre significaban algo.

Cada nuevo tatuaje estaba relacionado con un evento importante para él, y yo no sabía qué significaba esa daga. Ni siquiera sabía que había una daga ahí hasta ese momento.

Sentí una punzada de tristeza.

Turner giró la cabeza por encima del hombro, como si, de nuevo, pudiera sentir que lo estaba observando. Abrió los ojos con sorpresa al encontrarse con los míos y se levantó del taburete tan rápido que casi lo tira al suelo.

—Hola —dije deteniéndome a su lado—. Otra vez.

Esos ojos marrones que me resultaban tan familiares me recorrieron el rostro, bajaron hasta las botas y volvieron a subir poco a poco.

—Estás aquí de verdad.

—Sí. De hecho, te estaba buscando. Así que, a menos que ya hayas terminado y quieras marcharte, me encantaría tomar una copa contigo y charlar un rato, si te apetece.

Inmediatamente alargó el brazo para arrastrar un taburete.

—Siéntate, por favor.

Se me escapó una risa oxidada al tomar asiento.

—Esto es nuevo. Creo que nunca antes me habías acercado una silla así. De hecho, recuerdo que más bien hacías todo lo contrario.

—¿Estás insinuando que no tengo modales?

Me encogí de hombros, observando con júbilo la diversión que se reflejaba en su expresión.

—Estoy insinuando que, en ocasiones, sufro episodios de estrés postraumático relacionados con sillas y música.

Turner suspiró.

—Era un idiota, debería haber tenido más cuidado contigo.

—Bueno, si mal no recuerdo, no eras el único idiota. Y tú obviamente ya has superado esa fase, pero Ric... Intentó jugármela con eso mismo las Navidades pasadas. La abuela casi lo estrangula con un paño de cocina.

Turner frunció el ceño, como si ese comentario le resultara desagradable en lugar de divertido, que era lo que yo pretendía.

—Mejor que no hablemos de Ric —dijo—. Él no está aquí. Podemos hablar de cualquier otra cosa. O... podemos simplemente charlar, como tú has dicho.

Esa respuesta había sido un poco incoherente, sobre todo viniendo de Turner. Pero no podía culparlo; reencontrarse con alguien después de mucho tiempo a veces es incómodo. Y yo tenía el corazón en un puño por lo cerca que estábamos.

—Trato hecho —acepté—. ¿No te vas a sentar conmigo?

—Estoy bien así.

—Bueno, pues pidamos algo —dije apartando la mirada de una rosa de tallo largo que asomaba por debajo de su manga y haciéndole una señal al camarero. Ese tatuaje sí que lo tenía fichado. Se lo había hecho después de mudarse de casa de su

madre. Significaba un nuevo comienzo. El camarero se acercó enseguida—. Yo quiero un negroni, por favor. Y...

—Yo lo mismo —terminó Turner por mí—. Sí, que sean dos, y añádalos a la cuenta de mi habitación, por favor.

—Gracias —dije mientras el camarero se alejaba. Me volví hacia Turner—. Recuerdo que eras un amante de la cerveza. De la artesanal. De microdestilería, a ser posible. Aunque creo que el negroni te pega.

Frunció los labios durante un instante y eso me distrajo, porque su bigote hizo el mismo movimiento. Me parecía injusto que le quedara tan bien, igual que el corte de pelo que llevaba.

—¿Me pega? —preguntó—. ¿Por qué?

—Porque no es tan popular como un gin-tonic, pero también es amargo. Porque tiene un sabor intenso y con matices, con lo cual, si lo pruebas y te gusta, ya no hay vuelta atrás. Es una bebida a la que siempre vuelves. Sólida. —Su mirada reflejó sorpresa y algo más, algo a lo que no sabía ponerle nombre—. En mi cabeza tenía mucho más sentido —añadí un poco sonrojada—. Supongo que es difícil de expresar con palabras. Incluso para una escritora. O especialmente para una escritora. En fin. El caso es que me encaja que alguien como tú elija una bebida como esta. Nada más.

—A mí me parece una forma estupenda de expresarlo. Aunque lo cierto es que no tengo ni idea de si es así. Solo lo he pedido porque quería probar algo que te encanta.

Sentí que un calor me invadía por dentro.

—¿Cómo sabes que me encanta? Podría haber dicho lo primero que se me ha pasado por la cabeza.

—Tus labios. —Levantó la mano para señalarse con el índice el lado derecho de la boca, y con el movimiento pareció que la polilla hubiese echado a volar—. Te has mordido el labio inferior justo aquí. Sueles hacerlo cuando pides algo que te apetece mucho.

Me quedé boquiabierta.

Intenté hablar, pero no me salieron las palabras.

No me esperaba que dijera eso. Fue como un latigazo emocional.

Por suerte, justo en ese momento aparecieron dos vasos delante de nosotros, lo que me proporcionó la excusa perfecta para no darle más vueltas. Cogí el negroni y le di un trago más largo de lo necesario, pensando que un poco de valor del que proporciona el alcohol me iba a venir de perlas.

—¿Cómo estás? —le pregunté mientras dejaba el vaso sobre la superficie de caoba—. Aparte de ese asunto personal sobre el que no hace falta hablar, ¿cómo va todo? ¿Qué tal el trabajo? ¿Y Portland? ¿Y tú en general?

Turner bebió mucho más despacio que yo y, cuando dejó el vaso, lo hizo con cara de preocupación.

—¿Tan mal? —dije para picarlo—. ¿O es que no estás de humor para responder a la metralleta de preguntas que te he hecho para ponernos al día?

—Esta bebida es exactamente como la has descrito —respondió mirándome—. Palabra por palabra. Hacía mucho que no probaba algo tan rico.

Me reí.

—¿Por eso frunces el ceño?

—Frunzo el ceño porque ahora estoy bastante seguro de que siempre pensaré en lo que dijiste cada vez que me tome uno de

estos. Y todavía no sé si eso es bueno o malo.

El corazón me dio un vuelco.

Turner 2 – Frankie 0.

No era ningún juego, pero definitivamente estaba perdiendo.

Hice chinchín con mi vaso contra el suyo, y el tintineo del cristal sonó como un estruendo en aquel bar vacío.

—Bueno, pues brindemos por ampliar tus horizontes alcohólicos. Salud.

—Salud —repitió, aunque, a diferencia de mí, no se llevó el vaso a los labios.

Ignorando el ardor del alcohol que estaba bebiendo demasiado rápido, me recoloqué sobre el taburete, enderecé la espalda y volví a un tema seguro.

—Háblame de El Panadero Nocturno.

Su respuesta fue breve:

—La panadería va bien. Me mantiene ocupado.

—Estás haciendo eso con la voz. Lo que haces cuando te pasas de humilde.

Suspiró.

—Ahora tengo una lista de espera. De clientes potenciales.

Arqueé las cejas. Qué agradable sorpresa. Luego le indiqué con el dedo que continuara. Había más.

—¿Y?

—Y esos clientes potenciales están repartidos por todo el estado, no solo en el área de Portland.

—¡Qué guay! —exclamé, y lo pensaba de verdad—. Es increíble. Aunque siempre supe que triunfarías.

Se le iluminó la expresión por un momento, pero no duró mucho. Enseguida se volvió... sombría y apagada.

—¿Qué pasa? —le pregunté preocupada—. Cualquiera que te viera la cara pensaría que lo que me acabas de contar es una desgracia. A pesar de que entiendo que todo gran avance en una empresa pequeña y de barrio viene de la mano de mucho estrés. ¿Es eso lo que te preocupa?

Turner se encogió de hombros sin dar ninguna respuesta. Luego desvió la mirada, dando el tema por zanjado.

Hundí los hombros. Antes la conversación entre nosotros era fluida. Más que con cualquier otra persona, a decir verdad. Nunca había sido muy comunicativo, pero siempre le había gustado hablar conmigo sobre El Panadero Nocturno. Siempre se había sentido cómodo con ese tema de conversación, y por eso lo había sacado. Ahora parecía más bien sombrío. ¿Estaba divagando demasiado? ¿Le estaba haciendo demasiadas preguntas? Hasta ahora nunca había supuesto un problema, con él no sentía la necesidad de encajar en el molde de ser una borde, reacia a hablar de sentimientos, ni una divagadora excéntrica. Podía ser ambas cosas porque él era coherente por los dos.

Era mi apoyo.

Sin embargo, en ese momento no lo estaba siendo. No es normal dejar una nota como esa en la habitación de alguien y luego cerrarse en banda cuando intentan darte lo que has pedido. Aunque tampoco es normal darle la espalda a una amistad duradera como yo lo había hecho. Pero, volviendo a lo mismo, si había dejado esa nota y esos bombones, era por algo.

Estaba hecha un lío. Y era el momento ideal para zanjar el tema, decir lo que tenía que decir y volver a mi cuarto.

—¿He metido la pata? —pregunté en vez de soltar lo que pensaba —. Quizá no debería haber sacado el tema del estrés ni haberte preguntado si estabas pasando por un mal momento.

Turner giró la cabeza en mi dirección. Me aguantó la mirada durante un largo instante.

—No has dicho nada malo.

—Entonces, ¿qué pasa? Pensaba... pensaba que querías que nos pusiéramos al día. Que querías hablar. Por eso he bajado. De lo contrario, no habría salido de mi habitación. Créeme, abandonar esa bañera me ha quitado años de vida.

—Odias que se te arruguen los dedos.

—Si luego tengo que escribir sí, pero ahora mismo no es el caso.

—¿No estás escribiendo nada?

Opté por ignorar su mirada de preocupación.

—Sé que hoy he estado un poco rara, pero... tampoco hace falta que seas un capullo como hace un momento.

Turner parpadeó y luego soltó una carcajada.

—¿Me acabas de llamar «capullo»?

—Es posible —contesté encogiéndome de hombros.

Él negó con la cabeza, con una sonrisa que le dibujaba arrugas alrededor de la boca.

—Madre mía... Estoy fastidiando el momento.

No era cosa suya. Los dos lo estábamos fastidiando. Y esos últimos cinco segundos habían sido la interacción más normal que habíamos tenido en todo el día. No sabía si lo que quería era volver a la normalidad, pero esa situación al menos sabía cómo gestionarla.

Relajé los hombros y sentí un alivio en el pecho.

—¿Qué es exactamente lo que crees que estás fastidiando, Turner Reece?

—Esto. Lo nuestro. Hasta a mí mismo. Este cóctel, por ejemplo. Es amargo y sabroso y me encanta. Pero joder, Frankie, es fuerte. Yo sé por qué estaba bebiendo antes de que llegaras, pero me pregunto por qué has considerado que tú necesitabas beber algo así. ¿Te hace falta para hablar conmigo?

—Beber en compañía suele ser una actividad social. Y nosotros estamos socializando. Mi elección de cóctel no tiene por qué significar nada.

—Puede, pero no tener la certeza me está volviendo loco.

—Bueno, pues deja de darle vueltas porque no, no necesito alcohol para hablar contigo —le dije por instinto, en un nuevo intento por protegerlo de mí y de mis sentimientos—. Nunca lo he necesitado. Como bien has dicho, antes éramos amigos.

—Ya —murmuró—. ¿Por eso estamos fingiendo que este último año nunca ha existido?

Sentí cómo se me subían los colores a la cara. Turner parecía más confundido que frustrado. Una parte de mí quería darle una explicación, pero no sabía por dónde empezar. No se me ocurría nada. Como cada vez que me decía a mí misma que se lo debía.

—¿Tú por qué bebes? —dije para esquivar su pregunta—. Has dejado caer que tenías una razón.

Me lanzó una mirada que decía: «¿En serio, Frankie?».

—¿Es por Mia? ¿Por la ruptura? Sería comprensible.

—No es por Mia.

—¿Le pasa algo a Marcia? ¿Por eso has venido? ¿Para decírmelo en persona?

—¿Qué? No. No le pasa nada a mi madre.

—Entonces, ¿qué sucede? ¿Por qué estás...?

—Porque verte me ha puesto nervioso, joder.

Se me aceleró el corazón.

Él aflojó la mandíbula, lo que hizo que me diera cuenta de lo apretada que la tenía.

—Porque me daba miedo que nos pasara exactamente lo que nos está pasando.

Por un instante, solo fui capaz de quedarme mirándolo. Sus palabras me habían impactado, sí, pero sus ojos y la forma en que me miraban también. Había algo distinto. No sabía qué ni por qué, pero Turner irradiaba una cierta... vulnerabilidad. Algo nuevo en él.

Me despertó la curiosidad. Y también me hizo sentir fatal.

Aparté la mirada.

—Lo entiendo. Creo que... —Hice un gesto con la mano para señalar a nuestro alrededor—. Si de por sí ya estaba un poco nerviosa antes de verte, encontrarnos justo aquí ha sido la guinda del pastel.

—¿Te refieres a encontrarnos en el bar de un hotel? —dijo él de broma.

—En una convención —aclaré con una leve sonrisa, volviendo a mirarlo a los ojos—. Con todo lo que eso conlleva: firmas, charlas... Así que supongo que no todo es culpa nuestra.

Turner se inclinó un poco más hacia mí sin levantar el codo que tenía apoyado en la barra. Lo hizo con naturalidad, pero se le notaba

el interés. Como si le hubiera puesto delante una zanahoria, pero no quisiera comérsela demasiado rápido.

—¿Qué pasa con esta convención? ¿Por qué te hace sentir así?

—No es solo esta. Son todas.

—¿Por qué? Nunca has tenido problemas para participar en eventos públicos.

Solté una risa amarga.

—Sabrías por qué si hubieses estado en la presentación de mi último libro.

Fue casi imperceptible, pero la distancia entre nosotros era tan mínima y yo lo estaba mirando tan de cerca que fue imposible no notar cómo se encogía.

—No te lo estoy echando en cara —añadí. Y es que era verdad—. Simplemente, esta es mi realidad ahora. Las cosas han cambiado. Te lo explicaría con más detalle, pero es una larga historia que se remonta un poco en el tiempo, y no creo que Marcia te haya enviado a Vermont para escucharme hablar de mis traumas.

Él frunció el ceño y sus ojos marrones se llenaron de... Uf, en ese momento ni siquiera era capaz de identificarlo. Este Turner era diferente al que había dejado atrás hacía trece meses.

—Cuéntamelo igual.

—No creo que quieras escucharlo.

—Permíteme decidir a mí qué es lo que quiero —replicó con ese tono sereno que transmitía tanta confianza. Mi corazón se aceleró—. Quiero saber la historia. También quiero que me eches en cara no haber ido a la presentación. Me lo merezco. Podría haber ido, pero decidí no acompañar a Ric a Nueva York.

—Estabas pasando por una ruptura. Y además... —«No tenías motivos para asistir después de que te hubiese echado de mi vida», pensé. Me encogí de hombros—. Da igual. Ric tampoco vino al final, pero lo entiendo. No puedo esperar que mi familia lo deje todo cada pocos meses para venir a verme responder las mismas preguntas y firmar los mismos libros. Solo es trabajo.

—¿Qué quieres decir con que Ric tampoco fue? Me dijo que...

—Creía que era mejor no hablar de mi hermano. Y, de todas formas, no importa. Nadie de mi familia pudo asistir a ese evento, ni a algunos otros, y eso no me supone ningún problema. Siendo realista, dudo que mis hermanos y mis padres hayan leído nada de lo que he escrito más allá del primer libro de la saga. Creo que mi abuela es la única. Y no pasa nada. Como he dicho, solo es trabajo.

Turner se quedó mudo un instante y pensé que quizá yo había hablado de más. De hecho, era lo más probable. Entonces soltó:

—Estás de coña.

—¿Qué?

—Que debes de estar de coña.

Resoplé.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

Se inclinó sobre mí, como si el simple hecho de pedirle que se explicara le tocara la moral.

—Porque tu trabajo es importante. Para tus lectores y para ti. Y querer compartir esos momentos con alguien es normal.

Joder.

Joder, joder, joder.

Sentí una presión en los ojos.

No iba a llorar. No podía. Me negaba a decirle que últimamente sentía que no tenía a nadie. Ni a mi familia, que estaba ocupada con sus vidas; ni a Mia, con quien ya no sabía cómo hablar; ni a los compañeros del sector, que ya no creían en mí; ni a mis lectores, que habían perdido el interés; ni a él, a quien había renunciado porque no podía tenerlo como yo quería.

Solo quedaba mi agente. Y la adoraba, pero..., uf. Era la única, y algunos días no tener a nadie más me hacía sentir... invisible.

Solté un suspiro.

—Mi oficio no me convierte en alguien especial. Solo soy escritora. Es un trabajo como cualquier otro.

Turner bajó la cabeza lentamente para acercarla más a la mía, como si quisiera asegurarse de que lo escuchara bien. Sentí que mi cuerpo le gritaba que me tocara. Que me hiciera sentir vista. Como en los viejos tiempos. Como si se hubiese reactivado un mal hábito que creía haber dejado, recordándome que, a pesar de todos mis intentos, no se había ido a ningún lado.

—Frankie —tragó saliva—, para mí siempre has sido especial.

Me recreé en la sensación que me provocaron esas palabras. En la forma en que las decía. Como si estuviera dispuesto a inyectármelas en vena si me atrevía a cuestionarlas. A lo mejor era hora de asumir que jamás iba a dejar este hábito. Que siempre iba a querer lo mismo de Turner. Que el tiempo y la distancia no habían cambiado nada.

A lo mejor necesitaba otra copa.

Agarré el vaso y me terminé lo que quedaba del negroni. Luego llamé al camarero, que acudió enseguida.

—Otra ronda, por favor. Y esta vez cárguela a mi cuenta. —Le di mi número de habitación—. Gracias.

—¿Así que esto es lo que vamos a hacer? ¿Emborracharnos? —preguntó Turner a mi lado—. No me malinterpretes, me alegra que quieras que sea yo quien te acompañe, pero solo por aclararlo.

—Pues sí —confirmé sin mirarlo. Estaba más frustrada conmigo misma que con él, pero, por Dios, ¿qué necesidad había de decirme que era especial?—. Estamos en un bar y, si algo ha quedado claro, es que ambos tenemos motivos para darnos a la bebida, así que eso es lo que vamos a hacer.

—De acuerdo. No seré yo quien te lo impida.

—Genial.

—Perfecto.

—Pues ya estaría —concluí con una sonrisa forzada que él solo llegó a ver de perfil—. En cuanto a lo de ponernos al día, creo que no se nos da del todo bien, así que igual deberíamos cambiar de tema y hablar... del tiempo. O del estado de las carreteras. Lo que más te apetezca.

—No me gusta hablar de cosas triviales. Nunca me ha gustado. ¿No te acuerdas?

—No —mentí. Claro que me acordaba. En el pasado, soltaba preguntas o datos improvisados cuando estábamos en un evento social y teníamos que enfrentarnos a grandes cantidades de charlas triviales. Los decía con cara seria y Turner me seguía el rollo mientras la gente nos miraba con cara de no estar entendiendo nada. Era una especie de broma entre nosotros. El caso es que en esos momentos, después de que me soltara sin titubear que me

consideraba «especial», no estaba de humor para bromas—. Perdona, se me había olvidado por completo.

Turner soltó una risotada.

—Sé que vuelves a estar de coña, pero si quieres puedo fingir que me lo creo.

—No estoy de coña.

—Me conoces demasiado bien, Frankie.

Al final lo miré.

—La gente cambia.

—Puede ser, sí. Al menos en apariencia. Pero nosotros no. —Se dio una palmada en el pecho—. Esto de aquí no cambia.

—Eso... —empecé a decir. Sinceramente, me parecía un golpe bajo—. Eso no es cierto.

—Ahora pides cócteles sofisticados y llevas el pelo mucho más corto —replicó él—. Te has hecho flequillo y te maquillas los ojos con algo que no sé cómo se llama, pero que hace que me resulte imposible apartar la mirada. Lo estás pasando mal por algo y no me dices qué es. Insistes en protegerme de la verdad antes que permitirme compartir parte de tu carga.

Me quedé atónita y con el pulso acelerado.

Nos sirvieron dos copas más, pero ninguno de los dos rompió el contacto visual.

Turner se acercó aún más, con cuidado, como si estuviera comprobando algo. Entonces me llegó su aroma. No el de su colonia, sino el suyo de verdad. Me rozó las rodillas con las piernas y yo las separé para hacerle sitio. No era la primera vez que experimentaba tanta cercanía con Turner, pero ahora era diferente.

La forma en que se inclinaba demostraba cierta intimidad, aunque mezclada con cautela. Sentí que me faltaba el aire.

—Yo tampoco he cambiado por dentro, Frankie —me dijo, y el susurro de sus palabras me rozó la piel—. Sigo siendo el mismo, lo único que ahora estoy tratando de corregir mis errores.

—¿Cómo? —susurré.

Me rozó el hombro expuesto con el dorso de sus dedos y sentí cómo una oleada de escalofríos se esparcía desde ese punto. Contuve el aliento.

—El cómo no importa. Lo que importa es el porqué.

—¿Por qué, entonces? ¿Por qué intentas corregir tus errores?

Su lengua captó mi atención al humedecerse el labio inferior. Me pregunté si sabría a negroni. A la amargura del Campari. Me pregunté si, inclinándome un poco, llegaría a olerlo en su aliento.

—Un día me encontré en la peluquería, sentado en una silla, mirando un reflejo completamente nuevo. No recuerdo haberle pedido un *mullet* a Johnny, pero cuando quise darme cuenta ya estaba hecho. Era la primera vez en mucho tiempo que cometía una imprudencia. Y también la primera vez que lo hacía por mí mismo. Me sentí liberado.

—Un corte de pelo postruptura —señalé en voz baja—. Te queda bien.

Él soltó un murmullo y lo siguiente que dijo me despertó cosquillas en los labios.

—¿Lo piensas de verdad?

Era una sensación embriagadora tener al alcance de la mano algo que había deseado durante tanto tiempo. Sentí que por fin podía cogerlo. Quizá eso fue lo que me llevó a alargar la mano y tocarle el

pelo. Quizá esta nueva cercanía me había envalentonado. En el pasado nunca me habría atrevido a tocarle el pelo a Turner sin una excusa. Ahora no tenía ninguna más allá del deseo de sentirlo entre mis dedos. Su cabello era supersuave. Y aquel gesto fue un acto igual de inocente que un primer beso. Era una exploración. Una teoría que se ponía a prueba. Dejé caer la mano por un lado de su cabeza y luego deslicé los dedos entre los mechones más largos de la parte posterior. Sentía el calor que su piel emitía como si fuera un horno.

Turner soltó un suspiro y entrecerró los párpados.

—Es tan agradable como esperaba —dije sin pensar.

No sabía lo que estaba haciendo. No recordaba de qué estábamos hablando. Solo podía pensar en cómo me sentía: con el corazón acelerado, eufórica... Y en cómo me miraba Turner, con los ojos recorriendo mi rostro y los labios entreabiertos con fascinación.

—Frankie —dijo con la voz más tierna y cercana con la que jamás me había hablado. Tragó saliva de nuevo y finalmente fijó su mirada en la mía—. ¿Por qué no abriste la puerta ese día? ¿Por qué no quisiste verme?

La pregunta me cayó como un cubo de agua fría.

Aparté la mano y la dejé en el escaso espacio que nos separaba. Toda yo me sonrojé.

—No quiero hablar de ese día.

Las mejillas de Turner también estaban rojas, pero, a diferencia de las mías, no era por la sorpresa ni por la vergüenza.

—Entonces dime cómo arreglarlo. Porque hubo un tiempo en el que siempre abrías la puerta si era yo quien llamaba, y no sé cómo volver a ese punto.

Me acomodé mejor en el taburete, tratando de recuperar el aire que a duras penas me llegaba a los pulmones.

—No tienes que arreglar nada. No hay nada que arreglar. Ese día me sentía sola y estaba triste, y Ric no debería haberte enviado. Me daba vergüenza que te hubiese hecho venir, por eso no abrí la puerta. Pero debería haberlo hecho. Fue de mala educación por mi parte y te pido disculpas.

Turner procesó mis palabras en silencio. Concentrado. Como si hubiera una clave escondida en alguna parte.

—No sé si dices eso para que yo me sienta mejor o para sentirte mejor tú. —Negó con la cabeza—. Antes se me daba muy bien distinguirlo. Me atrevería a decir que mejor que a nadie.

—Tienes que dejar de decir estas cosas.

—¿Por qué?

Cerré los párpados.

—Porque hacen que me arrepienta de haberme ido de Portland.

—Me dio rabia que te fueras —dijo con la voz más tensa—. Me dio rabia tener que ver cómo metías toda tu vida en bolsas y te marchabas. Me dio rabia no haber hecho nada para detenerte.

—¿Por qué dices eso?

—Porque debes oírlo. Y porque quiero decirlo. Necesito que sepas cuánto te he echado de menos desde ese día y lo egoísta que me siento por decirlo ahora, después de tanto tiempo.

Exhalé un suspiro y me quedé con la boca medio abierta.

Quería decir algo, cualquier cosa, pero mis dientes empezaron a castañear. No podía hablar y tuve que centrarme en disimular el ruido.

Era una de mis peculiaridades.

Me pasaba cuando sentía que estaba a punto de suceder algo importante. Me ponía a temblar y siempre comenzaba por los dientes, luego se extendía por el pecho antes de apoderarse de toda la caja torácica. Los llamaba Los Puñeteros Temblores.

Mi cuerpo entró en ese estado cuando escribí la palabra «Fin» en el primer manuscrito de la saga y cuando me ofrecieron mi primer contrato editorial. También aquella noche, tiempo atrás, cuando Turner me dio un beso en la frente mientras yo fingía estar dormida.

Mis hermanos nos habían dejado solos y estábamos sentados en el sofá, tan cerca que nuestras caderas se rozaban. Turner había puesto una película de terror y, mientras nos reíamos de lo malos que eran los efectos especiales, me había pasado un brazo por encima de los hombros y me había acercado más a él. Estábamos muy cerca. Tan cerca que sentía su pecho contra mi hombro. Tan cerca que la parte superior de mi cabeza encajaba a la perfección con la curva de su brazo. Tan cerca que, cuando nos quedamos en silencio, me percaté de que él estaba librando una batalla. No paraba de desviar la mirada de la televisión a mi cara y de mi cara a la televisión. Se pasó tanto rato así que al final se dio cuenta de que me había dado cuenta. Se sonrojó y yo también, y entonces sonrió y yo le devolví la sonrisa. Estaba tan segura de que quería besarme que casi implosiono. Me pasé ciento ochenta minutos al borde de ese precipicio. Los temblores iban cada vez a peor, hasta tal punto que Turner acabó echándome una manta encima.

Cuando me di cuenta de que los créditos estaban a punto de aparecer en pantalla y Turner no iba a besarme, me forcé a esconder ese torbellino de decepción y vergüenza en un cajón lo más profundo posible y cerré los ojos.

Los labios de Turner me rozaron la frente y entonces supe que debería haberme lanzado yo. Nunca debí fingir que me había quedado dormida para evitar un posible momento incómodo. Dejé escapar la oportunidad y lo único que me quedó fueron un montón de «y si...». ¿Y si me hubiera besado? ¿Y si eso hubiera sido el comienzo de algo? ¿Y si simplemente lo que pasaba era que él tenía dieciocho años, estaba cachondo perdido y era a mí a quien tenía más a mano? ¿Y si yo me hubiera lanzado y él me hubiese hecho una cobra? ¿Y si me lo había imaginado todo?

No tuve agallas de averiguarlo. De dar el paso. Ni siquiera de preguntar.

Igual que en ese momento.

Ese momento en el bar del hotel era importante. Trascendental. Algo capaz de cambiarme la vida, como aquel otro. Pero, a diferencia de la Frankie del pasado, que no era más que una adolescente enamorada, la de ahora no se veía capaz de encajar un posible rechazo.

Turner Reece me estaba diciendo que me había echado de menos, que le daba rabia que me hubiera ido, que ya no formara parte de su vida, y eso se podía interpretar de muchas formas, sobre todo porque ya no estaba comprometido con Mia. ¿Y si mi deseo de conseguir aquello que siempre había querido me nublaba la razón? ¿Y si lo único que quería decir era que había echado de menos a su amiga Frankie Rossi?

No podría soportarlo. Y menos ese fin de semana, en el que ya me sentía lo bastante frágil.

Así que...

Así que me levanté de un salto. Fue un movimiento tan brusco que Turner tuvo que apartarse para dejarme espacio.

—Esto no ha sido una buena idea —dije.

Turner asintió, moviendo la cabeza con lentitud y rigidez, como si hacer ese gesto tan simple le costara un esfuerzo insoportable.

—Lo... lo siento, Turner. Nos vemos mañana. Gracias por los bombones y por la nota, pero no puedo hacerlo. Este fin de semana no.

Él frunció el ceño.

—¿Qué bombones? ¿Qué...? —Exhaló un suspiro de frustración—. ¿Qué nota, Frankie?

—La que has mandado a mi habitación.

—Yo no he mandado nada.

—Pero...

—Me encantaría atribuirme el mérito, créeme, pero no he sido yo. ¿Qué te ha hecho pensar que sí?

—La nota decía «Por el tiempo perdido». Y no estaba firmada. Pensé que... Da igual.

—No, no da igual —replicó—. Porque querías que esa nota fuera mía.

Me puse roja como un tomate.

Turner continuó, imperturbable. Había algo que le preocupaba.

—¿Podría ser de un ex? ¿De un amigo? ¿De alguien que conozcas y que vaya a asistir a la convención?

—No lo creo, no.

—¿Es posible que sea de algún fan? ¿Te has comido los bombones? Dime la verdad, no pasa nada si lo has hecho, pero necesito saberlo.

—No —respondí algo molesta—. ¿Y por qué pareces dispuesto a hacerme un lavado de estómago si te llego a responder que sí?

—Porque lo haría.

—Turner —resoplé—, deja de preocuparte. No hace falta ponerse como si hubiera alguien por ahí tramando...

Mi voz se apagó gradualmente.

«Joder. Mierda».

—Frankie —dijo, y su expresión alarmada le hizo parecer aún más grande—, empieza a hablar. Ya.

Sopesé la posibilidad de mentir, pero lo conocía demasiado. No iba a dejarlo pasar.

—¿Recuerdas que antes te he preguntado si te había enviado Ric?

—Sí.

—Bueno, pues es que justo acababa de contarle que es posible que, eh... Que tal vez... Que cabe la posibilidad de que uno de mis lectores tenga ciertas tendencias acosadoras. Por eso...

—Frankie. —Tenía la mandíbula tensa y se había puesto blanco como la leche—. Llévame a tu habitación.

4

TURNER

«Llévame a tu habitación».

No era este el motivo por el que había imaginado decirle estas palabras a Frankie ese fin de semana.

Pero es que manda huevos.

¿Un acosador?

¿Un puto acosador?

Estaba a punto de perder los estribos. De hecho, quizá ya los había perdido.

Probablemente esa fuera la razón por la que no recuerdo ni un solo detalle desde el momento en que abandonamos el bar hasta el instante en que salimos del ascensor. Solo que seguí a Frankie como un espantapájaros: rígido, en silencio, sin atreverme a moverme más de lo necesario. Luchando contra mis instintos para no cometer una imprudencia como cargarla sobre el hombro y llevármela lejos de ese lugar.

Un acosador.

¿Cómo podía una de las personas más inteligentes, espabiladas y descaradas que conocía tener tantas dificultades para cuidar de sí misma? Siempre me había traído de cabeza lo despreocupada que era. Como esa noche, por ejemplo. Había tenido la osadía de

sentarse en un bar a hablar conmigo y no empezar la conversación con un «por cierto, tengo un acosador». En su lugar, había considerado que no hacía falta mencionarlo. Había tenido fe en la situación igual que tenía fe en las personas. Les entregaba su confianza y luego se quedaba esperando a ver si la traicionaban.

Y sabía que era así porque...

—Turner —dijo Frankie. La enfoqué con la mirada. Estábamos en la puerta de su habitación y me miraba con incertidumbre. Entrecerró esos ojitos color avellana. Su cabello corto y oscuro le enmarcaba la cara, de la que no había podido apartar la mirada en toda la noche. Estaba tan guapa con flequillo...—. Turner.

—Dime.

—Estás apretando los dientes y me estás mirando muy fijamente. Me estoy asustando.

—Lo siento —murmuré. Sacudí el cuerpo, tratando de eliminar la rigidez—. ¿Mejor?

Me recorrió el cuerpo con la mirada.

—Bueno... Me recuerdas a aquella vez que Troye Hargrove me robó el zumo en el recreo y al día siguiente tú y Ric lo perseguisteis hasta su casa.

—Fui yo quien lo persiguió.

—Exacto. Y Troye se quedó traumatizado de por vida. ¿Alguna vez te ha perseguido un adolescente mucho más grande que tú durante un kilómetro y medio?

—Lo cierto es que no. Pero tampoco podía evitar ser más grande que la mayoría de los chicos del insti. Sin embargo, ese palurdo sí podía evitar meterse contigo. De ahí la persecución.

Frankie negó con la cabeza y sus rizos de color azabache siguieron el movimiento. Definitivamente llevaba el pelo mucho más corto. Me aterrorizaba y me encantaba que hubiera tantas cosas nuevas en ella.

—Antes de entrar prométeme algo.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de trastear con la tarjeta y abrir la puerta?

—Solo si primero me prometes una cosa.

—Me encantaría, pero lo más probable es que acabe rompiendo esa promesa.

Soltó un suspiro.

—Eso no es que me dé mucha confianza.

—No —admití acercándome a la llave—, pero es la verdad. Porque vas a pedirme que no pierda los estribos al entrar en tu habitación, y el caso es que los he perdido hace rato; seguramente estén abajo en el bar.

Ella apretó los labios, formando una línea obstinada que me hizo fijarme en su boca durante un segundo más de lo necesario.

—No iba a pedirte eso.

—Genial. —Aparté la mirada de sus labios—. En ese caso, por fin podemos abrir esa puerta.

—Prométeme que no me obligarás a abandonar el hotel ni a cancelar lo de la convención de mañana.

Arqueé las cejas en respuesta.

—No puedo obligarte a hacer nada.

—Vale, o sea que no vas a convertir esto en un problema mayor de lo que es, ¿no? —continuó diciendo—. No puedo cancelar la

convención. No puedo irme, ¿está claro? Ya sabía de la existencia de este... acosador y aun así he venido aquí este fin de semana.

Se me estaban a punto de cruzar los cables.

Tenía demasiadas preguntas. Volví a mirar la tarjeta que tenía en la mano y me pregunté si se enfadaría mucho si se la arrebataba. «¿Es mejor pedir perdón o pedir permiso?».

—¿Por qué te has quedado callado? —insistió mientras metía la mano con la que sostenía la tarjeta debajo del brazo—. Por cierto, vuelves a dar miedo.

Me inclinaba por pedir perdón. Aunque primero debía quitarle esa puñetera tarjeta, y no tenía claro si mi sistema estaba preparado para tener un forcejeo amistoso con ella. ¿Y si me la echaba al hombro?

—¿Hola? Deja de mantener contacto visual con la tarjeta y prométeme que no vas a montar un drama, por favor. Estoy dispuesta a suplicarte o sobornarte si es necesario. Solo dime qué hace falta para que no le des más importancia de la que tiene. Y deja de estar tan callado y de dar tanto miedo.

Incliné la cabeza mientras me acercaba a ella hasta que las puntas de mis botas tocaron las suyas.

—Tengo intención de darle muchísima importancia al tema y de montar un drama si lo veo conveniente.

—Pero...

Le puse una mano en la mejilla antes de que pudiera detenerme. Frankie contuvo la respiración, lo que hizo que mi corazón se acelerara.

—Si que esté callado en lugar de gritando lo furioso que me pone que haya una persona acosándote te asusta, te pido perdón.

¿Quieres que hable? Muy bien. Estoy a tres segundos de tirar esta puerta abajo. Si prefieres ayudarme abriéndola tú para que después no tenga que darle explicaciones al personal del hotel, mejor, pero, si no, lo haré yo solo. Las dos opciones me valen, siempre y cuando no nos quedemos más rato parados en este pasillo.

Frankie fue a decir algo, pero se quedó en el intento.

Tenía los labios entreabiertos y parecía que quería besarme y luego darme un puñetazo.

Francamente, habría estado dispuesto a aceptar lo que sea que hubiese querido darme.

—¿Y bien? —le pregunté—. ¿Qué opción prefieres?

Ella soltó un suspiro, luego se dio la vuelta y pasó la tarjeta por la cerradura.

—Está bien.

Cuando la puerta se abrió con un clic, no le di las gracias.

No estaba agradecido.

Esto nos había llevado una eternidad y yo tenía una puta misión que cumplir. Una que comenzó rodeándole la cintura con un brazo y alzándola para poder colocarla detrás de mí, a salvo. Ni siquiera su aroma, que también era nuevo (una mezcla de frutos rojos), ni el sonido que se le escapó, una especie de grito ahogado, me detuvieron.

—Quédate detrás de mí —le ordené.

—Ya he estado en la habitación —se quejó—. Dudo que haya alguien.

No podía estar más en desacuerdo.

—¿Dónde están los bombones y la nota?

—En la cómoda. Al fondo de la habitación, cerca de la ventana.

Entré con paso firme, haciendo ruido intencional al pisar sobre la moqueta. Esperaba que no fuera necesario, pero, si por casualidad alguien se había escondido en la habitación de Frankie, quería que supiera que tenía compañía. Recorrí la estancia, encendí todas las luces, abrí todas las puertas y no dejé ningún rincón sin revisar. El armario, el baño, detrás de las cortinas, incluso debajo de la cama; todo ello mientras Frankie observaba en silencio. No encontré nada, así que, cuando terminé la inspección, me dirigí a la cómoda.

Tampoco es que hubiera una sensación de alivio. La búsqueda había sido como un proceso de tensión que iba en aumento hasta culminar con los bombones y la nota, y me mataba ver lo inquieta que estaba Frankie.

Pero sabía que, si me acercaba a ella en ese momento y le ofrecía el consuelo que me moría de ganas de darle, perdería la concentración. Ya había estado todo el día en piloto automático solo de pensar que la iba a ver.

Agarré los objetos. La nota estaba escrita a mano y sin firmar, tal y como ella me había dicho. La caja contenía cuatro bombones cuadrados. No había marca. Ni sello de seguridad. Nada.

—¿Seguro que no te has comido ninguno? —La miré por encima del hombro. Dios, parecía tan abatida que era una tortura quedarme donde estaba en vez de acercarme a ella—. Puedes contármelo, lo sabes, ¿verdad?

—No te he mentido, si es eso lo que preguntas.

Me giré para mirarla de frente.

—No te estoy preguntando eso. Aunque sé que si me mintieras sería para protegerme. Y solo quiero que quede claro que no tienes por qué hacerlo.

Ella puso los ojos en blanco sin mucho entusiasmo. Su bravuconería se había desvanecido y, aunque me alegraba de que fuera así dadas las circunstancias, no me gustaba verla molesta.

—¿Protegerte de qué exactamente?

—De mí mismo. Porque si hubieras tocado o comido uno de estos bombones y estuviesen alterados con alguna sustancia, no perdería ni un segundo antes de ponerme a registrar este sitio de arriba abajo hasta encontrar al tío o la tía que los ha dejado. Y después me aseguraría de que esa persona deseara no haberse atrevido a hacerte daño. Aunque eso significara acabar en una celda al lado de la suya.

La expresión de Frankie se llenó de sorpresa y de... «Mierda». De ese fuego que siempre me había hecho creer que era capaz de mover montañas. Eso me recordó que cuidar de ella era un privilegio que había dado por sentado.

Tragó saliva antes de hablar.

—Eso no sería necesario.

—Lo haría de todos modos.

Exhaló un suspiro.

—No los he tocado. Lo juro. Y, por cierto, es un tío. El acosador. Es un hombre. Lo sé por los, eh..., mensajes y cosas que me ha ido dejando.

Mi instinto asesino hizo acto de presencia.

Juro que fue como si apareciera una mirilla en mi campo de visión, listo para disparar.

—Turner, recuerda lo que me has prometido.

Yo no había prometido nada.

—Da igual. Nos vamos.

—Podría entenderlo si lo dijeran mis hermanos —respondió con una voz demasiado suave, como si estuviera cansada de discutir conmigo—. Pero tú no eres mi hermano. Ni siquiera puedo considerarte ya mi amigo. No tienes potestad para decidir cuándo debo irme de un sitio. ¿Y a qué viene esta actitud, por cierto? Nunca te pones así. Es más bien propia de Leo. O de Ric, si me apuras. No tuya. Tú nunca has intentado imponerme nada; siempre me has escuchado.

Tenía razón. Totalmente. Pero...

—Alguien te está acosando.

Frankie soltó una breve risotada.

—Soy escritora, no la presidenta de los Estados Unidos. Además, ¿cómo sabes que no me lo estoy imaginando? No conoces todo el contexto. Tengo una imaginación muy prolífera, así que podría haber sacado conclusiones erróneas. Las cosas que me ha dicho nunca han sido amenazadoras. Todo esto podría ser obra de un lector bienintencionado que ha querido darme una sorpresa y, sin querer, ha traspasado algunos límites. No hay nada que indique que el acosador me ha seguido hasta Vermont. Nada. Así que, ¿por qué no te planteas esa posibilidad?

Hubo un momento de silencio sepulcral.

Entonces me salió de dentro:

—Porque tu palabra me basta.

Frankie parpadeó con cara de asombro.

—No tienes por qué darme más explicaciones —continué—. A mí no. Si dices que hay un acosador, entonces es que hay un puto acosador. ¿Por qué no iba a creerte?

Sus ojos color avellana se prendieron en llamas antes de apagarse gradualmente. Lo único que quedó después fue agotamiento. Rendición. Abrí la boca para decir algo, pero le empezaron a temblar los labios y a castañearle los dientes. Se llevó las manos a la cara, tratando de evitar que se esparciera lo que fuera que se estaba rompiendo. Pero no funcionó.

Se le escapó una lágrima que empezó a descender por su mejilla, y ya no pude contenerme más.

En un segundo pasé de estar junto a la cómoda a tenerla entre mis brazos.

Apoyó la frente en mi pecho y su aroma me inundó las fosas nasales. Esa cercanía que nunca me había bastado cuando era adolescente, que no se correspondía con el tumulto que se desataba en mi interior cada vez que la tocaba, me hizo caer de rodillas de forma metafórica. Por fin me estaba permitiendo sentirlo, y era la confirmación de todo lo que sospechaba. Sabía que estaba jodido. Y era demoledor lo bien que me sentía al abrazarla después de tanto tiempo lejos de ella.

—No estoy llorando —murmuró entre hipos, sin que yo le preguntara—. No hace falta que me abraces.

—Me da igual.

—No soy una llorona —añadió—. Es solo que...

Mis manos empezaron a moverse por sí solas, acariciándole la espalda con las palmas, animándola, consolándola.

—Solo... ¿qué?

Se le escapó un sollozo.

—Es que te he echado mucho de menos.

Le salió otro sonido desgarrador, lo cual hizo que se me contrajera aún más el pecho. Deslicé una mano por su cabello, acunándole la cabeza contra mi clavícula, sin saber cómo arreglar esta situación. Lo único que podía hacer era abrazarla con todas mis fuerzas. Quería aprovechar al máximo ese momento, y más después de haber visto lo alta que tenía la guardia cuando estábamos en el bar. Ella alzó los brazos para agarrarse a mi jersey por la espalda y tirar con fuerza.

—No pienso irme a ninguna parte —le susurré. Nos íbamos meciendo de lado a lado, como había hecho solo unas pocas veces en el pasado. Aunque de una forma totalmente diferente—. Estoy aquí, Frankie, cariño. No pasa nada. Nadie te va a hacer daño.

Ese «cariño» se quedó flotando en el aire, resonando en mis oídos. Era la primera vez que se me escapaba, aunque no la primera que lo pensaba. Supuse que iba a quejarse o a preguntar por qué la había llamado así, que cómo me atrevía a referirme a ella de otra manera que no fuera por su nombre.

Sin embargo, lo único que pasó fue que se agarró con más fuerza a mi jersey de lana. Los sollozos no cesaron, pero me proporcionaron una excusa para que siguiera en mis brazos. Curiosamente, cuanto más tiempo pasábamos así, menos reconocía a la Frankie con la que había crecido. Mis manos, brazos y pecho eran testigos de una serie de curvas a las que nunca me había permitido prestar atención. Mi cerebro repetía el mantra con el que había venido a Vermont: «Arregla las cosas. Haz que todo vuelva a estar bien».

Pero ¿acaso había estado bien en algún momento?

No contaba con que tocarla así, y que ella me tocara a mí, descarrilaría mis planes tan rápido.

Abrazarla de aquella manera era como despertar de una pesadilla. Me hacía querer mantenerla así de cerca costara lo que costara. Madre mía, había tantas cosas que hablar antes de llegar a este punto. Había tantas cosas que debía explicarle. Tantas cosas que quería preguntarle.

—Creo que ya estoy mejor —murmuró Frankie.

Bajé la mirada y vi una leve sonrisa en su rostro. Tenía la barbilla apoyada en mi pecho y las mejillas sonrojadas, pero ya no había lágrimas. Estaba preciosa.

—No estás llorando.

—Me has placado con un abrazo para que dejara de llorar. Era lo menos que podía hacer.

—Has dicho que me has echado de menos —añadí sin miramientos. El rubor de sus mejillas se intensificó—. Yo también te he echado de menos, Frankie.

A diferencia de otras ocasiones en las que se lo había dicho, esta vez ella parecía estar de acuerdo con mi afirmación. Eso me alegraba. Bueno, «alegraba» se quedaba corto. Aún no había terminado de explicarle hasta dónde llegaban mis sentimientos. Tenía que hablar con ella para que viera el panorama completo. Para que tuviera todo el contexto. Era importante. Y también teníamos que encargarnos de ese maldito psicópata.

—Estoy más asustada de lo que intento aparentar, Turner —dijo leyéndome el pensamiento—, pero no puedo irme. No puedo cancelar este evento. Lo digo en serio.

—Entonces cuéntame por qué. Y entre los dos discutiremos cuál es el mejor plan de acción.

—¿Entre los dos? La decisión es mía.

Ay, mi chica independiente. Me sacaba de quicio.

—Pero yo estoy aquí contigo. Y me has dado un susto de la hostia. Al menos finge que formo parte de esta conversación.

Ella resopló, pero lo hizo con una sonrisa. Una sonrisa auténtica.

Por fin. Por fin volvíamos a ser nosotros. Ya no estábamos andando con pies de plomo.

La solté a regañadientes, pero al bajar los brazos le agarré la mano. Tiré de ella hasta llegar al borde de la cama y, una vez allí, me arrodillé y me puse a desatarme los cordones de mi bota derecha.

—Em... ¿Qué haces? —preguntó mirándome.

—Estoy poniéndome cómodo —respondí pasando a la bota izquierda. Una vez terminé, me enderecé y dejé el calzado a mi lado —. ¿Quieres que te ayude con las tuyas?

Los ojos de Frankie se abrieron ligeramente. Solo un segundo. Luego se quitó las botas y las dejó junto a las mías.

Cuando me subí a la cama, ella me siguió y se sentó con las piernas cruzadas mientras yo apoyaba la espalda contra el cabecero.

Me miró con inseguridad.

—Lo primero que quiero decir es que no te va a gustar lo que te voy a contar.

—Eso lo tengo claro.

Frankie suspiró.

—Pues bien..., la primera nota que me dejó en la puerta era bastante inofensiva.

En mi cabeza sonó un chirrido como el de un disco rayado.

La madre que...

Un psicópata le había dejado cosas en la puerta de...

—¿Turner?

Me aclaré la garganta.

—¿Mhm?

La exhalación de Frankie fue más bien consciente que cautelosa, y eso me devolvió a la realidad.

—Ya sabía que esto era una mala idea.

—Trae el pie.

Me lanzó una mirada interrogativa.

—Trae el pie —insistí. Le di una de las almohadas para que apoyara la espalda y estuviera más cómoda—. Necesito algo en lo que concentrarme mientras hablas. Algo que hacer con las manos. Así que apoya el pie aquí y sigue hablando. Si me lo das me portaré bien. Por favor.

Le costó un poco, pero cogió la almohada y se reclinó mientras estiraba la pierna.

La agarré del tobillo y la acerqué más a mí. Ella soltó un gritito que me obligué a ignorar.

—No hay mucho más que contar —dijo con un suspiro. Empecé a mover los dedos, presionándole ligeramente el puente del pie, enfundado en un calcetín—. Me deja regalos y mensajes con cumplidos, elogios y palabras sentimentales. Resulta inquietante que se sepa de memoria lo que pido en el restaurante chino o que me deje flores en el buzón o en el felpudo de vez en cuando. Aunque, claro, son cosas sobre las que he hablado en redes, en entrevistas y en sesiones de preguntas y respuestas. Me preocupé un poco cuando destrozaron el cobertizo de uno de mis vecinos después de que yo hiciera un comentario quejándome del mal olor de lo que fuera que guardaba dentro. Pero no fui la única.

«Es demasiado confiada», pensé mientras cambiaba los movimientos para masajearle el talón.

—¿Qué le hizo al cobertizo?

—Pues... le prendió fuego.

Detuve las manos. Y creo que también se me detuvo el corazón.

—¿Cómo sabes que fue él?

Abrió la boca un instante, justo cuando yo le clavaba un nudillo debajo del dedo gordo del pie.

Perdió el habla y verle la cara de placer fue como un rayo de esperanza en medio de aquella pesadilla.

—Lo confesó él mismo —respondió—. Hay que decir que había un alijo de drogas en ese cobertizo. Y palomas muertas. Ese vecino siempre me había dado mala espina, así que supongo que no hay mal que por bien no venga.

Se me revolvió el estómago y sentí unas ganas irrefrenables de sacarla de la cama, recoger sus cosas e ir a la comisaría más cercana. No me podía creer que no lo hubiera hecho ya. Bueno, sí que me lo creía. Imaginé que debía de ser muy difícil asimilar algo así cuando te sucedía a ti.

—Sabe dónde vives, Frankie. Ha provocado un incendio. Nunca me ha gustado que este trabajo te pusiera en el punto de mira. Ya sé que no estás tratando de restarle importancia, pero ¿qué más podría hacer para que te dieras cuenta de lo peligroso que es? Yo ya estaría aterrorizado.

—¿Qué se supone que debía hacer? —murmuró ella, como si realmente se lo estuviera preguntando—. No podía permitir que esto me impidiera venir al evento. De verdad que necesito participar en esta convención. Es una mierda, pero tal vez debería aceptar que

estas cosas son inevitables si publico con mi nombre real en vez de con un seudónimo. Ahora ya no lo puedo cambiar. —Apreté la mandíbula con fuerza, rechinando los dientes en silencio—. Y, oye, al menos no son cartas poniéndome a parir. Podría ser muchísimo peor, créeme.

Solté un gruñido.

—A mí me parece una situación bastante jodida de por sí.

—No es más que... un tío que está enamorado de mis libros y de mi imagen pública. Frankie Rossi, autora del «escabroso fenómeno de suspense que hará que te enamores del asesino. El retorcido triángulo amoroso que no sabías que necesitabas». Solo habla de mis libros; significan mucho para él. Lo noto por cómo se refiere a ellos. Incluso he llegado a...

Se detuvo.

—¿Incluso has llegado a qué? —la presioné. Algo me decía que no me iba a gustar cómo terminaba esa frase.

—A nada —murmuró. Retiró el pie con tanta rapidez que me pilló por sorpresa—. El masaje ha sido increíble, gracias.

—¿Cuánto sabe Ric?

—No tanto como tú.

Sin embargo, algo sabía. Y no me había informado. Tendría noticias mías después de este fin de semana.

—¿Y Leo? —quise saber—. ¿A quién más se lo has contado? ¿A alguien que también viva en Boston? ¿A tu agente? ¿A tu editora?

Ella negó con la cabeza.

—A nadie más.

—¿Por qué no?

—Tengo mis motivos —respondió encogiéndose de hombros—. Motivos importantes. Por eso no puedo cancelar la convención ahora que estoy aquí. Y por eso no pienso hacerlo. Me quedo.

Siempre había sido increíblemente testaruda.

—¿Así que solo lo sé yo?

Frankie asintió.

En cierto modo, me sentí honrado y afortunado por haber estado en el lugar adecuado en el momento adecuado. Pero supongo que las circunstancias no importaban. Mi única preocupación era la seguridad de Frankie.

Estaba claro que había cosas que no me estaba contando. Esta historia tenía más capas, pero, por alguna razón, Frankie no confiaba lo suficiente en mí para explicármelo. Y no la culpaba. Hubo un tiempo en el que teníamos esa confianza, pero ya no. Si quería recuperarla, volver a ganarme todos esos privilegios, tenía que demostrarle que me lo merecía.

Que era digno de ella.

—En cuanto termine la convención, saldremos del hotel e iremos a la comisaría más cercana para denunciarlo —dije—. Luego se lo contaremos a tu agente y a tu editora. Y después de eso me dejarás llevarte a Boston, presentarás otra denuncia ahí si es necesario y buscaremos otro apartamento.

Algo pareció molestarla. Quizá pensaba que me estaba metiendo demasiado en sus asuntos, o no le gustaba la idea de dejar su coche en Vermont o de que yo formara parte de su vida después de ese fin de semana. No lo sabía, pero me daba igual, porque nada me parecía más importante que su seguridad.

Por suerte, ella aceptó con un seco:

—Vale.

—Vale —repetí—. Y una última condición.

—¿Qué? —preguntó con recelo.

—No esperes que me olvide de esto en cuanto lleguemos a Boston. He venido para quedarme, Frankie. Y no me refiero a esta noche o al fin de semana. Pienso recuperar mi lugar en tu vida.

5

FRANKIE

Al final resultó que Turner hablaba muy en serio cuando dijo que iba a pasar la noche conmigo.

En mi habitación.

Y, por lo tanto, en mi cama.

Ojalá pudiera decir que me puse coqueta y empecé a pensar en todas las formas en que podríamos acurrucarnos como quien no quiere la cosa, pero estaba demasiado asustada para eso.

Le había dicho la verdad sobre los actos vandálicos y los regalos ocasionales que esa persona había dejado en mi puerta, pero no le había contado cómo me hacía sentir esa terrible experiencia. Asustada, claro. Pero también dividida. Por alguna razón, mientras estaba en Boston me había resultado fácil racionalizarlo. Quizá porque no había sucedido de golpe, sino gradualmente. Pero ahora no podía dejar de pensar en la posibilidad de que esa persona me hubiera seguido hasta allí. Que hubiese enviado cosas a mi habitación. ¿Cómo sabía el número? ¿La gente podía averiguar esas cosas con una sola llamada?

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Turner se dio cuenta.

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora y él se la creyó. Entonces reanudó su tarea: buscar el mando a distancia de la televisión por su lado de la habitación. Tal y como le había pedido. Se suponía que yo debía hacer lo mismo en el otro lado, pero estaba resultando ser todo un reto.

La Frankie de dieciséis años estaría chillando. La actual trataba de reducir los chillidos al mínimo. La razón era que intentaba no pensar en el acosador ni en cómo Turner invadía mi espacio. El momento de quitarse el jersey para quedarse con una camiseta de manga corta, blanca y ajustada había sido duro. Y el de quitarse el cinturón me había provocado una sensación extraña. Pero ¿qué le iba a hacer? Turner Reece siempre había sido alto, grande y robusto, y a mí siempre me había acelerado el pulso verlo. Una parte muy primitiva de mí disfrutaba del hecho de que estuviera allí para protegerme.

La mayoría de la gente pensaba que era un matón. Un hombre de aspecto rudo, con tatuajes y lo bastante grandote como para echar una puerta abajo, como había amenazado con hacer en el pasillo. Y apuesto a que podría hacerlo si quisiera, pero Turner Reece era mucho más que eso. Si te parabas a conocerlo, descubrías que tenía un lado tierno. Era demasiado considerado, tranquilo y cariñoso para ser un matón.

De pequeño, por ejemplo, se le daban bien cosas que la mayoría de los chicos de su edad consideraban (erróneamente) propias de chicas, como la repostería, el arte o las manualidades. Cualquier cosa excepto coser, para lo que no tenía paciencia y echaba la culpa al tamaño de sus dedos. Ric tardó años en aceptar que Turner nunca iba a querer entrar en su equipo de hockey. Y el hecho de que no hubiera sucumbido, ni siquiera por su mejor amigo, ni siquiera

cuando su complexión y su capacidad para patinar sobre hielo le habrían garantizado un nivel de éxito por el que muchos entrenaban durante años, me había hecho quererlo el doble. Porque, a pesar de ser tan joven, tenía una confianza en sí mismo que la mayoría de los chicos de su edad confundían con arrogancia.

La misma confianza que acababa de usar para decirme que pensaba recuperar su lugar en mi vida.

Francamente, era el peor momento posible para reavivar la amistad. Lo más probable era que me resultara imposible, teniendo en cuenta lo que seguía sintiendo por él. Pero al verlo allí, en la habitación, al haberlo abrazado, al haber confiado en él, una parte de mí quería intentarlo. Quería darle lo que fuera que hubiera venido a buscar. A pesar de todo.

Era la misma parte de mí que habría aceptado ser la niña de las flores en su boda si me lo hubiera pedido.

Que alguien me diera el título de masoquista. Como escritora era un plus, pero para el día a día era un tormento.

—¿Ha habido suerte? —me preguntó Turner desde unos metros de distancia, devolviéndome al presente.

Cerré el cajón inferior de la cómoda y me volví hacia él.

—N-no... —Se había acercado. Incliné la cabeza hacia atrás y me sonrojé ante la repentina proximidad de su cuerpo—. No ha habido suerte —aclaré con voz ronca, dándome cuenta de que él había fijado la mirada en mi boca. Me humedecí los labios. Me sentía cohibida—. Me temo que tendremos que pedir que nos den otro o tocará entretenerse de otra manera.

La mirada de Turner subió hasta mis ojos. Entrecerró los párpados.

—Hablando, por ejemplo —me apresuré a añadir—. O jugando a juegos de mesa. O... mirando la pared. En silencio.

Cosas seguras. Nada que tuviera que ver con hablar de mis sentimientos, de ese acosador o de la cama que íbamos a compartir.

Soltó un leve murmullo mientras levantaba la mano. Me rozó las puntas del cabello con la parte posterior de los dedos mientras seguía el movimiento con los ojos.

—¿Has traído alguno?

—¿Algún... qué?

Repitió el movimiento, inclinando la cabeza, concentrado. Se me puso la piel de gallina.

—Juego de mesa.

—No —susurré.

Volvió a mover la mano para acariciarme la frente, justo a la altura del flequillo. Vi que esbozaba una media sonrisa justo cuando me rozaba la sien con el pulgar.

—Eso nos deja con muy pocas alternativas.

Cerré los párpados.

Ni siquiera sabía de qué estábamos hablando.

¿Qué estaba pasando?

¿Qué significaba esa cuidadosa exploración de cómo se sentía mi cabello contra sus dedos? ¿Era una venganza por lo que le había hecho? Me sentía como si estuviera en llamas, y eso que ni siquiera me estaba tocando de forma sugerente. Esa parte de mí a la que le daba igual gritaba por salir del lugar donde la tenía contenida, poniendo a prueba los límites. ¿Y si abría los ojos y le contemplaba el rostro? ¿Y si le correspondía, fuera lo que fuera lo que estuviese expresando? Dios, me moría de ganas. Porque él seguía jugando con

mi cabello, rozándome la piel del cuello sin querer, y también la de la mandíbula y la de la sien, como si no tuviera nada mejor que hacer que acariciarme.

Choqué con la espalda contra el borde de la cómoda y el contacto me hizo abrir los ojos.

Y joder.

La cara de Turner. Sus ojos. Parecía embelesado.

De hecho, lo estaba.

¿Qué coño era esto?

Algo en mi pecho gritaba que reconocía esa mirada, la sensación de ser observada así, tan de cerca, por él. Pero mi cerebro lo descartó como si solo fuera una fantasía, fruto de la esperanza, no un recuerdo. Turner nunca me había mirado así. Como si estuviera conteniéndose para no... ¿Para no qué, exactamente?

Me aclaré la garganta. El sonido no lo sobresaltó ni lo disuadió, pero bajó la mano.

—Deberíamos llamar a recepción. Como hemos dicho antes. Ya estoy mentalizada, así que dejemos de posponerlo y preguntemos quién ha dejado esa nota. Y de paso les podemos pedir que nos den otro mando a distancia.

Asintió despacio, aún con esa mirada que había estado jugando con mis sentidos.

—Ya llamo yo —dijo apartándose. Por suerte. ¿O más bien por desgracia? Estaba confundida—. Prefiero que me lo dejes a mí, si no te importa.

Antes de que pudiera preguntarle por qué, ya estaba junto a una de las mesitas de noche, cogiendo el teléfono y marcando el número de recepción.

—Hola —dijo al cabo de un momento, volviéndose hacia mí—. Soy de la 214. ¿Podría decirme quién ha mandado un regalo de bienvenida a la habitación? —Una pausa—. Frankie Rossi. Forma parte del elenco de autores de la Convención de Novela Negra y Thriller, sí. —Otra pausa—. La nota no estaba firmada y mi mujer no sabe quién la ha enviado.

Sentí que el corazón me daba un vuelco y abrí los ojos con sorpresa.

«Mi mujer».

¿Su mujer?

—Sí —dijo Turner, mirándome fijamente—. Tendrá que preguntárselo al personal del turno de mañana. —Apretó la mandíbula mientras esperaba—. Para serle sincero, Sharon, me inquieta un poco la idea de que el hotel permita que se entreguen cosas en las habitaciones. Mi esposa quizá dirá que son «cosas que pasan» para quitarle importancia, pero yo no me tomo su bienestar y su seguridad a la ligera. Me inquieta que esté demasiado expuesta.

Caminé hacia la cama como un zombi, analizando las connotaciones de todo lo que estábamos descubriendo.

—Estaría genial, Sharon —concedió Turner con tono distraído y la mirada fija en mí. Luego di por hecho que Sharon estaba hablando, porque él se quedó callado hasta que dijo—: ¿Dice que podemos pedir algo al servicio de habitaciones para compensar las molestias?

Estaba consultándome. Yo no tenía hambre, pero no recordaba haber comido nada desde la hora del almuerzo. Me encogí de hombros para confirmarle que me parecía bien cenar.

—No va a solventar mis preocupaciones, pero se lo agradeceríamos —dijo al teléfono—. ¿Dos bocatas de queso y

ternera al estilo Filadelfia y tarta de manzana con sirope de arce? —Arqueé las cejas con sorpresa. ¿Bocatas de queso y ternera en un pintoresco hotel de Vermont?—. El chef es de Filadelfia —añadió. Eso me cuadraba más. Turner me guiñó un ojo—. Sería perfecto. Gracias y... —Frunció el ceño al recibir más información—. Ah, bueno, tendremos que esperar y ver cómo va. Esperemos que la cosa no vaya tan mal como parece. Gracias de nuevo. Buenas noches.

Lo observé mientras colgaba y se dirigía a uno de los ventanales.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Hay una tormenta de nieve —anunció apartando la gruesa cortina. Era tarde y fuera estaba completamente oscuro salvo por las farolas del patio. Las pobres a duras penas resistían las violentas ráfagas de viento—. No saben con certeza cómo de grave será ni si las carreteras de la zona se verán afectadas, pero la recepcionista tiene esperanzas de que no sea nada demasiado desastroso. Hay más mantas en el armario por si tenemos frío.

Asentí. Una tormenta de nieve. Una cosa más que no estaba en mi lista de pendientes este fin de semana. ¿Se iba a cancelar la convención? Eso me dejaría de nuevo en el punto de partida y nada de esto habría valido la pena.

—Frankie —me llamó Turner, todavía junto a la ventana—, ¿estás bien?

—¿Tu mujer? —le espeté en lugar de responder.

Él se encogió de hombros.

—¿Habrías preferido que dijera «mi amiga de la infancia a la que he echado muchísimo de menos y con la que estoy intentando reconectar este fin de semana»?

Mierda.

Me mataba que siguiera repitiendo lo mucho que me había echado de menos. En el mejor sentido posible. Pero también estaba la parte de reconectar. Lo cual me recordaba todo lo demás.

—Eso sería una explicación demasiado detallada incluso para mí —logré decir—. Pero gracias por hablar con recepción. No sé si yo habría podido hacer esa llamada. Creo que, si no te importa, voy a ponerme cómoda antes de que llegue el servicio de habitaciones.

Él asintió y yo cogí una camiseta y unos pantalones cortos de la maleta y me dirigí al cuarto de baño. Me detuve justo en el umbral al darme cuenta de algo.

—Oye, Turner.

—Dime.

—Te has olvidado de pedir un mando. Por si quieres volver a llamar y preguntar mientras me cambio.

Hubo una pausa. Luego dijo:

—Me he perdido todo un año de tu vida, Frankie. Lo último que quiero hacer mientras comparto habitación contigo es ver la televisión.

Los bocadillos de queso y ternera al estilo Filadelfia estaban increíbles.

Otra cosa increíble era mi capacidad para darle vueltas a la situación.

El rato entre que nos habían traído la cena y nos la habíamos zampado como si fuéramos unos muertos de hambre me lo había pasado repasando mentalmente todos los escenarios en los que este

fin de semana podía salir mal. ¿O ya había salido mal? En fin, las posibilidades eran infinitas en cualquier caso.

Turner recogió el plato vacío de mi regazo y eso me hizo volver a la realidad.

—Pues sí que estaba rica la tarta, ¿eh?

—La tarta siempre está rica. Esta estaba excelente. ¿Por qué lo preguntas?

Estiró su largo brazo para colocar los platos en la mesita de noche. No tuvo que moverse siquiera para llegar y eso me dio envidia.

—Por la cara que has puesto mientras te la comías. Estabas muy mona.

Ese calorcito al que ya me estaba acostumbrando volvió a mi cara. No estaba preparada para que Turner me dijera esas cosas. Siempre habíamos tenido mucha cercanía, pero jamás había... flirteado conmigo. ¿Estaba flirteando?

—Es posible que este sirope de arce fabricado aquí en Vermont se haya convertido en mi cosa favorita del mundo mundial. ¿A ti qué te ha parecido la comida?

—Me ha encantado verte devorarla. Siempre comes como si nadie te estuviera mirando.

—Ja —contesté con ironía—. Muy gracioso. Y has esquivado mi pregunta. Eso significa que hay algo que no te ha gustado.

Él entrecerró los ojos.

—No, qué va.

—Claro que sí. Es el sibarita que hay en ti. Apuesto a que en tu cabeza le has puesto una nota a la cena. Antes eras muy dado a las críticas gastronómicas.

Se encogió de hombros.

Me apoyé sobre las manos e incliné la cabeza.

—¿Y bien? ¿Cómo calificarías la tarta? Yo le doy un millón de estrellas.

—Un sólido cuatro sobre cinco —respondió con un resoplido—. La masa está un poco demasiado húmeda para mi gusto.

—¿Y el bocadillo?

Exhaló.

—Estaba bien. No necesito puntuarlo.

—Ajá, conque el problema ha sido el pan. ¿Tan malo estaba?

Soltó una risa burlona, pero no dijo ni sí ni no.

—A mí me ha parecido que estaba delicioso —añadí para picarlo—. De hecho, es el mejor que he probado en mucho tiempo. No sé qué defecto le habrás podido...

—El pan era congelado, estaba demasiado tostado y tenía una forma demasiado alargada —espetó de la forma más adorable en que un tío de metro ochenta y pico con un *mullet*, tatuajes y bigote podría explotar—. Este tipo de bocadillos se debe preparar con pan recién hecho.

No pude aguantarme y sonreí, lo cual me hizo sentir rara. Como si esa sonrisa me estuviera partiendo la cara y yo hubiese perdido práctica. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que habíamos tenido un momento así... De hecho, había pasado mucho tiempo desde que había tenido un momento así con cualquier persona. Era deprimente. No habríamos estado ahí, sentados sobre el edredón, cenando juntos, si no le hubiera contado a Turner lo del acosador. Y si Turner no hubiera aparecido en Vermont, no habría estado sonriendo ante el arrebato que acababa de tener ni burlándome de él por ser un repelente cuando se trataba del pan.

Habría estado a solas, con la televisión de fondo, sin prestar atención. Me habría sentido... sola.

—En el año que llevo en Boston, solo he hecho dos amigos —dije sin pensar—. Me doblan la edad y son mis vecinos.

—¿Y te sientes sola? —preguntó él, expresando con facilidad el infierno de sentimientos que me ardía por dentro—. Siempre has valorado más la calidad que la cantidad.

—Creo que solo se han hecho amigos míos porque vivo sola y les recuerdo a una de sus hijas. Tienen dos chicas y un chico; él es el mayor. Es periodista. Por lo que me cuenta la señora Flanagan, está felizmente comprometido con una chica de Carolina del Norte, si no, nos habría presentado. —Resoplé—. Según ella, soy demasiado guapa para pasarme el día en casa. Lo más seguro es que le parezca triste que no tenga a nadie con quien salir. Ni siquiera como amigos.

—Tiene razón.

Suspiré.

—Sí, es un poco triste.

—No —dijo él con un movimiento de cabeza—. Eres guapa. Desprendes un brillo cegador cuando estás feliz. Eso es lo único que te mereces.

Abrí los labios y sentí que me ponía roja.

—Y en cuanto a su hijo —añadió—, me alegro de que ya haya encontrado a alguien, pero no sabe la suerte que tendría si pudiera salir contigo. La misma que si pudiera pasar un rato sentado a tu lado en casa, de hecho. Cualquiera que tenga ese privilegio se puede considerar afortunado.

El corazón me iba a cien por hora, latiendo en todas las direcciones posibles.

—¿Qué? —preguntó Turner con un tono chulesco, lo cual confirmaba que todo aquello solo eran imaginaciones mías—. ¿Crees que nunca me he fijado en que eres guapa? Eres una preciosidad, Frankie. Y estás buenísima.

—¿Perdón?

—Ya me has oído.

«Ya me has oído», dijo el muy cabrón, como si no acabara de soltar una bomba.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté con un hilo de voz.

—Romper todas las barreras que construiste al irte y que te empeñas en mantener.

—Eso... —Tuve que parar un momento antes de terminar la frase —. Eso está mal. Fatal. No puedes decirme que soy guapa. Que lo llevas pensando desde hace tiempo. Que te has... fijado. No puedes soltar estas cosas así sin más.

Pareció tomarse un momento para reflexionar mis palabras. Luego se encogió de hombros.

—Es posible que tengas razón, pero al menos estoy consiguiendo que hables del tema. De esto. De lo nuestro.

En mi mente empezó a formarse una maraña de pensamientos furiosos, incrédulos y, sí, también fantasiosos. Daban vueltas, mareándome, cuestionando qué podía significar todo aquello sin llegar a ninguna conclusión en apariencia... real.

—Yo... Me... —Se me quebraba la voz por la frustración—. Estabas comprometido, Turner. Con Mia. Mi amiga. No existe ningún «lo nuestro». Nunca ha existido.

—Soy consciente de que lo que te voy a contar ahora me convierte en un capullo —dijo con calma, sin inmutarse por la dureza

de mis palabras—, pero prefiero no seguir ocultándotelo, ser claro contigo y humillarme si con eso consigo recuperar tu confianza. —Lo miré con el ceño fruncido—. No debería haberlo hecho. —Nos quedamos en silencio y habría jurado que se escuchaban los latidos de mi corazón. Turner tragó saliva antes de continuar—: Le pedí matrimonio a Mia en un momento complicado, pero soy consciente de que eso no lo justifica.

Ojalá hubiese podido decir que no recordaba el día exacto en que se lo pidió, pero lo recordaba a la perfección porque habían dado la noticia durante una cena familiar, el día de Acción de Gracias.

—¿Complicado? No recuerdo nada fuera de lo normal, excepto que fue la Navidad antes de que el padre de Mia... —Me detuve.

—Ella no le dijo a nadie que estaba enfermo hasta después de Navidad —admitió—, pero ya lo sabía desde hacía dos meses. Fue bastante duro, Frankie. Cuando Mia se enteró del diagnóstico...

Algo dentro de mí se rompió en dos pedazos afilados.

—No tenía ni idea. Nunca me contó nada ni me dio a entender que estuviera pasando por algo así. ¿Eso significa que cuando todos nos enteramos...?

—Ella ya había tenido tiempo para asimilarlo —confirmó Turner—. Durante esos meses, yo era el único que lo sabía. Mia evitaba a todo el mundo para que nadie sospechara. Especialmente a ti.

Se me encogió el pecho.

—Debió de ser muy duro para ella pasar por eso. Y para ti verla afrontarlo.

—Lo fue. —Exhaló un suspiro—. Aunque ya sabes cómo es. Al principio intentó fingir que no le afectaba, pero no pudo mantenerlo por mucho tiempo. Cuando al fin asimiló que su padre tenía

cáncer..., se sumió en un pozo de tristeza. Me mataba verla así. Y me mataba que lo que más le molestaba era no poder darle a su padre aquello de lo que siempre habían hablado.

Turner se quedó en silencio un instante y yo contuve la respiración, puesto que sabía a qué se refería.

—Ella siempre ha sido una persona capaz de hablar con total libertad —continuó con una risa amarga—. Como si las palabras no tuvieran límite, como si fueran inagotables. Como si hablar no le hiciera daño a nadie. Y yo siempre he sido todo lo contrario. Por mucho que intente expresar lo que pienso, las cosas importantes prefiero mostrarlas en lugar de contarlas.

—Ay, Turner... —susurré.

—Me dijo que le rompía el corazón que su padre fuera a morir antes de poder llevarla al altar. Y que él también estaba devastado.

Me quedé muy quieta. Muy callada. Era como si algo se hubiera desprendido dentro de mí con un gran crujido. Como si una parte de mi corazón se hubiera perdido.

Turner negó con la cabeza.

—No me mires como si lo que hice fuese algo honorable, porque mira cómo estamos todos ahora. Al final le acabé rompiendo el corazón igual. Su padre está en remisión, pero también siente pena por lo que ha pasado entre nosotros. Y yo soy el único responsable. No fui capaz de cumplir mi palabra. Siempre la cumplo, pero esta vez no pude. No lo hice.

—Eso no te convierte en el malo de la película —le dije. Sentía la necesidad de protegerlo. Me daba lástima que todo el mundo hubiera acabado con el corazón destrozado, pero Turner no estaba

teniendo en cuenta que él también había salido herido—. Nadie es el malo. Así es la vida, y tú hiciste algo muy humano.

—Tampoco soy el héroe.

—¿Te sentiste bien cuando le pediste matrimonio y ella dijo que sí? ¿Te pareció lo correcto?

—Durante un tiempo, sí. —Su voz se llenó de dolor. Remordimiento. Culpa. Odiaba que la vida los hubiera llevado por ese camino, pero no era justo que Turner se culpara de lo sucedido. Todos cometemos errores—. Me sentí bien al hacerla feliz. Al ayudar a la persona a quien quería y con quien tenía una relación a salir de ese pozo. Mi labor era cuidar de ella, y me sentí bien al hacerlo.

Si es que no se puede ser un hombre más maravilloso...

—Esa era una gran responsabilidad. Aunque al final no funcionara, tu intención de ofrecerle algo que solo tú podías darle era buena. Antepusiste su felicidad a la tuya. Eso demuestra lo mucho que la querías.

Yo, por el contrario, había sido un monstruo egoísta. Cuando, unas semanas después de anunciar su compromiso, nos contaron lo del padre de Mia, casi cambio mis planes de marcharme. Pero Mia parecía haberse tomado la enfermedad de su padre tan bien y estaba tan centrada en hablar de todo lo que quería para esa boda que... fue demasiado para mí. Por primera vez, sentí que tenía derecho a priorizarme, a diferencia de todas las otras veces en las que me había quedado callada. Decidí creer que ella no me necesitaba y que, si alguna vez lo hacía, solo tenía que pedírmelo y yo estaría a su lado. Que Ric o mamá me lo dirían y yo lo dejaría todo para volver a Portland si su padre empeoraba. Pero su padre no

empeoró y yo seguí necesitando la distancia. Hasta que, de repente, un día me di cuenta de que ya no sabía cómo hablar con ella.

—Me ves con buenos ojos, demasiado —dijo Turner—. Antes siempre pensaba que ese era tu mayor defecto.

—Nunca dejaré de pensar que eres uno de los mejores hombres que conozco, Turner. Porque lo eres.

—Entonces, ¿qué es lo que hice para que te alejaras de mí?

Su pregunta me pilló tan desprevenida que di un respingo.

Insistió:

—¿Por qué dejaste de responder a mis mensajes y llamadas? ¿Por qué te fuiste sin despedirte de mí? ¿Por qué no abriste la puerta ese día que estabas pasándolo mal? Estaba convencido de que me necesitabas.

Me dolía el pecho, pero ahora era por unas razones completamente distintas.

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo, por favor —me pidió—. Hazlo por mí, para que pueda entender qué es lo que tengo que arreglar.

Una oleada de emociones abrumadoras me subió por la garganta. No había nada que arreglar. ¿No se daba cuenta? Nunca había habido nada entre nosotros, nunca iba a haberlo, y menos ahora, después de todo lo que había pasado.

—No estás traicionando a Mia por hablar de lo nuestro o por estar en esta habitación conmigo —me dijo—. Y yo tampoco, Frankie. Por eso rompí con ella.

Todo mi cuerpo se paralizó. Mi mente, por otro lado, iba a mil por hora. Llenaba los vacíos, los espacios que Turner dejaba.

¿Lo había oído bien?

—Me siento lo bastante culpable por los dos, créeme. Pero no te equivoques, porque me alegro de que esas decisiones me hayan traído hasta aquí. Pienso casarme con el amor de mi vida, y esa persona no es Mia.

6

FRANKIE

«Pienso casarme con el amor de mi vida».

Lo había dicho con total certeza. Como si supiera quién era.

Yo, por mi parte, lo único que sabía era que iba a vomitar. Así de dolorosas me resultaban esas palabras. Si este hombre seguía hablando, no sabía cómo iba a aguantar. Cómo iba a reaccionar. No podía quedarme ahí sentada y hablar del amor de su vida mientras yo estaba mirando al mío a los ojos.

Porque él siempre había sido el amor de mi vida. Por más que intentara reprimirlo, olvidarlo, superarlo..., Turner seguía siendo mi primer amor. Mis sentimientos habían ido cambiando y evolucionando con el tiempo, pero, en esencia, siempre habían sido los mismos y jamás habían desaparecido.

Hubo momentos en los que me planteé la posibilidad de estar equivocada. Dejé que un chico del colegio me diera el primer beso y perdí la virginidad con otra persona. Había probado a salir con un par de tíos para darme a mí misma la oportunidad de buscar el amor, pero al final siempre acababa deseando que hubiera sido con Turner. Anhelaba que él un día abriera los ojos y se fijara en mí. Sin embargo, la vida se aseguraba de mantenerme humilde. No podía

permitirme ser una romántica empedernida. En todo caso, lo único que podía hacer era... perder la esperanza.

Turner no estaba enamorado de mí. Ni siquiera antes de conocer a Mia.

De lo contrario, habría podido estar conmigo.

—Lo siento —susurré—. Necesito tomar el aire. Es eso o... — Meneé la cabeza, incapaz de terminar la frase, antes de levantarme de la cama y pasar junto al hombre que me había parecido a la vez un purgatorio y un refugio, tratando de concentrarme en el sonido de mis pasos sobre la moqueta para no salir corriendo de la habitación.

—¿Es eso o qué? —preguntó Turner.

Me detuve.

—¿Es eso o qué? —repitió. Oí que se levantaba de la cama y caminaba hacia mí—. ¿Por qué necesitas tomar el aire, Frankie? ¿Qué es lo que te asusta tanto como para huir de mí otra vez?

Mis dientes empezaron a castañear. Era apenas un temblor ligero, pero marcaba el comienzo de algo. O el final. Me crucé de brazos para adoptar una postura defensiva. Me negaba a darme la vuelta.

—La razón por la que rompiste tu relación no me incumbe.

—Estoy haciendo que te incumba. Siguiente motivo.

—Esto no es ningún juego para mí, Turner.

—Mírame —dijo—. Mírame a la cara y dime si crees que estoy jugando.

Me giré hacia él. Tenía que hacerlo, sonaba tan... suplicante. Como si le fuera a romper el corazón si no lo miraba. Dio un paso decidido, acortando la distancia entre nosotros. Su cercanía era abrumadora. Como nunca antes. Cerré los párpados antes de hablar.

—Me fui para no arruinar nuestra amistad y poder al menos conservar los buenos recuerdos. Y eso es justo lo que estoy tratando de hacer ahora.

—¿Qué te hace pensar que se puede arruinar nuestra amistad? —preguntó con la voz quebrada.

Solté una risa ahogada y amarga.

—Pues que no quiero ser tu amiga. —A esas alturas ya me temblaba el cuerpo entero—. Y si no me aparto, te lo diré. ¿No lo entiendes? No quiero que seas nada mío, no...

Unas manos cálidas me agarraron las mejillas con una desesperación y una delicadeza imposibles. Como si estuviera furioso conmigo y a la vez temiera romperme en pedazos.

—Retira lo que acabas de decir.

Sentí una presión en los ojos. Las emociones me oprimían el pecho, la voz, la mente. Todo. Pero no iba a llorar. Ya había llorado suficiente.

—Es la verdad, Turner. Por eso me mudé a Boston. Para no tener que formar parte de tu vida nunca más. Para convertirme en alguien a quien conocías en el pasado y de quien guardabas buenos recuerdos.

—Pero tú formas parte de mi vida, Frankie —dijo presionando los dedos contra mi pelo e inclinándome la cabeza hacia atrás—. No me importa a qué ciudad del puto país te mudes. Siempre serás parte de mí.

—No lo entiendes —repliqué—. Y no pienso explicártelo. Deberías haberte dado cuenta, deberías haber visto...

Y en ese instante Turner me besó.

Acortó la distancia entre nuestras bocas y me besó.

El mundo se silenció cuando sus labios entraron en contacto con los míos y, durante unos segundos, todo mi ser se sumió en una pacífica calma. La mente, el corazón, las extremidades, el alma, todo se detuvo.

Turner Reece me estaba besando. Sus labios estaban sobre los míos y me besaba como si le fuera la vida ello, como si...

Un gemido resonó en mis oídos, devolviéndome a la realidad. Era mío. Cualquier ápice de sorpresa que quedara en mi sistema se evaporó. Le agarré las muñecas, incliné la cabeza hacia arriba y correspondí a ese beso con toda la felicidad que me invadía. Estaba eufórica. Me temblaban hasta las rodillas.

—Joder —soltó Turner, apartándose para respirar. Su boca volvió a descender para besarme con pasión. Con más intensidad—. Joder. Te juro que no tenía pensado hacer esto. Tenía un plan, Frankie.

Yo estaba con la espalda apoyada en la pared detrás de mí y el cuerpo de Turner aprisionándome. Me había besado. Turner Reece me había besado. Y este hombre parecía irreal con los labios húmedos después de besarme.

—¿Tenías planeado besarme? —le pregunté al fin, sin aliento, tratando de volver a la realidad.

—Me moría de ganas desde el día que te vi por primera vez.

Mi corazón pasó a latir a toda velocidad.

—¿En serio?

—Si quieres puedo demostrártelo. Puedo demostrarte lo que significas para mí.

Le apreté las muñecas con más fuerza. Yo también quería que me lo demostrara. Tenía la piel tan suave y cálida, estaba tan guapo, era

tan mío... No podía concentrarme. No podía pensar con claridad. Lo único que siempre había querido era estar con él. Y...

—Frankie, yo tampoco quiero ser tu amigo. —Frunció el ceño al oír sus propias palabras y se me encogió el pecho—. A menos que podamos ser el tipo de amigos que se besan. —Cerró los ojos y negó con la cabeza—. Espera, no, no me estoy expresando bien —murmuró—. Frankie, cuando te he visto en el vestíbulo, allí de pie..., por un segundo he pensado que eras un espejismo. Sinceramente, lo último que se me ha pasado por la cabeza ha sido la amistad. Lo único en lo que podía pensar era en esto, en acercarme a ti y comerte la boca, porque...

Me incliné hacia delante para silenciarlo con otro beso.

A la mierda.

A la mierda las palabras. A la mierda los pensamientos. A la mierda las explicaciones.

Lo único en lo que podía pensar era en esto. Turner quería besarme. Me deseaba. ¿Cómo iba a resistir las ganas de demostrarle que yo también llevaba toda la vida deseándolo?

Él soltó un gruñido y la presión de sus labios se volvió salvaje. Aleluya. Me puse de puntillas para que le fuera más fácil y él empezó a jugar con la lengua, rozando la mía con la suya. Ambos gemimos, o tal vez solo yo, pero ¿qué más daba? Turner Reece me estaba besando.

Soltó un par de improperios contra mi boca.

—Sabes a...

Lo volví a callar con otro beso. Me daba igual a qué sabía. Le solté las muñecas para agarrarlo de la nuca y me aferré a él, acercándolo

más. Quería tenerlo lo más cerca posible porque, ¿y si se me escapaba? ¿Y si esta era la única oportunidad de tenerlo así?

Sentí que debía aprovechar el momento. Hacer que valiera la pena, por si no duraba.

Turner volvió a tomar aire, tratando de decir algo más. Era evidente que se estaba conteniendo.

Hablé antes que él:

—¿Lo dices en serio? —Frunció el ceño y entreabrió los labios, que ahora estaban aún más rojos—. ¿De verdad me deseas?

El sonido que salió de su garganta fue indescriptible.

—Te deseo tanto que siento que me voy a morir si no te tengo.

—Entonces demuéstramelo —susurré—. Deja de ir con pies de plomo y demuéstramelo.

Noté un tic en su mandíbula, como un signo de vacilación, quizá, o de advertencia.

Entonces me empezó a besar con una ferocidad que no estaba presente antes. Con una desesperación que me recordó el anhelo que yo misma había sentido durante tantísimo tiempo. Volvió a rozarme la lengua con la suya y yo solté un gemido. Bastante alto.

Él me deslizó una rodilla entre las piernas y las abrió con un movimiento rápido. Contuve el aliento y aprovechó para darme un beso aún más apasionado. Posó una de sus manos en mi cintura mientras la otra se deslizaba entre mi cabello para mantenerme donde él quería. Se aferró a la camiseta que me había puesto para dormir, tirando de la tela con frustración.

Por mí, como si la partía por la mitad.

Soltó un gruñido que me hizo pensar que iba a hacerlo. Entonces empujó la cadera contra mí y toda la sangre de mi cuerpo descendió

en dirección al mismo punto.

—¿Te sigue pareciendo que voy con pies de plomo, cariño? —preguntó contra mis labios. Inspiré con fuerza en lugar de responder con un sonoro «NO». Él descendió por mi mandíbula, mordisqueándome la piel—. Puedo hacerlo mejor.

Estaba deseando ver cómo.

Me pasó un brazo por detrás de la espalda y me levantó lo suficiente como para que mi peso recayera sobre esa pierna que había metido entre mis muslos. Su boca volvió a la mía con un ritmo lento. Se me escapó otro gemido.

Turner repitió el movimiento, como para asegurarse de que lo había hecho bien la primera vez.

La sensación fue increíble. Estaba tan necesitada, tan increíblemente cachonda, que me palpitaba todo el cuerpo. Me había convertido en un cable de alta tensión.

—Más —supliqué—. Por favor.

—Más —repitió él con rudeza. Estaba sin aliento. Sus ojos me recorrían por todas partes, como si esa palabra lo hubiera confundido. Como si no supiera qué hacer al respecto—. No me pidas que te dé más cuando quiero darte todo lo que tengo.

Algo peligroso se derritió dentro de mí. Le di un besito en la barbilla. Luego en la mandíbula. Luego en el cuello. Le di tiempo para que se recuperara porque sentía que lo necesitaba. Como si él también pensara que esto era demasiado para asimilarlo. Le mordí la parte baja del cuello.

Turner exhaló con el pecho temblando.

Tener tanto poder sobre él era algo nuevo para mí, así que decidí explorar otras zonas. Deslicé las manos por su pecho, dejando que

mis uñas le arañaran la piel a través de la tela. Cuando llegué al dobladillo de la camiseta, las metí por debajo. Turner contuvo el aliento al sentir el contacto, pero no se movió. Yo seguía clavada contra la pared, atrapada por su cuerpo, y, aun así, sentía que lo tenía completamente a mi merced.

Apoyé las palmas sobre su piel. Estaba tan calentita, tan suave, tan firme... Las deslicé por los costados sin quitarle la camiseta, solo tocándolo. Sintiéndolo. Como si fuéramos dos adolescentes provocándonos mutuamente. Cuando volví a ponerlas a la altura de su estómago y las deslicé hasta la cintura de los vaqueros, Turner masculló una palabrota que me hizo sonreír.

—Eres tan bonita... —susurró.

Mi sonrisa se desvaneció. La sinceridad en su voz me hizo sentir muy vulnerable.

Volví a ponerle las manos en la nuca y lo atraje hacia mi boca. Esta vez fui yo quien le dio un morreo mientras él gruñía. Luego me devolvió el entusiasmo moviendo su cuerpo contra el mío para que mi peso descansara más sobre su muslo.

«Jo-der, qué gusto».

Arqueé la espalda y, en respuesta, él deslizó la mano por debajo de mi camiseta. El placer se disparó al sentir el contacto de sus dedos sobre mi piel mientras me subían por el costado. Se detuvieron cuando encontraron el sujetador, y en ese momento me arrepentí de habérmelo dejado puesto.

Me incliné hacia su mano, animándolo, incluso susurré un «sí». Gemí cuando subió un poco más el pulgar y tiró del fino encaje. Se me puso la piel de gallina, lo cual me hizo estar más sensible. Me

rozó un pezón con el dedo a la vez que me inclinaba la cara para besarme más apasionadamente, y yo me derretí contra él.

Mecí las caderas como respuesta.

Así que él lo volvió a hacer, pero un poco más fuerte.

Gemí contra su boca sin dejar de moverme sobre su muslo. Aquello me estaba resultando tan placentero... Necesitaba más fricción. Necesitaba que la intensidad se mantuviera. Necesitaba...

—Úsame —me dijo. Su voz sonaba ruda, como si le raspara la garganta al hablar—. Quiero ver cómo te corres.

Hubo un momento de vacilación. De nerviosismo. Había estado yendo en piloto automático y ahora estábamos cambiando la marcha.

—Quiero que te corras así —añadió acercando los labios a mi oído. Su aliento me hacía cosquillas en la piel y la sensación de tenerlo tan cerca me confundía los sentidos. Cerré los párpados. Me mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Te prometo que te devolveré el favor más tarde.

La imagen que se formó en mi cabeza me excitó aún más. Porque significaba que esto no se acababa, que tendría más Turner, más besos, más caricias, más de todo.

Empecé a mover las caderas con un claro objetivo en mente.

—Uf, joder —gemí. El pulgar de Turner reanudó las caricias bajo el sujetador mientras su boca iba recorriéndome la piel del cuello. Repetí el movimiento—. Dios, me encanta.

—Sigue —me dijo al oído, pero ese éxtasis que perseguía estaba tan a la vuelta de la esquina que me sentía torpe—. Un poco más fuerte —murmuró—. Ya casi has llegado, ¿verdad, cariño? Y ni siquiera te estoy tocando.

Tenía razón. Y si seguía llamándome así mientras le cabalgaba la pierna de esa manera, iba a acabar levitando.

Entonces me pasó un brazo por detrás de la espalda y tomó el control. Empezó a dirigir mis movimientos, exigiendo ese orgasmo.

Empecé a ver destellos con los ojos cerrados. Una ola de placer me recorrió el cuerpo, y después otra. Aquello era demasiado. Nunca había experimentado tal intensidad con nadie. Sentía que iba a implosionar y ni siquiera me estaba tocando.

—No puedo... —gemí—. Estoy cerca, pero...

—Sí que puedes —gruñó contra mis labios. Bajó la otra mano hasta mi culo y me empujó hacia delante para presionarme contra su muslo en un ángulo diferente—. No vamos a parar hasta que me empapes los pantalones. Y te vas a correr así. Porque si tengo que ayudarte yo... Si tengo que ayudarte, se acabó el juego. Si tengo que ayudarte, voy a acabar tirándote sobre esa cama y haciéndote todo lo que siempre he querido hacerte.

El placer se extendió y culminó de una forma exquisita y tortuosa. Perdí la cabeza, abandoné el mundo terrenal y, durante una dulce eternidad, quedé exhausta en los brazos de Turner. Porque me había hecho llegar al clímax. Y me había besado. Me había dicho que era bonita.

Supongo que esto era la felicidad.

Un momento de puro placer.

Esto era lo que había esperado y anhelado durante tanto tiempo.

—Estás preciosa cuando te corres, Frankie —susurró—. Justo como siempre había soñado.

«Siempre».

Era una palabra curiosa.

Yo sabía que siempre lo había deseado, pero él a mí no.
Era imposible.
¿O no?

7

TURNER

Estaba pilladísimo.

No, mejor dicho: iba a casarme con esta mujer.

Aún había que concretar los detalles, pero sí, iba a casarme con Frankie Rossi.

Quería darle mi apellido. Tomar el suyo. Me daba igual.

Era capaz de suplicarle, de pasarme toda la vida arrastrándome si hacía falta.

Lo de la noche anterior no había hecho más que reafirmar la intención con la que había venido a Vermont. Pero es que ahora que había probado su boca, ahora que me había empapado los vaqueros de aquella manera, ahora que me había pedido que fuera más duro con ella, ahora que la había visto responder a mi tacto tal y como había soñado...

No creía posible que las cosas pudieran volver a ser como antes. Desde luego, no podía volver a una realidad en la que Frankie no era mía. Después de haber estado abrazado a ella toda la noche, viéndola dormir con una leve sonrisa en el rostro y los labios hinchados, sentía una necesidad imperiosa de conquistar cada rincón de su cuerpo. Y de suplicarle que conquistara el mío.

Quizá fuera todo el tema del acosador, que alimentaba mi instinto de protegerla. Sin duda me había alterado, me había vuelto un poco imprudente, y a ella la había empujado a bajar la guardia. Pero, por Dios, me había pasado la vida autoconvenciéndome de que no podía estar con ella, de que Frankie no me quería, y mira dónde me había llevado eso.

«Si la tocas, te arranco las pelotas».

Esas fueron las palabras exactas de Ric. Me las dijo cuando no éramos más que dos críos que no sabían una mierda sobre las consecuencias que podían tener ultimátums como ese. Fue su primera y última advertencia. Teníamos veintiún años y estábamos borrachos, en una de las fiestas a las que Frankie se había apuntado porque íbamos nosotros. Ella me había prometido que no bebería para poder conducir a la vuelta, y yo había cedido. Como siempre hacía cuando se trataba de ella. Estaba guapísima esa noche. Llevaba una de esas camisetas de un grupo de música que tanto le gustaban metida por dentro de una falda tan corta que solo de verla se me aceleraba el pulso. Nunca la había visto bailar así, sonriendo, dando vueltas, con los brazos extendidos bajo una bola de discoteca hortera que uno de nuestros amigos había colgado en un sótano asqueroso. Parecía tan libre, tan sobrenatural... Era como una luz que quería alcanzar a pesar de saber que me iba a quemar.

No era la primera vez que pensaba en ella de esa manera.

Sin embargo, era la primera vez que Ric me pillaba mirándola así.

Mi mejor amigo se dio cuenta de lo que pasaba en cuanto me vio la cara.

Nunca quise culparlo. Ni siquiera ahora. Frankie Rossi estaba fuera de mi alcance, fuera de mis límites. Por eso no me había pillado

antes de aquella noche. Había sido capaz de mantener mis sentimientos a raya como si mi vida dependiera de ello. Tres años no es una gran diferencia de edad ahora, pero en la adolescencia la cosa cambiaba. Ese día acababa de graduarse del instituto. Por el amor de Dios, tenía toda la vida por delante y yo solo era un panadero de metro ochenta y pico, cargado de sueños y sin un rumbo claro. Nunca me había sentido inferior por no ir a la universidad como Ric o por tener que trabajar en turnos de noche mientras ahorraba dinero para la panadería. Siempre había estado satisfecho de ser quien era, o del hombre en el que me estaba convirtiendo, pero eso no significaba necesariamente que fuera adecuado para Frankie Rossi.

La advertencia de Ric fue el recordatorio perfecto.

Justo cuando mi corazón empezaba a retorcerse ante aquel recuerdo agridulce, Frankie se movió.

Soltó un pequeño suspiro y se dejó caer sobre mi pecho, calentando la tela de la camiseta que me había obligado a mí mismo a ponerme para dormir. Lo mismo con los vaqueros: estaban desabrochados, pero en su sitio.

Bajé la mirada y la vi mover el brazo sobre mi estómago, con los dedos agarrados al algodón que me cubría el torso mientras murmuraba algo.

Teníamos tanto de qué hablar. Había tantas cosas que deberíamos haber discutido antes de que la empotrara contra esa pared y le comiera la boca.

Y, sin embargo, me moría de ganas de volver a besarla. De cubrirle la cara, el cuello y los hombros de besos. De quitarle el pijama y seguir bajando por el resto de su cuerpo. La noche anterior

apenas había podido explorarla, contemplarla, tocarla, y mi paciencia me estaba pasando factura ahora que se había hecho de día.

Ella pasó una pierna por encima de la mía, acercándose un poco más y quejándose cuando el edredón se interpuso entre nosotros. Con una sonrisa, le rodeé la cintura con el brazo y la atraje hacia mí, ayudándola a conseguir lo que quería.

Mi nuevo sonido favorito salió de su boca. «La de locuras que haría por esos gemidos...», pensé. Locuras de verdad. Como dejar de lado el sentido común. Y, si se animaba a deslizarme por debajo de la camiseta esos peligrosos dedos que tenía ahora sobre el abdomen, estaría un paso más cerca.

Nada más pensarlo, lo hizo.

Se me escapó una exhalación temblorosa ante aquel contacto, y, para más inri, ella soltó otro de esos gemiditos.

—Frankie..., ¿qué haces, cariño?

Su única respuesta fue seguir con ese tortuoso recorrido por mi piel. Me rozó la cadera con los dedos, sin prisa. Luego se desvió hacia un lado, siguiendo la cinturilla de los pantalones. Se detuvo en el ligero rastro de vello que conducía a mi ombligo. Jugó con el botón, ya desabrochado, y luego coqueteó con la parte superior de la cremallera.

Joder.

Ya la tenía dura como una piedra.

—Deberíamos hablar —dije, más para mí mismo que para ella. Había tanto que decir, tanto que explicar. Ya consideraba que había ganado el premio gordo después de que me dejara besarla sin exigirme todas las respuestas que le debía—. Anoche no terminamos la conversación.

Ella trazó un círculo ligero como una pluma sobre mi piel, y con la palma de la mano me rozó el miembro por encima de los vaqueros. La madre que me...

—Yo creo que hablamos mucho —dijo con un tono juguetón. Inclinó la cabeza hacia atrás y luego apoyó la barbilla en mi pecho, tal y como había hecho en lo que parecía una eternidad, aunque solo había sido la noche anterior. Tenía una sonrisa pícara, de las que te dejan sin aliento.

«¿Querrá casarse conmigo? ¿Me permitirá hacerla mía?».

—¿Ves? —dijo Frankie al no recibir respuesta por mi parte—. ¿Quién necesita palabras?

Yo no. O sí. O...

Metió la mano por dentro del pantalón y me agarró la polla por encima de los calzoncillos.

No pude evitar alzar un poco la pelvis mientras soltaba una palabrota.

—¿Bien así? —me preguntó con la respiración acelerada—. Anoche no... no llegué a tocarte.

Hice presión contra su mano.

—¿Tú quieres?

Ella asintió.

—Pues soy todo tuyo.

Su agarre se volvió más firme, arrancándome un gemido por el puro placer que me recorría el cuerpo entero. Las sábanas que se habían amontonado a la altura de la cintura se deslizaron hasta los pies, y entonces empezó a mover la mano. Solo subió una única vez, con convicción, de la base a la punta, mordiéndose el labio con cara de concentración.

Joder. No iba a aguantar nada y menos si...

Ella me pasó la pierna que tenía entre mis rodillas por encima de los muslos, quedando a horcajadas sobre mí. Con esa misma concentración que me hacía sentir en la cima del mundo, me la soltó y agarró la cintura de los pantalones. Alternó la mirada entre el evidente bulto que se apreciaba bajo los vaqueros y mis ojos, y me soltó el labio inferior con un chasquido.

Apreté la mandíbula para aguantar las ganas de gritarle que me quitara la ropa y me tocara de una vez.

—Hazlo —dije entre dientes.

Ella tiró de la cremallera y bajó la áspera tela. Luego agarró el elástico de los calzoncillos y también me los quitó, devorándome con los ojos como si estuviera desenvolviendo un regalo.

Me sentí tan indigno... Al fin y al cabo, mi mayor regalo era ella.

—Dilo otra vez —me pidió tras tragar saliva—. Llámame «cariño». Dime que eres todo mío.

Inspiré y la agarré de las caderas, sujetándola para que no se alejara de mí.

—Soy todo tuyo, cariño. Si me quieres, soy tuyo.

Los ojos de Frankie se llenaron de una emoción tan poderosa como la lujuria que le calentaba la piel. Como si estuviera eufórica y aterrorizada a la vez. Como si quisiera deleitarse en ese momento y disfrutarlo antes de que se esfumara. Más palabras brotaron de mi boca con la intención de tranquilizarla, de guiarla, de exigirle que me saboreara y que me hiciese lo que quisiera. Quería eliminar ese rastro de miedo de sus ojos. Pero en ese momento me volvió a agarrar la polla y todo pensamiento racional se esfumó.

Empezó a mover la mano con entusiasmo. Iba subiendo a lo largo de mi miembro, rozando la punta con el pulgar cada pocos segundos. Se me nubló la vista y una maldición tras otra se me escapó de los labios.

—Uf, me encanta —me oí decir con voz ronca. Volvió a mordisquearse el labio como antes. Todo su cuerpo adquirió un precioso tono rosado, como si me hubiera pasado horas acariciándola con la boca. Me moría de ganas de hacerlo. Lo necesitaba—. Hazlo un poco más fuerte. No tengas miedo de ser brusca. Me gusta.

Frankie gimió, acercó la otra mano y se tomó mis palabras al pie de la letra.

Exhalé con fuerza, eché la cabeza hacia atrás y empujé las caderas contra su mano. Madre mía. Joder. Estaba más que listo para dejarme llevar, para correrme sobre su vientre mientras ella me observaba. Me incorporé, me quité la camiseta y me dejé caer sobre la cama.

Sorprendida, Frankie abrió mucho los ojos y la boca por un instante, antes de empezar a recorrerme el torso con la mirada de forma errática.

—Los tatuajes —susurró con ojos frenéticos—. Hay muchos nuevos. Son preciosos. Estás...

—A tu merced —dije agarrándole la cara con las manos y acercándola a mi boca—. Pienso repetírtelo un millón de veces —le susurré contra los labios—. ¿Te apetece ver cómo me corro?

Frankie asintió, reanudando el movimiento con las manos y moviéndose sobre mí como si también quisiera encontrar alivio a tanta presión. La ayudé a moverse con las manos aún en sus

caderas, besándola con intensidad, respondiendo a sus caricias con embestidas más fuertes, permitiendo que me empujara por el precipicio al que ya no podía aferrarme más.

—Joder —maldije contra su boca, cada vez más y más y más cerca, hasta que me rompí en mil pedazos—. Dios... Frankie, eres perfecta.

Su cuerpo se relajó sobre el mío, montándome con suaves gemidos mientras ella también tenía un orgasmo y yo me limitaba a abrazarla. La mantuve allí, sobre mi pecho, sintiendo su peso sobre mí como si estuviese en el cielo.

—Creo que no soy el único que está a merced del otro —murmuré al cabo de un momento, con aires de suficiencia.

—No me quejo —respondió ella con una risita.

Echaba de menos ese sonido. Más que a nada en el mundo. Quería volver a escucharlo. Incliné la cabeza y le di un beso entre el cuello y el hombro. Ella ahogó un grito y, cuando volví a hacerlo, se rio. Eso me animó a llenarla de besos por todas partes. Cuello, hombros, cabeza, cara. Y cuando vi que por la posición en la que estábamos no podía llegar más lejos, le di la vuelta, invirtiendo la posición para tener más acceso.

La risa de Frankie se desvaneció, y la mía también.

Ese fuego al que estaba empezando a volverme adicto se reavivó en sus ojos, que iban de los míos a mi boca.

Le di un beso suave y me regocijé cuando noté que se derretía contra mí. Le acaricié la mandíbula con la palma de la mano y luego bajé por el cuello, el pecho y el vientre. Con un movimiento, tiré del borde de su camiseta y ella asintió. La ayudé a quitársela.

Verla allí, en sujetador, con el pelo esparcido sobre la almohada en la que había dormido, era el tipo de imagen por la que uno lucha toda la vida. El tipo de imagen que se guarda para siempre.

—Eres preciosa —le dije—. ¿Te lo he dicho alguna vez?

Ella negó con la cabeza.

—Anoche fue la primera. Antes de que me besaras.

—Lo he pensado en tantas ocasiones que tengo la sensación de habértelo gritado una infinidad de veces.

Noté que le empezaba a temblar el labio inferior, pero sabía que no era por miedo o tristeza. Era por la emoción del momento. Y sospechaba que también por algo que aún no se había decidido a contarme.

Le di un apretón en la cadera antes de soltarla. «Quiero tocarte a todas horas», parecía decir. Ella asintió de nuevo, como si entendiera que ese gesto significaba algo más que las ganas del momento.

Mi corazón se aceleró ante aquella posibilidad, mis dedos se impacientaron. Fui minucioso mientras le cubría la barriga, la cintura, los costados y el contorno de los pechos con caricias ligeras. A pesar de las ganas, me tomé mi tiempo, viendo cómo ella se impacientaba cada vez más. Y solo cuando soltó un gemido en señal de queja, me permití descender la mano por su vientre.

—Abre las piernas —le dije. Frankie levantó las rodillas y las separó—. Buena chica.

Metí la mano por debajo de sus pantalones cortos y me encontré con la ropa interior empapada. Soltó otro increíble gemido.

La posesividad se apoderó de mí.

—Todo esto es mío. Solo mío. Quiero oírte decirlo.

—Todo esto es tuyo —susurró.

La respiración de Frankie era superficial, su pecho subía y bajaba a gran velocidad. Iba a correrse tan rápido... Me resultaba difícil tener paciencia y provocarla como quería.

Le aparté la tela de las bragas con cuidado y su cuerpo se curvó inmediatamente hacia mí.

—¿Vas a dejar que te pruebe? —le pregunté, observando su rostro de cerca.

—Por favor —susurró—. Si no lo haces...

—Con mucho gusto.

Metí dos dedos dentro de ella sin ningún esfuerzo. Estaba muy mojada, y la forma en que se le contorsionó el rostro de placer me despertó un instinto animal.

—Di mi nombre —le exigí mientras colocaba el pulgar sobre su clítoris. El gemido que soltó fue tan intenso, tan exquisito... Pero no era mi nombre—. Vamos, cariño. —Sentía que estaba tan apretadita, tan cerca, mientras movía la cadera al ritmo de mi mano—. Di mi puto nombre mientras notas cómo muevo los dedos dentro de ti, Frankie. Quiero oírlo alto y claro.

Los espasmos se apoderaron de su cuerpo mientras se corría gritando mi nombre.

«Qué maravilla», pensé.

Haría cualquier cosa por volver a escuchar ese sonido. Todos los días. Estaba dispuesto a lo que fuera para mantenerlo a salvo en algún lugar de mi interior. Y para mantenerla a salvo a ella. A mi lado. Para siempre.

No había nada que no estuviese dispuesto a hacer por Frankie Rossi.

8

FRANKIE

Madre del amor hermoso.

El hombre del que llevaba enamorada toda la vida acababa de darme un orgasmo increíble. Dos, de hecho.

¿Era preocupante que quisiera alzar los brazos y dar una vuelta triunfante por la habitación?

Probablemente sí. Me sentía como si me hubieran devuelto al pasado, a aquella versión más joven de mí misma que se habría puesto a dar volteretas ante la perspectiva de que Turner Reece la besara.

Porque Turner Reece me había besado. Además de haberme dado dos orgasmos. También me había empotrado contra la pared. Me había metido mano en la cama. Me había dejado meterle mano a él. Me había dicho que era preciosa.

«Preciosa».

Tenía un espejo y dos ojos con los que verme reflejada, así que sabía que fea no era. Tenía mis defectos, como todo el mundo, pero era consciente de que se me podía considerar objetivamente guapa. Sin embargo, Turner nunca lo había reconocido en voz alta. De haber sido así, lo recordaría.

«Yo tampoco quiero ser tu amigo. A menos que podamos ser el tipo de amigos que se besan».

¿Cómo habíamos llegado a esto? Al ver a Turner en el vestíbulo no me imaginaba que íbamos a acabar en la cama juntos. Jamás hubiese dicho que iba a acabar besándolo, ya fuera para callarlo o por cualquier otra razón.

Mi cuerpo estaba relajado, aunque también agotado tras los orgasmos. Mi corazón en cambio latía con fuerza. Se me acumulaban las preguntas en la cabeza. Había conseguido distraer a Turner dos veces para posponer la conversación que sin duda debíamos tener. No obstante, ahora me parecía vital tenerla.

También me parecía vital reconocer la realidad. No solo la de dentro de esta habitación, sino también la de afuera. Los orgasmos eran un buen remedio para olvidar el tema del acosador o el hecho de que la tormenta de nieve quizá había impedido que la gente llegara a la convención. Y creo... Creo que una parte de mí era muy consciente de ello. Tan consciente que había sabido dejar atrás todas esas cosas durante la noche anterior y aquella mañana para vivir el presente. Para poder sentirme feliz, querida y deseada como no lo había sentido en mucho tiempo.

Estaba bastante segura de que Turner se había dado cuenta. Lo más probable era que hubiese optado por no decir nada precisamente por eso.

Se me encogió el corazón al recordar la pregunta que me atormentaba: ¿qué significa esto?

Turner, siempre tan perspicaz, me rozó la mejilla con la nariz para reclamar atención.

—¿Mhm? —murmuré con una sonrisa, recostándome sobre su pecho, sin importarme la confusión que reinaba en mi cabeza.

No habíamos salido de la cama. No nos habíamos duchado, ni cepillado los dientes, ni movido lo más mínimo, excepto cuando él se había levantado a coger su camiseta para limpiarme primero a mí y luego a sí mismo.

—¿Te apetece que hablemos? —me preguntó en voz baja.

Abrí la boca, pero luego me lo pensé mejor. Era una cobarde, no había otra explicación.

—La verdad es que no.

—No hace falta que hablemos de nosotros, aunque me gustaría —propuso—. Pero me prometiste que volveríamos a evaluar la situación por la mañana.

—No recuerdo haber dicho tal cosa. De hecho, lo que sí recuerdo es que me dijiste que era decisión mía.

—He cambiado de opinión.

Me aparté de él y me apoyé en un codo. Por la cara que había puesto, casi parecía que estuviese haciendo pucheros. Era tan gracioso ver a un hombre adulto con *mullet* y bigote haciendo pucheros... Y era tan bonito que dicho hombre fuese Turner.

—¿Sobre qué, para ser exactos? —le pregunté, haciéndome la tonta.

—Sobre la posibilidad de quedarnos —dijo con total seriedad—. No quiero quedarme. Y además creo que deberíamos irnos antes de que el tiempo empeore y nos quedemos atrapados aquí. No puedo... —Dejó la frase a medias con un bufido.

—¿No puedes...? —insistí con una sonrisa burlesca.

Turner frunció el ceño.

—No puedo permitir que te hagan daño, Frankie. Nunca, pero menos aún ahora que he sentido lo que es tenerte en mis brazos.

Mierda.

Uf.

Por si no era obvio, ahora quedaba clarísimo que todavía estaba enamorada de Turner Reece.

Nunca había dejado de estarlo.

Ojalá hubiera sido una revelación, pero no. Era como si una carga del pasado se hubiera vuelto el doble de pesada.

«¿Por qué ahora, Turner? ¿Cómo es posible que no me vieras en ningún momento antes de este fin de semana?». No entendía por qué no podía permitirme dejarme llevar ahora que estaba empezando a comprender que él me veía de otra manera. ¿Acaso era porque había sufrido durante tanto tiempo que no sabía hacer otra cosa? ¿Estaba tan amargada por el rumbo de mi carrera laboral que me sentía incapaz de aceptar algo tan maravilloso? ¿Estaba tan avergonzada por el asunto del acosador que ni siquiera sabía expresar en voz alta cómo me hacía sentir?

¿Me podía permitir ser el segundo plato del hombre al que yo siempre había amado?

Con un suspiro, me dejé caer de espaldas. Las lágrimas se me acumularon en los ojos. Otra vez. Madre mía, no me podía creer que fuera a llorar delante de Turner por segunda vez en cuestión de horas. Normalmente no era tan llorona.

—Frankie, cariño —dijo al darse cuenta. Era tan extraño oírle llamarme así y al mismo tiempo era tan... natural. Como si fuera lo correcto. Como si fuera algo que debería haber empezado hace mucho—. ¿Qué te pasa? Cuéntame.

—Todo —respondí reprimiendo la abrumadora emoción. Parpadeé mirando al techo para darme un momento y luego giré la cabeza para mirarlo. Parecía devastado. Detestaba verlo así—. Estoy aterrorizada, Turner.

Él asintió, con esos ojos color chocolate fijos en mí. Me estaba dando espacio para hablar.

—Hay algo en mí que está mal —solté de un suspiro—. Porque debería haber permitido que me sacaras de aquí anoche. Debería habértelo pedido yo misma, de hecho. O haberme quedado en Boston. Pero no lo hice. Igual que no quiero abrir las cortinas y ver qué tiempo hace hoy. Igual que no quiero hablar de ese hombre que me persigue, porque estoy tan... perdida.

Él reflexionó sobre mis palabras antes de hablar.

—¿Cuáles son esos motivos? —preguntó al fin—. Los que son tan importantes como para que tuvieses que acudir sí o sí a la convención y por los cuales no puedes irte.

Eso era lo que yo le había dicho la noche anterior. Se acordaba. Porque me había escuchado. Porque le importaba. Puede que no siempre hubiese estado enamorado de mí, pero siempre se había preocupado por mi bienestar. Y yo echaba muchísimo de menos esa parte de nuestra amistad. Echaba de menos tener a alguien con quien hablar, con quien desahogarme.

—Las cosas no me van bien —le dije con un hilo de voz. Me moría de vergüenza. Una parte de mí aún sentía que debía impresionar a este hombre—. De hecho, van fatal en cuanto a ventas se refiere. Básicamente, llevo un tiempo luchando para salvar el pellejo. Y necesitaba esta convención para demostrar algo.

La expresión de Turner pasó de la sorpresa a la preocupación.

—¿*Miel oscura*?

Era mi último libro. La última entrega de la saga *Lobos de noche*, que ya no era un éxito de ventas.

—Fue un fracaso total. Un desastre.

—Frankie —comenzó a decir mientras se acercaba a mí. Esa polilla que tanto me gustaba se posó sobre mi abdomen—, eso...

—Deberías haberlo visto, Turner —le interrumpí agarrándole la muñeca. Aferrándome a ella como si fuera el salvavidas que tanto había anhelado esos últimos meses—. Había un montón de sillas vacías en la presentación del libro. Ni siquiera sé cómo lo hice, no recuerdo nada de lo que dije ese día. Lo único que recuerdo es que me costó mantener la compostura ante las pocas personas que habían acudido. Solo pensaba en que no me podía permitir ser una llorica y hacer el ridículo delante de mi publicista, mi editora y mi agente. Ni tampoco delante del público, por reducido que fuera. ¿Quién coño se pone a llorar por unas sillas vacías?

Entonces me puso la mano en la mejilla, me echó la cabeza hacia atrás, me miró a los ojos y me besó. Fue el beso más apasionado que me habían dado nunca.

—No eres una llorica. Por mucho que algún día llores porque algo te molesta, no lo eres.

Se me escapó una risa extraña.

—Puede que tengas razón. O puede que no y que yo sea más sensible de lo que crees.

—¿Y qué si eres sensible? —dijo rozándome el labio inferior con el pulgar antes de bajar el brazo—. No lo digas como si fuera algo malo.

—Pero es que lo es. Significa que dejo que las cosas me afecten, que me hagan daño. Significa que me avergüenzo de haber publicado un libro malo a pesar de haberle dedicado tanto esfuerzo. Significa que me duele decepcionar a la gente que antes me adoraba.

Él negó con la cabeza.

—No. Significa que eres valiente, Frankie. Significa que eres la persona más valiente que conozco por hacer lo que haces a pesar de saber que puedes salir lastimada.

—Eso... —Era una forma preciosa de expresarlo—. Eso es una visión idealizada de mí. De lo que escribo. No soy valiente. Solo son libros. No debería desesperarme porque alguien diga que no he aportado nada al género o que con el primer libro tuve un golpe de suerte que no se va a repetir o que nunca habían tenido tantas ganas de que se acabara un libro como cuando leyeron *Miel oscura*. Debería ser lo bastante fuerte como para no dejar que me afecte.

—No te das cuenta, ¿verdad? —preguntó negando con la cabeza —. ¿Recuerdas cuando decidiste dedicarte a escribir? Ese día ya sabías que ibas a conseguir tu propósito. Irrumpiste en casa después del instituto y conseguiste que todo el mundo dejara lo que estaba haciendo para escuchar cómo proclamabas que ibas a escribir el mejor libro de la historia.

—Tenía quince años —murmuré con un suspiro—. Y Ric me soltó que para conseguir eso primero tenía que aprender a escribir mi nombre. Me enfadé tanto que subí a mi habitación y empecé una novela en la que el villano se llamaba Alaric. Tenía una personalidad repulsiva y una verruga en la nariz. —Resoplé—. Solo era una niña.

Turner esbozó una sonrisa, como si le gustara escuchar la parte que no había podido ver por haberse quedado abajo con mis hermanos.

—¿Quieres oír lo que pensé ese día y que debería haber dicho antes de que Ric metiera la pata? —No esperó a que respondiera—. Pensé: «Joder, todo lo que tiene de guapa lo tiene también de valiente».

Noté que se me había secado la boca y cualquier atisbo de nostalgia se desvaneció. Si aquel día me hubiera dicho esas palabras, me habría desmayado ahí mismo. Le habría confesado que estaba enamorada de él. Le habría pedido que se casara conmigo.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque, a diferencia de ti, soy un cobarde.

Tragué saliva.

—No lo eres. Tú también perseguiste tu sueño, igual que yo.

—Llevar El Panadero Nocturno no es mi sueño, solo algo que me gusta hacer. Acabo de empezar hace poco a perseguir sueños y no creo que se me dé muy bien. Tú eres la valiente aquí. Mira lo que has conseguido.

«¿Por qué?», quería preguntarle. «¿Cuáles son los sueños que persigue Turner Reece?».

Pero la pregunta me parecía... tan delicada. Tan vulnerable. Como si preguntarlo me fuera a poner en un aprieto a mí y no a él. ¿Y si Turner le daba la vuelta a la tortilla y me obligaba a confesar que yo seguía dejando escapar mis sueños, ya fuera por no estar a la altura o por renunciar a ellos?

—Si fuera tan valiente —dije negando con la cabeza— no estaría postergando levantarme de la cama, abrir las cortinas y descubrir si

todo está cubierto de nieve. Si fuera tan valiente como tú dices, no estaría deseando que así fuera, que la convención se cancelara y que no pudiera descubrir que, efectivamente, ni yo ni mis libros le importamos ya a nadie.

—Claro que importas.

Suspiré.

—Gracias por intentar animarme.

—No estoy intentando nada —replicó. Me agarró la mandíbula con suavidad pero con firmeza, aguantándome la mirada—. Te digo que importas porque es la verdad y punto, Frankie Rossi.

Las emociones resurgieron, pero con ellas también la necesidad de esconderlas.

—Turner...

—No. No me digas que no importas, porque desde el día que decidiste cuál era tu sueño has sido mi ejemplo a seguir, ¿vale?

Algo se agitó en mi pecho, provocándome un cosquilleo en el estómago.

Las lágrimas volvieron a brotar y sentía que me iba a explotar el corazón.

—Lo tuyo no es solo escribir libros —continuó—. Incluye muchas otras cosas. Incluye exponerte a la opinión pública, no solo tus palabras, sino toda tú. Adoptas una posición vulnerable en todos los sentidos. —Apretó la mandíbula un instante—. Cuando firmaste el contrato del primer libro y todos volamos a Nueva York para asistir al evento, estaba aterrado, Frankie. Petrificado. Creo que estuve horas callado, sin decir nada. ¿Qué era eso de tener que ir a ver cómo te exponías ante docenas de personas? ¿Y si te hacían daño? ¿Y si algún idiota soltaba un comentario o hacía algo hiriente? ¿Y si la

ocasión no estaba a la altura de tus expectativas y te decepcionabas? ¿Y si te lo tomabas como algo personal o te responsabilizabas de lo sucedido? No podía hacer nada para protegerte. Y eso me mataba.

—No tenía ni idea de que te sentías así. De haberlo sabido no te habría soltado aquello de que dejaras de actuar como si me estuvieran enviando a una misión espacial en lugar de a un evento literario —respondí con la voz temblorosa por la emoción.

—Dijiste lo que tenías que decir. Y esos miedos de los que me hablas los llevo conmigo desde entonces. Es humano tener miedo, Frankie. Lo importante es que encontraste el valor para hacerlo. Con ese libro y con todos los que vinieron después. Y sigues haciéndolo al venir hasta aquí para demostrar lo que crees que necesitas demostrar. Así que sí, eres valiente. Siempre lo has sido. Y para mí siempre serás importante.

Este hombre... Era imposible no quererlo. Hacía que fuera imposible.

«Quiero quedarme contigo para siempre», pensé. «No quiero estropear lo nuestro por culpa de mis traumas», y lo pensé tan alto que me dio miedo que él lo oyera.

—Te he echado de menos, Turner. Un montón.

Me atrajo hacia su pecho, rodeándome con los brazos.

—Me alegro de que me hayas echado de menos, cariño. Me alegro mucho.

¿Podía intentar ser valiente? ¿Podía intentar ser un poco como esa chica llena de esperanza y sin un ápice de miedo? ¿El ejemplo a seguir de Turner?

—Abramos esas cortinas —le dije al oído—. Luego reevaluaremos la situación. Juntos.

En un torbellino de manos y sábanas, Turner se puso de pie conmigo en brazos. No sé ni cómo lo hizo. Me llevó hasta la ventana y me dejó sobre la moqueta.

—Estamos bien —dijo antes de darme un beso en la nariz—. No importa lo que haya ahí fuera. Vamos a poder con todo.

Me encantó que usara el plural de esa manera. Me hacía sentir que todo iba a salir bien si estaba con él.

—De acuerdo —respondí con un gesto de asentimiento. Entonces agarré una de las gruesas cortinas y la aparté hacia un lado.

Había nieve.

Mucha nieve. Por todas partes. Cubría los árboles, las laderas y los puntos de referencia que rodeaban la propiedad.

—Hora de darte un baño —se apresuró a decir Turner antes de que yo pudiera procesar que esto lo cambiaba todo—. Vamos a meterte en la bañera mientras yo hablo con recepción. Te encanta esa bañera, ¿recuerdas?

No esperó a que respondiera, me cogió de la mano y me llevó al cuarto de baño. Abrió el grifo y puso el agua lo más caliente posible. El vapor comenzó a llenar el espacio, adhiriéndose a mi piel y haciendo que la suya brillara. Su camiseta estaba en algún lugar del suelo de la habitación, por lo que me fijé en que también llevaba muchos tatuajes nuevos en la espalda. Era arte. Como lo que yo hacía en mis libros, con mi escritura. Dejaba pequeños pedazos de mí en cada página.

¿Iba a ser capaz de volver a hacerlo? ¿Se había cancelado la convención? ¿Estábamos atrapados aquí con...?

—Estamos bien —repitió Turner—. Me tienes aquí y vamos a lidiar con esto juntos.

Sentí que me había quedado sin aliento. Asentí con la cabeza.

—Si puedes llamar a recepción para preguntar, te lo agradeceré.

—Por supuesto —respondió antes de darme un beso y salir del baño.

Me pareció una acción de lo más natural. Ese beso lo mejoró todo por unos instantes.

Solté aire por la boca y, cuando me di la vuelta, me encontré con mi reflejo en el espejo.

Tenía los labios un poco hinchados y el pelo revuelto, lo cual debía remediar antes de meterme bajo el chorro de agua. Eché un vistazo a mi alrededor para buscar el cepillo que había sacado de la maleta el día anterior. Una vez localizado, volví a ponerme frente al espejo, con la mano en alto y lista para desenredar los nudos.

Pero entonces el cepillo cayó al suelo.

Cualquier sensación de calma que Turner me había infundido se desvaneció.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron, se congelaron, y la forma en que grité el nombre de Turner eclipsó cualquier grito de los que se pueden escuchar durante una película de terror.

De repente aparecieron sus brazos, me agarró de los hombros y un segundo después estaba detrás de él.

No me preguntó qué pasaba.

Porque lo veía.

Estaba ahí mismo, en el espejo.

ME HAS TRAICIONADO, MI DULCE EDEN. No sabía si él, igual que yo, reconocía esas palabras.

Aunque, en el fondo, eso no importaba.

Alguien había entrado mientras dormíamos.

Y había dejado un mensaje en el espejo.

Un mensaje que solo podía ser para mí.

Ya que yo era la persona que había escrito esas seis palabras en uno de mis libros.

9

FRANKIE

Turner no me soltaba la mano.

Desde que habíamos salido corriendo de aquella habitación, yo detrás de él, no me había soltado en ningún momento. Si no era cogiéndome de la mano, era apoyando la palma en mi espalda. O rodeándome la cintura con el brazo. O rozándome la mejilla con los nudillos. O apoyando su rodilla contra la mía, como hacía ahora que estábamos sentados.

Era abrumador. En el mejor sentido de la palabra.

Sharon, la recepcionista, reapareció ante nosotros y se sentó en el escritorio de la salita a la que nos habían llevado para discutir aquel asunto tan delicado. Llevábamos allí una hora, y Sharon se había pasado la primera mitad disculpándose profusamente.

—Siento mucho haberles hecho esperar —dijo—, es que hoy es todo un poco caótico. La buena noticia es que por fin nos hemos puesto en contacto con la policía de Manchester. La mala es que la única carretera que nos conecta con la ciudad aún sigue cortada por la nieve. Igual que todos los demás accesos a Manchester, así que... —Se aclaró la garganta antes de esbozar una sonrisa forzada—. Nos aconsejan que actuemos con extrema precaución hasta que puedan,

eh..., investigar el allanamiento y determinar si supone una amenaza real.

—¿Una amenaza real? —repitió Turner con la misma voz calmada con la que había hablado en todo momento. Algo me decía que le estaba costando mucho mantener esa serenidad—. ¿En qué situación podría no considerarse una amenaza real?

Sharon se puso pálida.

—Solo les estoy transmitiendo lo que ha dicho la policía, señor Rossi.

Sentí la necesidad de corregirla, pero me contuve. Que creyera que estábamos casados era el menor de mis problemas.

—Gracias —dije al ver que Turner se había quedado petrificado a mi lado. Sabía que esa quietud significaba que su cabeza estaba en otra parte, cavilando—. Se lo agradecemos. Entiendo que unas palabras escritas en un espejo quizá no justifiquen una expedición de emergencia después de una tormenta de nieve, pero le prometo, Sharon, que ese mensaje no estaba ahí anoche. Me di un baño. Lo habría visto.

El rostro de Sharon se puso aún más pálido. Parecía desbordada, y me sentí fatal por ella. El hotel estaba cubierto de blanco, al igual que toda la zona. Ninguno de los empleados podía entrar ni salir, lo que debía de ser horrible para los que se habían quedado atrapados sin poder ir a casa. A la pobre le tocaba lidiar también con el tema de la convención, ya que ninguno de los asistentes iba a poder llegar. Y de repente aparecíamos nosotros con una nueva complicación, quizá la peor de todas: había un acosador entre los huéspedes.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Turner posó los labios en mi sien sin previo aviso.

Era increíble lo mucho que eso me tranquilizaba. Lo mucho que *él* me tranquilizaba. Saber que estaba conmigo me impedía sucumbir ante el pánico.

—Alguien ha entrado en la habitación —dijo Turner en voz baja, serio. Después inhaló lentamente—. Es una amenaza real. Nadie debería ponerlo en duda.

—El hotel tampoco duda de ninguno de ustedes, señor Rossi —intervino Sharon—. En todo caso, estamos consternados por el hecho de que esto haya ocurrido en nuestro establecimiento, pero lo único que podemos hacer por ahora es disculparnos, como ya hemos hecho, e intentar que su estancia sea lo más cómoda y segura posible. —Alzó las manos hacia el teclado a su derecha—. Lo primero que vamos a hacer es asignarles una nueva habitación, así que si pueden...

—No será necesario —interrumpió Turner—. Nos trasladaremos a la mía. Reservé otra habitación para darle una sorpresa a Frankie este fin de semana.

Sharon levantó las manos del teclado y las juntó delante de ella.

—De acuerdo. En cualquier caso, no duden en cargar a su habitación cualquier comida o bebida que pidan durante su estancia. Correrá a nuestro cargo.

«Su estancia» era una forma curiosa de referirse a esta experiencia. Más bien parecía una cárcel en la que me había metido yo solita. Bueno, en la que nos habíamos metido los dos, Turner y yo. Junto con todos los demás huéspedes, claro. Por Dios, cómo se podía ser tan tonta. No podía controlar el clima, pero ¿cómo pude

pasar por alto la posibilidad de que arrastraría a un psicópata conmigo?

A mi lado, Turner emitió un sonido. Lo miré y vi que ya me estaba observando. Tenía el entrecejo tan arrugado por la preocupación que se me revolvió el estómago. Le sonreí y él lo frunció aún más. No se había tragado esa sonrisa. Más bien al contrario, apuesto a que me podía leer la mente y sabía lo cagada que estaba.

Se volvió hacia Sharon.

—¿Tienen raquetas de nieve? —le preguntó.

—Señor, se lo ruego... —empezó a advertirle Sharon con ojos alarmados.

—Podría ir a pie —insistió él girándose hacia mí—. Contigo a cuestas.

—Señor Rossi —exclamó la recepcionista con voz aguda. Los ojos de Turner permanecieron fijos en mí, al igual que los míos en él, mientras ella continuaba—: La nieve tiene varios metros de profundidad. Nos han aconsejado que permanezcamos a cubierto. Le ruego que se quite de la cabeza hacer lo contrario. Las ventiscas como esta son poco frecuentes, pero no sería la primera vez que se cobran una vida. Soy de esta zona, sé de lo que hablo. Las autoridades pertinentes están trabajando para restablecer...

Sharon siguió hablando, pero yo dejé de escucharla. Lo único que podía hacer era mirar a Turner, que me observaba como si realmente estuviera considerando emprender esa travesía. De hecho, sabía que hablaba en serio. Conocía esa expresión. Si Sharon ya estaba entrando en pánico, solo le faltaba tener que lidiar con un huésped abriéndose camino hacia Manchester conmigo a cuestas.

—No —susurré. Y entonces, sin pensarlo, acorté la pequeña distancia que nos separaba y le di un beso.

El contacto de nuestros labios fue breve y totalmente inapropiado, pero surtió efecto. Turner se derritió en mis brazos.

—No —repetí ahora que tenía su atención—. Nos quedaremos aquí, como acaba de decir Sharon. Esperaremos a que despejen las carreteras y llegue la policía. Y entonces podrás sacarme de aquí.

Turner cerró los párpados brevemente, como si todavía estuviera un poco desconcertado. Asintió.

—A casa —murmuró—. Te sacaré de aquí y te llevaré a casa.

—Sí —respondí. Aunque no estaba segura de adónde se refería con «a casa».

—De acuerdo. Está bien, puedo esperar.

Me invadió una sensación de alivio, pero enseguida fue sustituida por la culpa. Y el miedo. Si Turner, o cualquier otra persona, acababa herido por mi culpa, no creo que pudiera vivir con ello.

—Menos mal —dijo Sharon desde el otro lado del escritorio. Y antes de que pudiera añadir nada, alguien entró corriendo a la sala.

La mujer nos saludó con un breve movimiento de cabeza, se disculpó y luego puso una mano sobre el hombro de Sharon.

Intercambiaron unas palabras en voz baja y luego las dos parecieron llegar a una conclusión.

—Lo lamento de nuevo, pero tengo que ocuparme de algunos asuntos —dijo Sharon, levantándose—. Como se pueden imaginar, el personal del turno de mañana no ha conseguido llegar, pero voy a pedirle a alguien que localice la lista que les mencioné anoche por teléfono. Normalmente recibimos muchas solicitudes para eventos como este, sobre todo si son convenciones de libros. La información

sobre el regalo de la señora Rossi tiene que estar apuntada en algún lado. No sé si les va a servir de ayuda, dado que solo podré darles un nombre y un número de teléfono, pero es lo único que puedo ofrecerles por ahora.

—Gracias —dijo Turner al ver que yo no decía nada. Para ser sincera, me sentía incapaz. ¿Un nombre y un número de teléfono? Era una buena noticia, pero me daba la sensación de que iba a vomitar de la ansiedad.

Sharon hizo un gesto con la mano, invitándonos a irnos con ella.

—Es lo menos que puedo hacer, además... —Negó con la cabeza y empezó a caminar a nuestro lado—. Les agradecería que mantuvieran este tema entre nosotros para no asustar innecesariamente al resto de los huéspedes, teniendo en cuenta las circunstancias. —Empujó una puerta que separaba las oficinas traseras del vestíbulo principal. La expresión de Sharon se transformó y una brillante sonrisa le iluminó el rostro—. Estoy trabajando con los organizadores de la convención para difundir la noticia de los eventos cancelados de hoy, pero les informaremos sobre el programa del domingo a medida que avance el día. Y, señor Rossi —añadió entre dientes—, por favor, permanezca dentro del recinto. Hay una zona del patio que no está cubierta de nieve gracias a un porche, por si necesita salir a tomar el aire, pero le ruego que no salga del hotel. Gracias.

Y con eso se dio la vuelta y desapareció en el caótico vestíbulo.

—¿Quieres comentar la jugada? —preguntó Turner a mi lado mientras me ayudaba a esquivar a una pareja de ancianos y a un hombre que parecía equipado y listo para aventurarse hacia la nieve.

—La verdad es que no.

—Vamos a ver el patio —propuso agarrándome la mano. Se la llevó a los labios y el beso me calentó la piel—. Estoy un poco agobiado aquí dentro. Después iré a recoger tus cosas y te trasladaremos a mi habitación.

—Puedo recogerlas yo —me quejé, un poco como acto reflejo.

Él me apretó los dedos.

—También puedes sentarte y observarme mientras lo hago yo. Incluso te permitiré darme instrucciones.

Intenté que se me ocurriera algo ingenioso o divertido como respuesta, pero no hubo suerte. Si él quería recoger mis cosas, no se lo iba a impedir. Sin instrucciones. Algo raro en mí. La idea de que Turner fuera a ver mi ropa interior debería haberme hecho entrar en pánico. Supongo que, teniendo en cuenta que había metido la mano por debajo de mis bragas aquella misma mañana, tampoco era para tanto. Además, estábamos ocupados lidiando con una crisis.

Una crisis del tipo «hay un acosador en este hotel».

Potencialmente.

O casi seguro.

Santo cielo, mi vida se había convertido en una trama de libro. Tenía la cabeza hecha un lío. Probablemente más que mi corazón. La convención se había cancelado, mi carrera estaba en las últimas, alguien me dejaba mensajes escritos en el espejo y Turner, el hombre del que estaba enamorada desde que tenía memoria, también estaba presente. Iba besándome la mano y los labios, haciéndome tener orgasmos y diciéndome cosas como «eres mi ejemplo a seguir», «eres preciosa» o «vamos a poder con todo», y yo... yo estaba a punto de hiperventilar.

Se me había acelerado la respiración, mi cerebro iba a cien por hora y...

—Oye —dijo Turner, deteniéndonos mientras el caos del vestíbulo continuaba a nuestro alrededor. Me puso las manos en las mejillas—. No voy a dejar que te pase nada. ¿Me oyes? Dime que confías en mí.

—Confío en ti.

Eso se quedaba corto. Lo amaba.

Se quedó mirándome como si pudiera verlo, como si hubiese oído esas dos palabras que tenía en la punta de la lengua.

Una parte de mí me impulsaba a decirlas, a soltarlas ahora que podía. Las había estado guardando durante tanto tiempo que estaba agotada. Pero no lo hice. A pesar de todo, mi corazón magullado y maltrecho no podía evitarlo. No sabía si amarlo era suficiente. No sabía si iba a ser capaz de pasar por alto todo lo que había precedido a ese fin de semana.

Me sentía egoísta por pensar en mi corazón en lugar de en todo lo demás. Rozaba lo ridículo.

No obstante, la alternativa me parecía tan peligrosa como el giro que había tomado la situación después de aquel mensaje en el espejo.

Estaba más que claro que a día de hoy Turner me deseaba. Y yo lo deseaba también, pero desde siempre. Sin embargo, una vez que saliéramos de esta burbuja alpina con un toque siniestro, iba a tener que hacerle una pregunta, y no estaba segura de si soportaría saber la respuesta.

«¿Por qué ahora, Turner?».

Me había tenido ahí siempre y no se había fijado. Debería haber sentido alegría por el hecho de que al fin lo hubiese hecho, igual que cuando me besó.

Pero no podía.

Porque no podía dejar de pensar que no había sido su primera opción.

Y no sabía si eso tenía arreglo.

—¿Quieres que nos sentemos con ellos?

Volví a centrar mi atención en Turner, cuya pregunta me había pillado desprevenida.

—¿Con quiénes?

—Con ese grupo de autores —dijo señalándolos con un movimiento de cabeza—. Los que has saludado antes. No has parado de echar miraditas a su mesa desde que se han sentado.

No era consciente de que me había pasado un rato escaneando el patio donde habíamos salido a que nos diera el aire. Bueno, al menos el trozo que se había salvado gracias a un porche de metal.

Me costaba quitarme de la cabeza la sensación de que había alguien observando. Observándome a mí. A los dos. A todo el mundo, de hecho, aunque ahí fuera solo estuviésemos unas pocas personas repartidas en grupitos dispersos. Había una pareja acurrucada en una tumbona, tapados con una manta, bebiendo cócteles. Dos de los organizadores de la convención que habían llegado el día anterior se habían acomodado junto a una de las estufas exteriores que el personal nos había encendido. También

había un hombre con un forro polar naranja sentado solo, leyendo un ensayo. Y luego estaba la mesa de detrás de Turner.

—Hemos coincidido en un par de convenciones —dije en voz baja —. Nos seguimos en redes sociales y hemos intercambiado comentarios, me gustas y algún mensaje de vez en cuando, pero no somos amigos como tal.

Los miró con el ceño fruncido.

—¿O sea que no te caen bien?

—Ah, no, no es eso. Me caen genial —aclaré—, lo que pasa es que ellos son amigos en la vida real. En plan amigos de verdad. Quedan y tienen relación más allá de las redes sociales y los eventos literarios. Yo no tengo ese tipo de vínculo con ellos. Intenté formar parte de su grupo una vez, pero... —Dejé la frase en el aire con una punzada de vergüenza a la que estaba empezando a acostumbrarme y que me hacía temblar la voz—. No pasa nada. Me caen bien y yo también les caigo bien a ellos. Tenemos buen rollo y son gente maja.

—Si fueran tan majos, te habrían invitado a unirte a ellos. O se habrían acercado y te habrían ofrecido sentarte con ellos. Estáis todos aquí atrapados y ya no hay ninguna convención a la que asistir.

—Pero estoy contigo. No estoy sola.

—¿Y si estuvieras sola? Acabas de decir que intentaste unirte a su grupo una vez. Por cómo se te ha quebrado la voz, imagino que la cosa no fue bien.

Solté una risotada.

—Somos adultos. No tienen por qué esforzarse en hacerme sentir cómoda. Esto no es el instituto. No pasa nada.

Turner chasqueó la lengua. No parecía convencido.

—¿Qué otros escritores y escritoras son tus amigos, entonces? Creo que nunca te lo he preguntado y me interesa. Así puedo leerme sus libros también. Apoyarlos y eso.

Ay... Qué amable por su parte, la verdad. Muy propio de Turner.

—No tengo ningún grupo de amigos como tal —dije, aunque deseaba que mi respuesta hubiese sido otra. Me obligué a sonreír—. Soy amiga de algunas personas sueltas, pero voy más bien por libre. Y no pasa nada. Estoy bien así. De todas formas, puedo recomendarte algunos libros, sé de unos cuantos autores que te encantarán.

—Y si tuvieras ese grupo —insistió, negándose a dejar el tema—, ¿harías un esfuerzo por que la persona que no deja de mirarte de reojo se sintiera incluida?

Apreté los labios.

—Es difícil saberlo.

—A mí no me lo parece. Te he visto hacerlo varias veces en el pasado. Cuando vino ese chico alemán de intercambio, lo invitaste a sentarse con nosotros todo el semestre. Vosotros dos erais los únicos de primer año que os sentabais en una mesa de los de último curso. Incluso le ibas traduciendo las tonterías que soltaba tu hermano, lo cual no era tarea fácil. —Hubo una pausa—. También fuiste la que presentó a Mia al resto del grupo cuando se mudó a la ciudad. Así que no, no creo que sea difícil saberlo. Apuesto a que tú sí harías un esfuerzo para que esa persona se sintiese incluida.

—Puede ser —murmuré, dejando de lado la incomodidad que me provocaba la mención de Mia—. Pobre Fritz. Nunca supe por qué al final dejó de sentarse con nosotros.

—Porque se sentía intimidado.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Fui un poco cabrón con él.

—No, qué va, tú nunca eres un cabrón con nadie.

—Con él sí.

Arqueé las cejas.

—¿Por qué ibas a ser un cabrón con Fritz?

—Porque le gustabas. Y eso no me parecía bien. Era alemán.

—¿Les tienes manía a los alemanes? —le pregunté con un resoplido—. ¿Desde cuándo? Tus pretzels están para chuparse los dedos.

—Bueno, vale —concedió inclinando la cabeza—. No les tengo manía a los alemanes, solo a Fritz. Iba detrás de ti y era muy evidente. No se cortaba ni estando Ric y yo al lado.

Puse los ojos en blanco.

—Yo no lo recuerdo así.

Turner echó otro vistazo a la mesa que tenía detrás y al cabo de un momento volvió a mirarme a mí con expresión decidida. Como si hubiera concluido que mi intento de excusarlos no le bastaba, por muy plausible que fuera. Decidió que sí, que había intentado hacerme amiga de ellos y había fracasado. Que ellos tenían su grupo y yo no formaba parte de él, y que eso no les quitaba el sueño porque ¿quién necesitaba más amigos cuando ya tenían un montón? Que hacer amigos de adulto era un rollo, pero hacerlos en el trabajo siendo una autora que básicamente solo existía en redes sociales era aún peor. Que en todas las profesiones, en todos los géneros literarios y en todas partes se formaban grupitos y que yo tenía algo que, por lo que sea, hacía que no encajara en ninguno de ellos. Incluso mi editora había tenido dificultades para encajar mis libros

en un género. Demasiado picantes para ser *thriller*, pero no lo bastante para ser suspense romántico. Demasiado sangrientos para ser *thriller*, pero no lo bastante para ser de terror. Demasiado adultos para el mercado juvenil, pero demasiado juveniles para el mercado adulto.

—Ojalá pudieran ver lo que veo yo cuando te miro —soltó de repente.

—¿A qué te refieres?

—A que eres divertida, inteligente y leal hasta decir basta. Eres el tipo de persona con quien cualquiera querría compartir mesa el resto de su vida.

—Turner —susurré—, no puedes decir esas cosas.

—¿Porque al oírlas te arrepientes de haberte ido de Portland?

—Porque me dan ganas de volver, pero han cambiado demasiadas cosas y ya no sé si me sentiría en casa.

—Claro que sí —replicó acercándose al borde de la silla—. Yo mismo me aseguraré de ello.

Cerré los párpados, negué con la cabeza y me eché a reír con lágrimas en los ojos.

—Eso es...

—Muy directo, lo sé. No es ningún secreto que soy una persona directa. Antes te gustaba eso de mí.

—Y todavía me gusta —dije con un suspiro. Cualquier intento de resistencia a admitir mis sentimientos se tambaleaba ante sus palabras—. Es una de las cosas que más me gustan de ti.

Eso solo consiguió envalentonarlo más.

—Tengo tus libros en mi casa.

—Creía que habías dicho que preferías escuchar audiolibros.

—Sí, pero me gusta ver tu nombre en los lomos. Así tengo un pedazo de ti en mi casa, conmigo.

Este hombre iba a acabar conmigo. Ahora lo único en lo que podía pensar era en esos lomos en su estantería. ¿Se refería a la del salón o a la del dormitorio? ¿Y de qué casa? ¿En el piso que había alquilado con Mia o en otro sitio? Se me secó la garganta. Había tantas cosas de las que aún no habíamos tenido tiempo de hablar...

—¿Quieres que te los firme? —le pregunté para no entrar en temas más peliagudos.

—Me encantaría —admitió, todavía con aire serio pero decidido—. Aunque ese no es el motivo por el que he venido a Vermont. A esta convención.

El corazón volvió a latirme con fuerza, como cada vez que tocábamos el tema de nuestra relación. Me quedé callada.

—Tenía un discurso preparado, ahí donde me ves —continuó—. Me lo aprendí de memoria.

—¿Y qué decía?

Empujó la silla hacia atrás, se acercó a mí y apoyó las manos en los reposabrazos de la mía. Se inclinó, lo que me obligó a echar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Que me muero de ganas de besarte. Que odiaba haberte perdido. Que eres preciosa. Que quería que me firmaras los libros. Que te había echado de menos. Y que quería que volvieras a ser mía.

Eso era... lo que siempre había querido escuchar. Excepto por un detalle casi imperceptible que lo cambiaba todo.

—Nunca fui tuya —le dije en un arrebato de sinceridad—. No puedes recuperar algo que nunca reclamaste como tuyo.

—Es de lo que más me arrepiento en esta vida.

Me quedé inmóvil. Lo único que podía hacer era mirarlo mientras su presencia invadía todo a mi alrededor.

—Turner —murmuré—, no bromees sobre este tema, por favor.

—Nunca bromeo sobre las cosas importantes.

«Te digo que importas porque es la verdad y punto». Eso era lo que me había dicho hacía un rato.

—Yo me tomo muy en serio las palabras —logré decir. Se inclinó aún más, arrinconándome en esa silla—. Y las que acabas de decir cargan con mucho significado.

Bajó la cabeza hasta que nuestros labios se rozaron. Sin apartarse, giró la cara para que su boca me recorriera la mandíbula en dirección a la oreja.

—Lo sé.

Pero ¿de verdad sabía cuánto significaban?

Me reí. Era una risa extraña, entrecortada.

Me aferré al jersey de lana que le cubría el pecho en un gesto parecido al de la noche anterior. Él volvió a mirarme a los ojos.

Me miró como si esperara a que terminara de romperme en mil pedazos para poder recomponerme.

Tiré del jersey, rogándole con la mirada que no me llevara al límite. Si me obligaba a abrirme así, todo saldría a la luz. Lo que llevaba dentro acabaría derramándose y ensuciándolo todo. Sentía la necesidad de advertírselo.

—No sé si puedo hacerlo —susurré—. No sé si voy a poder pasar por alto que hayas tardado tanto tiempo en darte cuenta de que querías estar conmigo. Ahora te arrepientes, sí, pero... No sé si voy a ser capaz de aceptar ser tu segundo plato.

—No eres un segundo plato, Frankie —replicó con un tono más suave que parecía más bien una súplica. Gentil pero inquebrantable. Igual que él—. Soy consciente de que llego tarde, pero necesito que me permitas corregir mis errores, por favor. Déjame demostrártelo. Quiero compensártelo. Te prometo que lo haré. Por favor, cariño...

Se me escapó un sollozo entrecortado.

Turner respondió con un beso. Y cuando otro sonido de derrota volvió a brotar de mí, me separó los labios y me besó con más intensidad. Al principio creo que para dejar clara su postura y respaldar sus palabras, pero luego aquel beso se convirtió en una plegaria, en un acto de consuelo que abría la puerta a algo más.

—Te lo demostraré —me dijo al apartarse—. Haré lo que haga falta. Vine aquí para recuperarte, y eso es lo que pienso hacer, ¿me oyes?

Estaba aturdida.

Desorientada por ese beso.

Desconcertada por las palabras de Turner.

Abrí los labios y juro por Dios que era para preguntarle «¿Cómo?», pero entonces me vibró el móvil.

Ambos miramos hacia donde estaba, sobre mi regazo, y vimos que la notificación era una solicitud de airdrop.

—Frankie... —dijo Turner con un tono de advertencia.

Pero yo ya lo estaba cogiendo y pulsando aceptar.

La imagen se descargó y apareció en pantalla.

Éramos nosotros, yo sentada y Turner de pie justo donde estaba, apoyado en la silla, inclinado sobre mí. Y venía con una frase que se había añadido en letras rojas:

«Elliott y Eden sentados en un árbol. BESÁNDOSE».

Me quedé sin aire. Turner se enderezó mientras soltaba varios insultos y yo me levantaba. Me colocó detrás de él y giramos en círculo.

—Tranquila —me dijo abrazándome con fuerza—, estás a salvo, solo es una foto.

Asentí, aunque intuía que él también era consciente de que no era solo una foto. Era una imagen de nosotros de hacía unos segundos, enviada a mi móvil.

El acosador nos estaba observando. Y quería que lo supiéramos.

Alguien carraspeó a nuestro lado.

Los dos nos sobresaltamos.

—Les pido disculpas por interrumpirlos —dijo un hombre, tan sorprendido como nosotros. Era otro empleado del hotel, aunque con este no habíamos hablado nunca—. Por fin tenemos la información que nos pidió, señora Rossi.

Nos entregó un sobre.

—Gracias —murmuró Turner.

Esperé a que le dijera algo sobre la foto, pero no lo hizo. Y yo tampoco. ¿Qué podía hacer la dirección del hotel? Sharon lo había dejado muy claro: la policía no podía venir y, dado que no había constancia de ninguna denuncia previa, probablemente pensaban que se trataba de una broma o de una escritora con mucha imaginación.

Nos quedamos mirando a aquel hombre mientras se alejaba con aires de disculpa, ajeno a lo que acababa de suceder, y, cuando desapareció tras la puerta del patio, los dos nos quedamos quietos un momento, sin decir nada. Turner seguía abrazándome y yo seguía dejándole. Sabía que aún debía de estar escudriñando el entorno en

busca de mi acosador. Y sabía que yo estaba posponiendo lo inevitable: abrir ese sobre y añadir una pieza más al rompecabezas que nunca había pedido resolver.

—Turner —lo llamé. Él volvió a centrar su atención en mí. Primero me miró a los ojos y después desvió la vista hacia el sobre. Esperó a que verbalizara qué era lo que necesitaba de él. Al parecer, esto lo había desconcertado tanto como a mí—. Llévame a tu habitación. No quiero abrir esto aquí.

10

FRANKIE

Cuando se me ocurrió por primera vez la idea de *Lobos de noche*, quise ponerme a prueba.

Los escritores suelen hacerlo de vez en cuando a lo largo de su carrera. No siempre. Y desde luego no todos.

Algunos prefieren empezar con calma. Completar un manuscrito ya es bastante difícil de por sí, pero si es un debut la presión se duplica. Si, por casualidad, logras superar ese bache, luego te espera un campo minado de desafíos.

Por desgracia, yo empecé con ambición. Y digo «por desgracia» porque me volví loca redactando ese primer borrador y la docena que vinieron después. Estuve a punto de abandonar tantas veces que a menudo me preguntaba cómo había logrado concluir una saga de seis libros, independientemente del éxito que hubieran tenido las últimas entregas.

La ambición provenía de las ganas de ponerme a prueba. De desafiar los límites de los géneros, de la moral, del crimen y, sí, también del amor. Por eso creé un triángulo amoroso entre mis personajes. Los triángulos te hacen preguntarte de qué lado estás, cuál es tu bando. Si están bien construidos, te van empujando de un lado a otro sin que te des cuenta. Te hacen amar y odiar a los

personajes por estar de acuerdo y en desacuerdo con cómo actúan, y te hacen plantear cómo actuarías tú si estuvieras en su lugar. Incluso yo, que soy quien orquestó la historia, sentí que iba cambiando de bando.

El bueno. El malo. El héroe. El villano. ¿La prota debería elegir o está mejor sola?

Lo más divertido es que hay muchas reglas no escritas. Como que es el villano quien se debe quedar con la chica. O tal vez el héroe, porque es a él a quien querrías presentar a tus padres en el mundo real. Los villanos adorables solo existen en la ficción. Pero, ay, qué sexi es escapar a un mundo en el que alguien está dispuesto a romper todas las reglas por ti.

Al final me decidí después de escribir varias versiones de *Miel oscura*.

La chica se quedó con Elliot. Enzo era un asesino. La mayoría pensó que fue una decisión predecible y aburrida. Algunas noches pienso que ese fue el punto en el que todo empezó a ir cuesta abajo. No se puede jugar con las expectativas de los lectores. Son una bestia indomable. Imprevisible. Despiadada. Aunque lo cierto es que las cosas habían empezado a ir mal unos cuantos libros antes. Quizá el problema era que no era tan lista como creía. Quizá los lectores vieron venir ese final tan soso. Quizá la Frankie que fue elogiada por varios editores cuando presentó la saga años atrás había perdido su chispa. Quizá nunca llegó a tenerla.

En el primer borrador de *Miel oscura*, Eden acababa con Enzo. Y no porque hubiese conseguido cambiarlo; ella lo amaba por su oscuridad, no a pesar de ella.

Al igual que Eden, yo siempre había sentido debilidad por Enzo y las grietas negras que lo conformaban. No es tarea fácil pasar seis libros construyendo a un villano y no encariñarte de él. Por eso me desafié a mí misma y le arrebaté a Eden.

Me arrebaté a Enzo.

Porque en la vida real yo tampoco había conseguido al hombre que quería.

Una mano me acarició el hombro, aliviando parte del peso que llevaba ahí acumulado.

—¿A cuántas revoluciones te va la cabeza?

—Parece la rueda de un hámster dopado con esteroides.

Turner extendió una mano por el lateral de mi cuello. Parpadeé varias veces mientras una deliciosa corriente se extendía por mi columna.

—¿Es la primera vez que utiliza el nombre de Enzo?

Bajé la vista hacia el papel que tenía en las manos. Había un listado de nombres tachados, excepto uno.

Enzo Romano.

Junto a él había un número de teléfono. El mío.

Suspiré. Era todo tan enrevesado que me dolía la cabeza.

—Sí. Nunca antes lo había hecho. Todo esto es nuevo. Cuando te dije que pensaba que era inofensivo, lo decía de verdad. Nunca me había enviado imágenes ni había utilizado los nombres de mis personajes para intentar jugar conmigo de esta manera.

Porque así es como me sentía.

Como si estuviese jugando a un juego del que yo no conocía las reglas.

Lo único que sabía era que nos había asignado un papel a cada uno: a mí, a Turner y a él mismo.

Este hombre, este acosador, ya no se escondía detrás de regalos y cartas en apariencia inofensivas. Estaba aquí, en Vermont, porque yo se lo había permitido. Yo también era un monstruo, igual que Enzo.

—Hay algo que no te he contado —solté.

Turner enarcó un poco las cejas y luego frunció el ceño. Estábamos en su habitación, considerablemente más grande que la mía, sentados en un sofá Chesterfield. Ya habíamos traído todas mis cosas.

—Es culpa mía —continué—. Debería haber sabido que era peligroso. Que esto podía pasar. No sé cómo no me di cuenta. Cómo no vi que esto no era normal y...

Unas manos suaves pero firmes se aferraron a las mías.

—No es culpa tuya —dijo—. Cuéntame bien toda la historia, desde el principio. Quiero saberlo todo.

Exhalé con fuerza mientras mi inquietud iba en aumento.

—Me ha escrito cartas. Un montón. Y largas.

Turner se quedó muy quieto, pero después me agarró las muñecas y empezó a acariciarme para reconfortarme y animarme a continuar.

—¿Qué decían esas cartas?

—Muchas cosas —respondí con sinceridad—. No eran cartas de amor ni nada de eso, sino más bien cartas de admiración. Algunas estaban un poco desordenadas, parecían neuróticas. En retrospectiva, debería haberme preocupado más, pero... —Negué con la cabeza—. No sé cómo decirlo sin parecer una persona horrible. Una enferma. Una trastornada.

—No eres ninguna de esas cosas. Ni una trastornada, ni una enferma, ni una persona horrible.

Solté una risa débil.

—Me he pasado años infundiendo terror a estos personajes, Turner. Escribiendo escenas de asesinatos con detalles gráficos. Jugando con la moralidad y tratando de darle un toque sexi.

—Lo que escribes no determina quién eres. Que hayas creado escenas feas, sangrientas y retorcidas no significa que debas identificarte como tal. Tienes un montón de cualidades buenas. Y, de todas formas, lo macabro también puede ser bello. En la oscuridad también hay esperanza.

—Eres... —Dejé la frase en el aire. «Por Dios, Turner. ¿Dónde coño has estado este último año? ¿Qué te impedía estar conmigo, recordándome todas estas cosas? ¿Qué te impedía amarme?». Tragué saliva y luego confesé algo que nunca había dicho en voz alta —: Sé que sonará absurdo, pero siento que el mundo me ha decepcionado. Que me ha abandonado. No solo me siento sola, sino como si me hubiese vuelto... invisible.

—Frankie...

—Yo soy en parte responsable —continué, porque necesitaba sacarlo de una vez por todas—. Me he culpado mucho por ello. Escribir es un trabajo muy solitario, y lo entiendo. Siempre supe que era así. Pero al menos tenía a mis lectores. A mis personajes. A mi equipo. A mí misma. Parecerá una tontería, pero sentía que, mientras tuviese esas cosas, tampoco estaba tan mal.

Él asintió y esta vez me dejó seguir hablando sin tratar de interrumpirme.

—Por eso pensé que mudarme a Boston no sería un problema. Pero en los últimos meses, desde que salió *Miel oscura*, lo que empezó como un miedo irrelevante se convirtió en la confirmación de que ya no tengo esas cosas. Que me habían dado la espalda porque ya no valía lo suficiente. Porque ya no merecía la pena luchar por mí.

El rostro de Turner se contrajo por la preocupación, pero no dejó de mover los dedos.

—Ni siquiera sé si seré capaz de escribir más libros —admití con un suspiro tembloroso—. Siento que ha perdido el sentido. Ni mi editora cree ya en mí.

Adoptó una expresión de sorpresa.

—No están interesados en que escriba más libros —continué antes de que dijera nada. En ese momento no podía escuchar la lista de cosas buenas sobre mí que sabía que iba a soltarme. Aún no. No antes de que supiera toda la historia—. Deberías haber visto la reacción que tuvieron en la editorial cuando compartí mis nuevas ideas. Digamos que no les entusiasmaron, por decirlo de alguna forma. Sentí como si me estuvieran haciendo un favor al dejarme seguir publicando con ellos. —Cerré los ojos por un instante, recordando el día que mi agente me llamó para decirme cuál era la oferta de la editorial. Era ridícula. Me sentí una fracasada—. No soy una persona orgullosa, no era una cuestión de ego. Pero el mundo me estaba gritando que no era lo bastante buena. Que no me querían. La acogida de un libro o el funcionamiento de la industria no tienen por qué definirte como escritora, pero...

—Pero es imposible no sentir que es así —terminó él por mí.

—Sí. No les culpo. Ni a ellos ni a nadie. Pero esa situación me hizo sentir como si estuviera desapareciendo. Como si me estuviera volviendo invisible. —Se me quebró la voz y me di unas palmaditas en el pecho—. Como si ya no fuera importante.

—Frankie, cariño... —volvió a intentar Turner.

Lo detuve con un movimiento de cabeza.

—No justifica lo que voy a contarte, pero espero que lo haga más comprensible. ¿Recuerdas esas cartas de las que te he hablado? Me alegraba recibirlas. Incluso hubo una época en que las esperaba con ilusión, Turner. Me gustaba saber que le importaba a alguien justo cuando sentía que nadie creía en mí. Cuando ni yo creía en mí misma. Ese hombre prendió fuego a un cobertizo y lo único que podía pensar era: «Espero que no lo pillen. A ver cuándo me llega la siguiente carta, así sabré que sigue libre». Y eso es... —Se me cerraron las cuerdas vocales por un instante y tuve que respirar hondo para poder seguir—. Por eso digo que estoy trastornada. Toda esta situación me ha jodido el cerebro. Es más, he llegado a meter una de sus cartas en la guantera por si la necesitaba. La culpa de que me haya seguido hasta aquí y de que esté dejando mensajes en los espejos y jugando con nosotros es mía. Porque yo se lo he permitido.

Por la cara que tenía Turner, parecía que le hubiera dado un puñetazo.

Sentí un nudo en el estómago que me dejó un sabor amargo en la boca.

—Todo esto es culpa mía —repetí—. Y siento que ahora te hayas visto involucrado en este lío. Solo espero que no pienses que soy completamente imbécil porque de verdad que lo siento mucho y...

—Deja de disculparte, por favor. Solo... para un segundo.

Tragué saliva, con el pecho convulso por lo rápido que me latía el corazón. Esperé a que Turner hablara. A que se recompusiera después de lo que le acababa de decir.

—Nada de esto es culpa tuya —dijo al fin—. Nada. Y... es que, joder, no me puedo creer que hayas pasado por esto. Me siento tan... impotente. Tan... furioso. Creo que necesito un minuto.

—Por supuesto —murmuré sintiendo cómo me invadía el miedo—. Tómate el tiempo que necesites. Lo entiendo perfectamente.

—No, no lo entiendes. No puedes porque soy incapaz de verbalizar lo que quiero decir. No encuentro la manera de hacértelo entender y... —Negó con la cabeza.

Antes de que Turner pudiese acabar la frase, escuchamos el sonido de una notificación en mi móvil, que estaba en el mueble de la entrada.

Ambos nos tensamos.

Volvió a sonar. Y otra vez. Y otra.

Nos levantamos y cruzamos los pocos metros que nos separaban de la entrada. Lo cogí con Turner a mi espalda, alerta, moviendo la cabeza de un lado a otro. Ya había revisado la habitación entera dos veces, incluso había colocado una silla contra la puerta. Dudé, pero decidí desbloquearlo. Solo era un teléfono. Ese tío no podía hacernos daño a través de un teléfono.

—Es mi agente —dije con un suspiro de alivio, relajando los hombros. Miré a Turner—. Solo quiere saber cómo estoy.

Turner no parecía muy aliviado.

—¿Quieres llamarla? Puedo salir al solárium y dejarte un poco de intimidad.

—¿Al solárium?

—Supongo que antes era una especie de terraza en la azotea. —Se encogió de hombros—. No hay posibilidad de que alguien pueda saltar desde una habitación contigua. Lo he comprobado, te lo prometo.

—Te creo. No te lo preguntaba por eso, tranquilo. Y... no hace falta que te vayas. Solo quiere saber cómo estoy porque se ha enterado de que han cancelado la convención. Probablemente debería haberme puesto yo en contacto con ella. Le responderé con un mensaje y ya, dame un segundo.

Turner se rascó el cuello y esa figura de tinta negra en el dorso de la mano me distrajo, como siempre.

—Aun así, creo que mejor si te espero fuera. Voy a comprobar por tercera vez que no haya nadie escondido dentro del *jacuzzi* ni nada por el estilo. Necesito sentirme útil.

Puse los ojos como platos mientras él se daba la vuelta.

—¿Hay *jacuzzi*?

—Estamos en la *suite* nupcial —dijo girando la cabeza con un tono un poco amargo—. Creía que te lo había mencionado.

Cuando me reuní con Turner en el solárium, estaba volviendo a colocar la cubierta del *jacuzzi* en su sitio.

No era un espacio grande, solo lo suficiente para acomodar un par de sillas en un rincón y una pequeña plataforma en el otro, donde estaba instalada la bañera de hidromasaje. Todo estaba protegido por una estructura de cristal curvada que hacía que pareciera un invernadero.

Un invernadero que había sobrevivido a una tormenta de nieve y que apenas se mantenía en pie bajo una tonelada de nieve.

Me abracé el abdomen.

—Conque la *suite* nupcial, ¿eh?

Turner se enderezó y se volvió hacia mí, limpiándose las manos en los vaqueros.

—Era la única que quedaba libre. —Fruncí el ceño, pero él habló antes que yo—. ¿Te sientes rara por alojarte en una *suite* nupcial conmigo? ¿Porque Mia y yo casi nos casamos?

Me sonrojé. Sentía que me lo preguntaba solo porque yo le había dicho que no sabía si podía ser su segundo plato.

—No sé qué decirte.

—¿Qué tal si pruebas con la verdad?

—Es que...

—Entonces empezaré yo —dijo dejando caer ambas manos a los lados—. Cuando ayer llegué a la habitación y vi esto, pensé en ti. Te imaginé aquí. Fantaseé sobre la posibilidad de ir a tomar una copa contigo al bar y acabar trayéndote aquí arriba. En ese momento no había ninguna tormenta de nieve ni ningún psicópata, y tú no me habías dicho aún que te sentías tan sola. Solo de pensarlo me dan ganas de romper esta pared de cristal de un puñetazo.

La sangre que se había acumulado en mis mejillas se extendió hacia abajo.

—Me habría encantado —admití—. La parte de darle un puñetazo al cristal igual no, porque toda esa nieve probablemente nos caería encima, pero lo demás sí.

Curvó la comisura de los labios para formar una sonrisa que se desvaneció enseguida.

—Supongo que ahora ya no podemos hacerlo realidad, ¿no? Esta situación se sale de lo común y me sabe mal forzarte a escucharme hablar de sentimientos. Siento que estoy poniéndote aún más presión y eso me convierte en parte del problema. Te mereces cosas que no puedo darte, Frankie. Como reescribir el pasado. Las palabras no bastan para eso, y por primera vez son lo único que tengo.

—No me estás forzando a nada —lo corregí mientras daba un paso más hacia él—. Tú no eres parte del problema.

Turner asintió, pero notaba que no me creía. Por primera vez en todo el fin de semana, parecía... derrotado. Como si tuviese el corazón roto.

Y eso me rompió el corazón a mí también.

En parte me sentía responsable. Ninguno se atrevía a decir de frente lo que sentía. Él seguía siendo demasiado cauteloso y yo seguía complicándolo todo al no poder superar el pasado. Y al soltarle bombas emocionales que no se esperaba. No podía cambiar lo que aún sentía por él ni el lío en el que nos habíamos metido, pero, uf, estaba agotada de tanto pensar. La expresión del rostro de Turner también me devastaba y quería hacerla desaparecer.

Me apetecía dejarle demostrar lo que sentía, como me había dicho antes. Me apetecía que esto se pareciera mínimamente al escenario que me había descrito hacía unos minutos.

Quizá no podíamos ser los Frankie y Turner que yo soñaba, pero podíamos ser los Frankie y Turner que él se había imaginado. Los que tomaban una copa, tonteaban, subían a su habitación y quizá se besaban; sin cargas, acosadores ni confesiones deprimentes. Los que podían hablar y bromear como si nada los hubiera alejado.

Ni siquiera ellos mismos.

—¿Crees que funciona? —le pregunté a Turner.

Él arqueó las cejas con gesto interrogativo.

—Hace un frío que pela aquí fuera —aclaré—. Me encantaría continuar la conversación en el *jacuzzi*. Sé que igual es mala idea y que es un escenario cliché en el que ser asesinada, pero...

—Frankie —me advirtió Turner—. No hagas bromas con eso, por Dios.

—Venga ya, Reecitos. Mis traumas, mis chistes.

Entrecerró los ojos.

—¿Qué pretendes?

—Tener un poco de normalidad. Pero con un toque nuevo. Nos lo merecemos. Aunque llamarte por tu apodo de la infancia probablemente no ayude. —Me aclaré la garganta y lo miré fijamente a los ojos—. Turner Reece, quiero desnudarme contigo y que nos metamos en este *jacuzzi*. ¿Puedes comprobar si funciona antes de que me empiece a desvestir?

No sé qué parte de mi discursito cutre al más puro estilo «solo se vive una vez» fue la que lo convenció para volver a subirse a la plataforma de madera, pero el caso es que funcionó. Se inclinó hacia la pared y pulsó un botón.

Se escuchó un zumbido eléctrico y retumbante.

Turner se giró hacia mí con una sonrisita.

Mucho mejor así.

Sin pensarlo demasiado, me quité el jersey y lo dejé en una de las sillas. Hacía mucho frío y no llevaba camiseta debajo, solo el sujetador. Las capas no habían sido una prioridad al salir corriendo de mi habitación tras el incidente del espejo.

Turner no se quejó. De hecho, se quedó mudo.

Me observó con los labios entreabiertos y alternando la mirada entre mi rostro y mis pechos.

Eso también me gustaba. Mucho.

Además, tuve una abrumadora sensación de *déjà vu*, como si esto ya hubiera pasado, como si él y yo ya hubiésemos estado aquí antes: yo quitándome la ropa y Turner completamente desconcertado.

—¿Reecitos? —lo llamé. El *déjà vu* me había dejado atontada.

Sus ojos marrones volvieron a fijarse en los míos y salió de su ensimismamiento.

—¿Qué tal si te limitas a llamarme Turner? Al menos hasta que encontremos un apodo que no sea tan juvenil y transmita una energía más del estilo «fóllame a cuatro y hazme tuya».

Casi me arrodillo frente a él de lo cachonda que me puso con esa frase. Nunca había dicho algo tan obsceno, y eso que ya me había susurrado alguna que otra cochinada la noche anterior y aquella mañana. ¿Todo esto era consecuencia de estar viviendo una situación peligrosa? ¿De estar en pelotas en un lugar con poca intimidad sabiendo que esto seguramente acabaría en sexo? ¿El frío nos hacía ser más imprudentes?

—La cubierta —dije. Prefería no averiguarlo. Me desabroché los vaqueros, me quité las botas y empecé a bajarme los pantalones. Cuando ya estaba en bragas, me di cuenta de que Turner no se había movido—. Turner...

De repente se abalanzó sobre mí y me echó sobre su hombro.

Solté un grito de protesta. Él se paseó un momento por el solárium, cuyos cristales empezaban a empañarse, y luego me bajó

pegada a su cuerpo hasta colocarme sobre la punta de sus botas.

—¿Era necesario? —dije echando la cabeza hacia atrás.

Él sonreía.

—He visto una oportunidad y he decidido aprovecharla.

—¿Esa oportunidad soy yo?

—Sí, la mejor oportunidad de mi vida.

Mi corazón dio un vuelco y luego comenzó a latir más rápido. Me puse de puntillas y le di un beso en la mandíbula. Luego me bajé de sus botas.

—La cubierta sigue ahí —susurré.

—Cierto —contestó con una sonrisa tímida. El Turner tímido era aún más atractivo que el normal. Y eso es mucho decir. Se dio la vuelta, quitó la cubierta y volvió a girarse hacia mí—. Su baño está listo, princesa.

Arrugué la nariz.

—Prefiero que sigamos con el «cariño», creo. «Frankie, cariño», si es posible.

Antes de que pudiera responderme, me acerqué al borde y empecé a desabrocharme el sujetador, me bajé los tirantes por los brazos y me metí en el agua caliente y burbujeante sin romper el contacto visual.

El gruñido de Turner fue tan potente que lo sentí en mi vientre.

—¿Eso que he visto es tinta? ¿En tu piel?

Lo era. Justo entre mis pechos. Un tatuaje tan pequeño que me sorprendió que lo hubiera visto. Tan pequeño que le había pasado desapercibido hasta ahora, cuando me había quitado el sujetador.

—Es posible. Solo hay una forma de averiguarlo.

Una sonrisa pícara se apoderó por completo de él.

Era bonita. Arrogante. Peligrosa. Lo más alejado de la normalidad. Quizá esa era la mejor manera de establecer las nuevas reglas que ahora la definían.

Él se quitó el jersey por la cabeza con un movimiento rápido. Una amplia extensión de piel cubierta de tinta negra se reveló ante mis ojos para mi uso y disfrute. No solo podía admirar los tatuajes, también su espalda ancha, los pectorales cubiertos de vello y ese seductor rastro que trazaba una línea hasta su cremallera. Turner Reece siempre me había parecido un caramelito, pero verlo así, desnudándose para mí, superaba todas las expectativas.

—No debería seguirte el juego —dijo con voz ronca. Y sentí que había sido más una reflexión interna que algo que quisiera expresar en voz alta—. No es seguro estar aquí. Pero creo que me voy a morir si no entro en este *jacuzzi* contigo.

Volví a mirarlo a los ojos y me encontré con dos pozos color chocolate contemplándome. Abrí la boca para replicar, pero sus manos me distrajeron.

Con dedos decididos, se desabrochó el botón de los vaqueros y, cuando esa maravillosa polilla sobrevoló la cremallera y la bajó, sentí que toda yo me sonrojaba.

Turner estaba empalmado. Tenía la polla grande y dura, y el contorno de esta se tensaba visiblemente contra los calzoncillos.

Tragué saliva. Turner debió de verlo, porque se apresuró a quitarse las botas mientras se acariciaba a través de la tela. Al verlo, la necesidad se apoderó de mí. Los pantalones descendieron por esas piernas robustas por las que siempre había sentido debilidad, y pensé en lo curioso que era que no tuviera ningún tatuaje ahí.

«¿Cómo es posible?», quería preguntarle. «Cuéntame todos tus secretos». Pero entonces se bajó los calzoncillos.

Turner Reece, el hombre del que había estado enamorada toda mi vida, estaba completamente desnudo. Ese hombre alto, grande, tatuado y con la polla dura estaba de pie delante de mí.

—Adoro esta nueva normalidad —susurré, sintiendo que iba a desintegrarme en ese *jacuzzi* si no lo tocaba pronto.

—Y yo adoro cualquier normalidad en la que tú estés incluida —dijo él—. Te quiero, Frankie. Siempre te he querido.

La conmoción hizo que todo a mi alrededor se congelara.

«Te quiero, Frankie».

«Siempre te he querido».

Turner se sumergió en el *jacuzzi* con un movimiento ágil, sin apartar los ojos de mí en ningún momento.

—Sí, cariño, lo has oído bien. Estoy enamorado de ti.

11

TURNER

Frankie me miró como si por fin lo entendiera.

Aunque, claro, se lo acababa de decir bien clarito.

No iba de broma lo que le había dicho antes sobre que me sentía un poco agobiado. Lo estaba. Esta situación me había puesto nervioso y su confesión no había ayudado a tranquilizarme.

Durante meses, ese hombre se había aprovechado de su soledad. Había explotado su vulnerabilidad hasta el punto de que ella se sentía responsable de que la hubiese seguido hasta allí. A estas alturas, no sé cómo me había aguantado las ganas de darle un puñetazo a algo. Existía la posibilidad de romperme unos cuantos huesos y tener que cerrar la panadería, pero ahora mismo me daba igual. Nunca había sido una persona violenta. Ric se había pasado años suplicándome que me uniera a su equipo de hockey y yo siempre le había dicho que no. Me parecía que aprovecharme de mi tamaño para competir contra alguien no era apropiado, ni aunque fuera practicando un deporte, y prefería formas más introspectivas de pasar el tiempo. Hasta hoy.

Hoy tenía ganas de romperle todos los huesos a ese hombre. Simplemente por diversión.

Frankie había cometido errores, como todo el mundo. Se había aislado en lugar de acudir a mí o a uno de sus hermanos en busca de ayuda, de apoyo, de compañía. Sin embargo, ya llevaba un tiempo haciéndolo antes de irse a Boston, y por aquel entonces no había ningún acosador.

Yo también tenía la culpa de esa soledad.

Cuando Frankie me dijo que sentía que no tenía a nadie de su lado, que el mundo le había dado la espalda, sentí una impotencia desesperante.

El día que anunció la mudanza, supe que algo le pasaba. También descubrí que me pasaba algo a mí. Era difícil de explicar, a día de hoy aún me cuesta. Puede que incluso más que entonces.

Quizá no era el mejor momento, pero las ganas de corregir los errores se habían duplicado después de oírla decir que se sentía como un segundo plato.

—¿Te acuerdas de Archer? —le pregunté.

Frankie seguía descolocada. Se había quedado boqueando como un pececillo. Estaba muy mona. Quería besarla, pero, si lo hacía, ahí sentada en el *jacuzzi*, con el pelo un poco mojado y varias gotas de agua chorreándole por la piel, olvidaría mi propósito.

—Te llevó al baile de graduación —continué—. Quería pedirte salir esa noche. Para ser novios. Un día mencionaste de pasada que te preguntabas por qué nunca lo había hecho. Creías que no le gustabas lo suficiente.

Sacó una mano del agua y se la llevó a la cara, pensativa.

—Me acuerdo, sí. Más o menos. Aunque tampoco es que aquello me rompiera el corazón. ¿A qué viene este tema ahora?

—Porque yo sé por qué. Fue porque le dije que no lo hiciera. —Saqué un brazo y lo apoyé sobre el borde del *jacuzzi*. Me recosté, poniéndome cómodo. Tenía tantas cosas reprimidas que me sentaba bien poder sacarlas al fin—. Le dije que, si se atrevía a acercarse a ti, se las vería conmigo, con Ric y con Leo.

Frankie se enderezó.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque ese imbécil se jactó ante sus colegas de haber llegado a la tercera base contigo.

—Pero no dijo ninguna mentira —admitió Frankie con un leve bufido—. Nos habíamos besado. Y quizá le dejé tocarme el culo. ¿Qué más te daba que fuera un capullo?

—Te merecías algo mejor que un adolescente salido.

—Todos los adolescentes están salidos. ¿Por qué te importaba que él lo estuviera?

—Porque debería haber sido yo quien te llevara al baile de graduación.

Frankie volvió a quedarse boquiabierta.

—Quería ser yo, Frankie.

Ella se estremeció. A pesar de estar metida en un *jacuzzi* calentito, todo su cuerpo se sacudió con fuerza.

Le cogí las manos y la acerqué a mí. Al diablo con el plan. Necesitaba tocarla. Hacer que desapareciera lo que fuera que significaran esos temblores. Le rodeé la cintura con un brazo y la moví hasta que quedó sentada sobre mis piernas. Ya estaba empalmado, pero al entrar en contacto piel con piel la erección se intensificó.

—Mi panadería —le dije mientras le colocaba un mechón de pelo detrás de la oreja—, El Panadero Nocturno, se llama así por ti.

—¿Qué? —balbuceó—. Pero si... Pero si así es como te llamábamos todos.

—Pero fue invención tuya. Me llamaste así una mañana, después de que me pasara toda la noche cocinando cosas porque no podía dormir. Me lo dijiste en la puerta de tu casa. —La abracé con más fuerza—. Cogiste el *bagel* de la caja, le diste un mordisco mientras me mirabas a la cara y luego soltaste un gemido. Se convirtió en rutina durante unas cuantas semanas. Yo te traía cosas que había preparado por la noche y tú me llamabas «el panadero nocturno». Luego se les pegó a Ric, a Leo y a todos los demás. Pero era algo nuestro. Yo era tu panadero nocturno, y tú me mirabas como si fuera lo mejor que había cruzado el umbral de tu puerta solo porque te llevaba pan y bollería recién hechos. —Le puse la palma de la mano entre el cuello y los pechos—. Era algo nuestro.

—Turner... —susurró—, ¿qué estás haciendo?

—El día que aparecí en Boston —continué—, no fue porque me hubiese enviado Ric. Él solo me comentó que estabas triste y que lo habías llamado llorando, y cuando quise darme cuenta estaba llamando a tu puerta.

Frankie cerró los párpados, como si quisiera luchar contra ese recuerdo.

—Debería haberte dejado entrar. Dios, llevo meses sintiéndome fatal por ello.

—Me alegro de que no lo hicieras —admití—. Creo que en ese momento no era consciente de lo importante que era ese día, de lo revelador que fue que hiciese aquello. No fue hasta que volví a

Portland y hablé con Mia cuando empecé a darme cuenta de lo que sentía por ti.

Sus preciosos ojos se llenaron de lágrimas.

Le di un besito en el hombro.

—Casi rompimos aquella mañana, después de intentar ir a verte. Mia me sentó y me dijo que ella sabía que ninguna relación era perfecta y que el primer amor te marca, pero que no tiene por qué durar para siempre. Decidí pasar página y luchar por aquella relación, porque ella se lo merecía. Yo también me lo debía a mí mismo. Sin embargo, después de ese día, no tardé en abrir los ojos.

Tras decir aquello me quedé en silencio. Ambos nos quedamos escuchando el burbujeo del agua durante un rato. Mia siempre había sido muy amable y un amor de persona. No me arrepentía de haber estado con ella. En todo caso, me arrepentía de haberle hecho daño. Ella me había enseñado mucho sobre mí mismo. En cierto modo, me había enseñado el camino para volver a Frankie.

—¿Sabes si me odia? —me preguntó Frankie.

—Te echa de menos —le dije con sinceridad.

—El primer amor —murmuró después de un momento—. No lo entiendo. No puede ser verdad. Es imposible.

—Me permití enamorarme de Mia porque sabía que no podía tenerte a ti, Frankie.

Cerró los ojos y los labios, apretándolos con fuerza.

—Te escuché decirlo un día —le expliqué. Sentí el dolor que transmitía mi voz—. Ella te preguntó si yo te gustaba, si había algo entre nosotros. Tú estabas en la cocina haciendo palomitas y yo acababa de salir del baño. Me detuve en seco. Quería escuchar tu

respuesta. Le dijiste que yo no era tu tipo, que nunca seríamos más que amigos, y la animaste a probar suerte conmigo.

Cuando Frankie abrió los ojos y vi su expresión, sentí que se me rompía el corazón.

—Porque le gustabas, Turner —dijo con la respiración agitada—. No paraba de decir lo mucho que le gustabas, que había sido amor a primera vista. Oí un ruido en el pasillo y pensé que era Ric volviendo con más cerveza para la noche de pelis. Nunca pensé que tú...

Le di un beso en la comisura de los labios.

—No te culpo a ti. Me culpo a mí. Por dar por buenas unas palabras que escuché de casualidad. Ya no era un niño, debería haberlo sabido.

Se le saltó una lágrima y se mezcló con el agua que se le condensaba en la mejilla.

—Esas palabras no iban dirigidas a ti —insistió Frankie. Se movió para poder mirarme a los ojos—. Si me hubieras preguntado, no te habría dejado escapar. Te habría dicho que quería estar contigo. Que eras mío antes que de cualquier otra persona.

Algo me retumbó en el pecho.

—Repítelo.

Tragó saliva. La tristeza que se aferraba a su expresión se evaporó, sustituida por necesidad y determinación.

—Eras mío antes que de cualquier otra persona.

—Y tú nunca serás una persona horrible, invisible o sin importancia para mí. —Cerré los ojos y presioné mi frente contra la suya—. Eres lo contrario a eso. Te quise antes que a nadie y te sigo queriendo ahora. Siempre fuiste tú. ¿Lo entiendes?

Un suave suspiro salió de sus labios y me rozó la boca.

Solté un profundo gruñido. Y entonces la besé. Tomé lo que era mío. Por fin. Tomé aquello que había anhelado, soñado y esperado durante tanto tiempo.

A ella se le escapó un suave gemido. Y eso no debería haber provocado la reacción que provocó en mí. Era desproporcionada, teniendo en cuenta la vulnerabilidad del momento. Sin embargo, causó una avalancha.

Sin siquiera tener tiempo de pensarlo, mi cuerpo se movió hacia delante, la agarré del cuello, inclinándole la cabeza hacia atrás con el pulgar, exigiéndole a sus labios que me dejaran entrar.

Nuestras lenguas se rozaron, después se entrelazaron, cada vez con más intensidad. Era muy consciente de que ella estaba casi desnuda y yo no llevaba nada puesto. Me había estado conteniendo para dejar espacio a las palabras. Podríamos haber seguido hablando durante horas, pero quizá Frankie tenía razón: esta era nuestra nueva normalidad. Podíamos sanar así, desnudos, mostrándole lo que su presencia me provocaba, haciéndole entender que ella siempre había sido la primera para mí.

Sus tetas me rozaron el pecho y me devolvieron a la realidad. Dios, estaba perdiendo el control tanto de mi cuerpo como de mi mente.

—Necesito tranquilizarme —dije contra su boca. No era capaz de alejarme de ella.

Su respiración también estaba agitada.

—No estoy de acuerdo. Sigue.

—Mi plan no era follar contigo en este *jacuzzi*.

Con los ojos un poco vidriosos, me dio un mordisquito en el cuello.

—Pues es una pena, porque a mí me parece un plan estupendo. Te animo a que lo reconsideres.

Solté un gemido.

—Dime que me vas a dejar intentarlo. Dime que ahora lo entiendes.

Frankie sonrió y me apartó un mechón de pelo de la frente. Quería sentir sus manos sobre mí. Por todas partes. Que me acariciara como a un perro. Estaba dispuesto a ladrar si me lo pedía.

—Lo entiendo. Y lo haré.

Le di la vuelta para colocarla de espaldas a mí antes de sentarme.

Ella giró la cabeza para mirarme por encima del hombro con las mejillas más sonrosadas aún. Sabía que notaba mi erección contra su culo. Estaba bastante seguro de que incluso notaba cómo latía.

—Así me gusta —le susurré al oído—. Ahora sé buena y quédate quieta.

Frankie dejó escapar un sonido maravilloso.

Yo le puse las manos en los hombros e hice un poco de presión con los pulgares. Empecé a deslizarlos arriba y abajo alrededor de su cuello.

—Uf —suspiró—. Hazlo otra vez.

Mi agarre se volvió posesivo ante aquella orden. Avancé centímetro a centímetro por su piel con avidez, alrededor de los omóplatos y bajando por la columna vertebral hasta llegar a la cintura, donde me permití aferrarme a su piel un instante. Luego pasé por los costados, de arriba abajo.

—Siempre me han encantado tus manos —murmuró ella.

Su cumplido hizo que reanudaran la exploración. Volví a subirlas mientras mis nudillos iban deshaciendo algunas de las contracturas

que se encontraban por el camino.

—¿Qué más te ha gustado siempre de mí?

—Tus tatuajes —respondió distraída, con la cabeza ladeada. Deslicé los dedos por su cabello cuando llegué al cuello, disfrutando de ver cómo se derretía—. Tu sonrisa —añadió con un leve gemido —. Tu forma de prestar atención. Cómo piensas antes de hablar o actuar.

Le sujeté la cabeza con una mano y, con la otra, profundicé más en su pelo, masajeándole el cuero cabelludo.

Emitió otro de sus gemidos, lo cual aumentó el deseo que sentía y que se me estaba acumulando ahí abajo. Tenía la sensación de estar en la cima del mundo por el simple hecho de ser yo quien estaba ahí, desarmándola por completo.

—¿Qué más? —exigí con un deje peligroso en la voz.

—Me estás distrayendo —murmuró—. No estás siguiendo el plan.

Aceleré el movimiento, enredando su cabello entre mis dedos, tirando de él con suavidad, pero con firmeza. El cuerpo de Frankie se estremeció mientras soltaba otro gemido. Empezó a mover las caderas sobre mi regazo. Era increíblemente receptiva. Tiré de los mechones húmedos con un poco más de fuerza, decantándole la cabeza para poder besarle el cuello. Después el hombro. Le mordisqueé la oreja. Volví a tirar del pelo con aún un poco más de fuerza.

—Estás siendo demasiado delicado —me dijo con un tono a medio camino entre el gemido y la queja—. No quiero que lo seas. Quiero saber lo que es tenerte por completo.

La giré para que quedara de cara a mí. No lo entendía. A duras apenas podía contenerme. O tal vez ya había pasado ese punto. ¿Me

quería al completo?

—Te propongo un trato —le dije dándole un beso en la comisura de los labios—. Te prometo que siempre seré delicado con tu corazón y tan bruto como necesites que sea con las demás partes de tu cuerpo.

Frankie abrió la boca para decir «sí», pero las palabras no llegaron a salir.

Las capturé con los labios.

Para mí ya no había vuelta atrás. No tenía escapatoria. Me lancé hacia delante y tomé lo que quería de ella. Todo. Joder, ya era hora.

Arqueó su cuerpo contra el mío, presionando los pechos contra mí y pasándome las piernas alrededor de las caderas.

Lo único que sentía en ese momento era a Frankie, la chica de la que me había enamorado hacía tantos años y a la que nunca había logrado olvidar; la chica de la que ya no quería seguir privándome, y era embriagador. Brutal. Glorioso.

—Mía —le dije con voz grave, arrastrándole la boca por el cuello. Coloqué una palma en la parte baja de su espalda para empujarla hacia mí. Ambos nos estábamos usando mutuamente para obtener fricción. Frankie gimió y, en respuesta, repetí el movimiento mientras empujaba las caderas hacia arriba—. Joder, no sabes las ganas que tengo de probarte. Quiero lamerte entera. Quiero sentir lo que es estar dentro de ti. Quiero probarlo todo contigo.

—Sí —susurró ella, dando luz verde al torrente de palabras difusas y faltas de coherencia que salían de mi boca, sin filtro alguno—. Por favor sí, sí, sí.

Dios. ¿Estaba a punto de follármela en este *jacuzzi*?

Frankie me agarró del pelo desde la parte posterior de la cabeza y tiró, exigiéndomelo con una súplica desesperada.

Solté un improperio y la saqué del agua para poder colocarla en el borde del *jacuzzi*.

Ella me miró con cara de asombro.

Era impresionante.

Todo en ella.

Aparté la mirada de sus ojos y me concentré en su coño. Puse las manos sobre sus rodillas.

—Ábrete para mí.

Y eso hizo. Es posible que esa fuera mi nuevo lugar favorito del mundo.

Un escalofrío la sacudió, seguramente causado por la expresión de puro y absoluto deseo que veía en mi cara, además del hecho de que estaba sometiendo a esta preciosidad a temperaturas bajo cero para poder comérmela.

—Te prometo que seré rápido, cariño. Solo quiero saborearte y después te haré volver a entrar en calor en la cama, te lo juro.

Ella asintió y, como no me movía lo bastante rápido, me dio un golpecito en el hombro con el pie.

—Hazlo —me exigió.

Una risa resonó contra los cristales. Era la mía. Estaba tan encantado, tan total y absolutamente enamorado de esta mujer que, cuando bajé, lo hice con una sonrisa. Aunque no era de diversión. Estaba regodeándome.

La primera pasada con la lengua fue con pura ansia y avidez. Era una especie de venganza. Quería dejar algo claro. Marcar mi territorio. Que me dejaran quedarme. Me estaba volviendo loco.

—¡Turner! —gimió Frankie—. Diosmiodemivida.

Correcto. Empujé con la lengua y, cuando noté que ella se estremecía contra mi boca, lo volví a hacer. Dos lametones. Se lo había prometido. Dos y ella ya estaba a punto de...

Un fuerte crujido me hizo detenerme.

El silencio nos envolvió.

El motor del *jacuzzi* se había detenido. La luz suave que habíamos encendido en algún momento también se había apagado.

Frankie me miró a los ojos mientras me enderezaba, y pasaron unos segundos extraños.

De pronto, todos los acontecimientos que había dejado aparcados me vinieron a la mente.

El instinto se apoderó de mí y salté del agua, cogí a Frankie en brazos y corrí hacia el interior de la habitación. Solo cuando la tuve a salvo en la cama, con las puertas de cristal cerradas y la habitación revisada en busca de posibles amenazas, intrusos o cualquier cosa remotamente sospechosa, me permití parar a respirar.

—No hay nadie —exhalé volviendo junto a ella. Frankie también respiraba con dificultad. Le acaricié la cara y luego la besé con pasión e intensidad. Quizá demasiada—. Estás bien, ¿no?

—Sí —respondió en voz baja—. ¿Y tú?

—Sí.

Nos miramos fijamente durante un instante. Apenas entraba luz en la habitación por las ventanas, pero podía distinguir sus rasgos. Estaba asustada y seguía con la adrenalina a tope. Lo notaba porque sus ojos no paraban quietos.

—Menuda rayada —dijo.

—Pues sí.

—Has salido escopeteado de ese *jacuzzi*. Y desnudo.

—Correcto.

Abrió mucho los ojos.

—¿Crees que han sido los chorros de la bañera de hidromasaje los que han provocado que saltaran los plomos?

—Es posible.

—¿Cómo de posible?

—Si el hotel está utilizando un generador de emergencia, es posible —respondí con sinceridad—. Si no, ahora sin duda van a tener que usarlo.

—Mierda. No deberíamos haberlo tenido tanto rato encendido.

—Hemos perdido la noción del tiempo.

Se puso colorada, seguramente al recordar lo que estábamos haciendo.

—Somos unos gamberros.

Me encogí de hombros.

—Puede ser. Pero no me importaría dejar a todo Vermont sin electricidad con tal de repetirlo.

Ella soltó una risita y, cuando yo sonreí, se rio aún más fuerte. Me arrancó una carcajada a mí también y, durante un momento, nos limitamos a hacer eso: mirarnos y reírnos. Era... ridículo, francamente. Estaba dispuesto a escalar la cima más cercana, desnudo, con tal de mantenerla a salvo, y el sonido de su risa hizo que ese miedo valiera la pena. Siempre me había atraído la luz que desprendía. Sentía la necesidad de bañarme en ella.

—La he echado muchísimo de menos —dije sin pensar. Frankie se puso las manos en las mejillas—. Tu risa.

Un segundo después, su expresión era sombría y esa sonrisa tan bonita se había esfumado.

—El tatuaje que llevo —dijo en voz baja—, creo que deberías verlo.

Fruncí el ceño y, antes de que pudiera preguntar, se llevó las manos a los pechos y los separó un poco. Enseguida reconocí lo que estaba viendo. Me dejó sin aliento y consolidó mis sentimientos. Ahora tenía la certeza absoluta de que era ella. Frankie era la indicada. Tenía que serlo, dado que me llevaba en su piel.

—Pensé en ti mientras estaba en esa silla, tatuándome. Deseé que estuvieras allí. Y esperé no arrepentirme de habérmelo hecho.

El corazón me latía con fuerza. Pasé el pulgar por encima del dibujo para sentir cómo era esa versión más pequeña del primer tatuaje que me había hecho, el que significaba tanto para mí, el que me había marcado como ningún otro. Era una polilla.

Noté que me fallaban las piernas.

—¿Y lo hiciste? —le pregunté—. ¿Te has arrepentido?

—No —respondió, y algo me decía que no mentía—. Nunca. A pesar de que me recordaba a algo que quería y no podía tener... Al fin y al cabo, me recordaba a ti. Y a ti nunca me he arrepentido de haberte querido, Turner.

Apenas podía respirar, pero me obligué a hablar.

—Soy todo tuyo, Frankie. Ya lo sabes.

Ella asintió, pero me di cuenta de que había algo más.

—Sin peros —dije—. Quiero casarme contigo. Quiero apoyarte cuando lo necesites y construir una vida contigo. Quiero esperarte en la cama cuando te quedes hasta tarde escribiendo. Quiero despertarte con besos y pedirte que no seas demasiado dura contigo

misma ese día. Quiero protegerte de los horrores de este mundo y compartir contigo la luz. Quiero follarte y recordarte que siempre has sido mía por si alguna vez se te olvida. Y quiero adorarte hasta compensar el tiempo que hemos pasado sin estar juntos porque no luché por lo nuestro.

Frankie se quedó muy quieta por un momento.

—Dime que me quieres —me pidió.

—Te quiero, Frankie Rossi. Te amo como las polillas aman la luz. Con desesperación. A ciegas. Y hasta el fin de mis días.

12

FRANKIE

—Tu tatuaje de la polilla... —susurré.

Turner me besó. Fue un beso profundo, con mordisco incluido.

—Sí.

—Nunca me dijiste qué significaba. Tú...

—Sí —repitió antes de volver a besarme.

Un gemido se escapó al sentir los labios y la lengua de Turner, y al comprender lo que estaba admitiendo.

«Te quiero, Frankie Rossi. Te amo como las polillas aman la luz. Con desesperación. A ciegas. Y hasta el fin de mis días».

Me puse de pie, junté las manos detrás de su cuello y me dejé caer un poco hacia atrás para que soportara mi peso mientras permanecía plantado al borde de la cama. Quería trepar por él, colarme en su interior, quedarme allí para siempre. La necesidad y el anhelo reprimidos brotaban de mí en oleadas, haciéndome sentir inquieta.

Se había hecho un tatuaje, el primero, a los dieciocho años, y nunca me había dicho qué significaba. Al parecer, esas alas de tinta que tanto me gustaban eran... eran para mí.

Por mí.

—¿Por qué no me lo dijiste? —me quejé contra sus labios—. Si me lo hubieras dicho...

Me agarró de la cintura y nos hizo girar hasta que quedé sentada a horcajadas sobre él.

—Lo sé. Ahora ven aquí. —Se dio unas palmaditas en el pecho—. Castígame por no habértelo dicho.

Entonces caí en lo que me estaba pidiendo.

—Yo nunca...

Vi en sus ojos el mismo deseo que había visto antes en el *jacuzzi*, y en ambos casos me había dejado sin aliento. Apretó la mandíbula y me agarró el culo.

—Siéntate en mi cara. Déjame ser tu primer algo.

Noté algo más que excitación en el pecho. Quería probarlo. Quería probarlo todo con él. Quería...

—Sé también mi último. Sé mi último en todo, Turner.

Él soltó un gruñido tan profundo que noté como le vibraba el pecho. Tiró de la almohada que tenía debajo de la cabeza y la lanzó hacia un lado, luego me levantó y me subió encima de él.

Unas ganas debilitantes se apoderaron de mí cuando miré hacia abajo y encontré su cabeza entre mis rodillas.

La imagen me pareció una fantasía de las que mi mente inventaba a altas horas de la madrugada. Se parecía a muchas de las que había tenido a lo largo de los años.

Sus palmas pasaron de estar en mi culo a bajar por los muslos, reconfortándome.

—Dame las manos —me ordenó. Lo hice y él me las acercó a su cabello castaño, húmedo y rebelde—. No tengas miedo de agarrarte fuerte, ¿vale? Estoy a punto de ponerme un poco salvaje.

Asentí y él no perdió el tiempo. Me agarró de la cadera y tiró hacia abajo para presionarme contra su boca. Me apartó las bragas a un lado y empezó a devorarme, exactamente como había prometido. El placer me inundó y me hizo inclinar la cabeza hacia un lado. Turner respondió gruñendo de placer mientras me metía la lengua.

Las rodillas me fallaron y mi peso recayó completamente sobre él.

Emitió un sonido de aprobación y me dio un apretón posesivo, instándome a moverme, a acompañar cada lametón y cada embestida con mi cuerpo.

Al ver que le hacía caso, me recompensó moviendo la boca hacia el clítoris, y no sé qué cojones hizo, ni cómo, ni si la reacción que provocó en mí pertenecía a este universo, pero vi las estrellas. Estrellitas centelleantes que brillaban cuando cerraba los ojos, mientras me aferraba a su cabello como si mi vida dependiera de ello.

Seguí moviéndome sin soltarle esa melena que le hacía parecer tan ridículamente sexi, tan él, tan mío. Era como si hubiera estado esperando este fin de semana toda la vida. El reencuentro, este momento...

—Más fuerte —gruñó desde debajo de mí. Bajé la mirada. Madre mía. Hicimos contacto visual y fue la imagen más erótica que había visto en mi vida—. No pares.

Seguía muy aturdida, pero noté cómo me apretaba las nalgas y me daba un azote para motivarme.

Dios mío. Aquello me estaba encantando, flipando, alucinando. Solté un gemido y aceleré el ritmo. Le tiré del pelo, exigiendo más.

Él repitió la secuencia y esta vez añadió lo que unos segundos antes le había hecho a mi clítoris.

—¡Turner! —grité. Sí, grité—. Me voy a correr. Dios mío, Turner, estoy...

Se me nubló la vista cuando añadió el pulgar a la ecuación. Le bastó un toque para que empezara a retorcerme contra esa cara suya tan bonita. Tuve una experiencia extracorpórea que culminó con un «Joder. Te quiero».

Porque es que, joder, le quería mucho. Más de lo que había querido a nadie y más de lo que le había querido a él hasta ese día. Y no tenía nada que ver con que me hubiese provocado un orgasmo increíble, sino con todo lo que nos había llevado a ese preciso instante, con lo que me hacía sentir tan conectada a él. Tan cerca. Tan íntimamente entrelazada. Como si esa soledad que tanto odiaba finalmente hubiera terminado.

—Me encanta ver cómo te corres, Frankie.

Me dejé caer a un lado.

—Ese bigote es mágico. Felicidades, señor panadero.

Él soltó una carcajada antes de incorporarse sobre un codo. Le brillaban los labios gracias a mí. De hecho, no solo los labios; también las comisuras de la boca, la barbilla y el bigote.

—No pienso afeitármelo nunca —murmuró mientras me recorría el cuerpo con la mirada—. A no ser que tú me lo pidas.

—No cuentes con ello. Y también voto por que te quedes con el *mullet*.

—Tus deseos son órdenes —me dijo con seriedad antes de sellar el trato besándome. Fue un beso lo bastante intenso como para que notara mi sabor en él.

El placer brotó en lo más profundo de mi vientre. Perezoso pero firme. Otra vez. Así de rápido. No sé cómo, pero siempre estaba ahí.

Turner fue quien rompió el beso.

—Veía tu tatuaje, mi marca en ti, mientras me cabalgabas la cara. Ha sido impresionante.

Tragué saliva. Ese remolino de calor se duplicó y se expandió.

—¿Impresionante?

—Sí. —Me rozó un pezón con la mano y luego la deslizó por mi escote, ayudada por el sudor que aún se aferraba a mi piel—. Me vuelve loco.

Era oficial: volvía a estar excitada. No era ni medio normal después de aquel orgasmo tan intenso. Por eso cuando Turner se inclinó y le dio un beso a su marca en mí, como él la llamaba, y luego la lamió, no pude evitar jadear.

—Las palabras no se me dan tan bien como a ti —dijo apartando la boca de mi pecho. Esa mano diabólica volvió a su sitio. Me acarició el costado con los dedos, provocándome cosquillas en las costillas, en el vientre, en la cadera. Sentí su pene presionándome el muslo con una dureza y un calor desesperantes—. Me...

—No —le interrumpí, inquieta de nuevo—. Claro que se te dan bien. Mejor de lo que crees. Incluso diría que se te dan genial. Pero aun así te voy a pedir que te calles y me folles.

La carcajada que soltó fue como un trueno, profundo y sonoro. Hizo que todo mi cuerpo temblara. Era una fuerza implacable.

Se puso encima de mí, colocando los codos a ambos lados de mi cabeza, aprisionándome contra un colchón que rebotaba bajo nuestro peso.

—¿Quieres que te folle?

Asentí.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca —murmuró.

No era bonito. Nada de esto era bonito porque... Joder. Turner no perdió el tiempo. Me agarró las muñecas con una sola mano y me elevó los brazos por encima de la cabeza. Arqueé la espalda debajo de él, y no fue hasta después de quitarme las bragas, evaluar la nueva posición y gruñir con satisfacción cuando dejó caer todo su peso sobre mí.

Un gemido idéntico se nos escapó al entrar en contacto.

Fue glorioso. Pero yo quería que se moviera. Que hiciera algo. Me retorcí, sintiendo su pene contra el vientre. Palpitante. Era enorme. Su cuerpo pesaba bastante, pero me encantaba tenerlo encima. Necesitaba decírselo.

—Me encanta que seas así de grande.

Me empujó una pierna hacia arriba con un movimiento brusco de rodilla y luego acercó la boca a mi oído.

—Y tú eres perfecta. Seguro que vas a poder conmigo sin problema, cariño.

Iba a intentarlo, eso seguro, así que levanté la cadera, impaciente y ansiosa. La sensación de su piel rozándose contra la mía me volvía loca de deseo.

—¿Con o sin condón? —me preguntó con voz grave, hundiendo la nariz en mi cabello y acariciando mi zona íntima con su miembro, aprovechando los frutos del orgasmo que acababa de provocarme—. Tengo uno, pero no hace falta que lo usemos a menos que tú lo prefieras. Tú decides.

—Sin —susurré, entendiendo lo que quería decir y reacia a esperar más—. Tomo la píldora. Te quiero dentro de mí. Ya.

Turner volvió a acercar su boca a la mía y, esta vez, cuando me besó, supe que no era una recompensa por haberle dejado follarme

sin condón; era una forma de decirme que apreciaba que confiara en él.

Mi gemido de aceptación e impaciencia lo puso de nuevo en marcha. Reanudó el movimiento de caderas y tiró de mis brazos inmovilizados, como si quisiera preparar mi cuerpo para lo que se venía. Se posicionó entre mis muslos y comenzó a empujar. No encontró resistencia. Estaba completamente empapada.

—Di que eres mía —exigió. Se había quedado quieto y con la respiración entrecortada.

—Soy...

Empujó sin piedad.

—¡Tuya! —terminé con un gemido.

—Así es. —La sacó y... madre mía. La combinación del tamaño de su pene, el peso de su cuerpo y la dureza con la que me estaba dando lo que quería, hacía que estuviera a punto de cruzar la línea de meta antes de tiempo—. Siempre lo has sido. —Otra embestida —. Y siempre lo serás. —Y otra más—. Eres mía.

Jadeé en busca de aire mientras él seguía hundiéndose en mí, sin esperar más confirmación. Mejor, porque yo me estaba dejando llevar por la sensación, por el vaivén y el sonido de sus gruñidos y mis gemidos, por los «más» y los «sí» que se me escapaban entre dientes. Después de eso, todo se intensificó. Su ritmo se volvió implacable. Me sujetó las muñecas con tanta fuerza que supe que me saldrían moretones. Cada embestida me empujaba más y más hacia arriba en el colchón.

Turner se enderezó y se puso de rodillas, sin dejar de moverse ni salir de mí. Vi cómo se le contraía esa piel tan bonita cubierta de tinta negra con su respiración entrecortada. Me miró a los ojos.

—Necesito follarte muy duro, cariño. Dime otra vez que puedo.

—Puedes.

Me atrajo una rodilla al pecho con la mano libre y, cuando cambió el ángulo, sentí la necesidad de aferrarme a las sábanas con un ruego sonoro.

Más. Lo necesitaba todo. Necesitaba correrme. Ahora.

Una advertencia brilló en sus ojos y yo incliné la barbilla hacia abajo con un nuevo gesto de asentimiento, dándole permiso para dejarse llevar y arrastrarme con él. Cuando volvió a penetrarme, lo hizo con tal fuerza que a mí me dejó sin aliento y a él se le escapó un grave gruñido. Y entonces Turner me folló. Me folló de verdad. Se había asegurado de que cada célula de mi ser le perteneciese. No fue delicado con aquellas partes de mi cuerpo que ansiaban lo contrario. Me lo dio todo. Me entregó su cuerpo sudoroso, desnudo, bruto, sólido y cariñoso como solo él sabía hacerlo.

—Sabía que podrías conmigo —dijo con un jadeo y un ritmo cada vez más errático—. Siempre supe que estabas hecha para mí. —Las gotas de sudor le corrían por el cuerpo, su respiración era superficial y se le empezaron a contraer los músculos de las piernas por lo que se avecinaba. Su cuerpo y el mío formaban un mismo latido—. Uf. Joder, Frankie. Córrete conmigo, cariño, por favor. —Se quedó quieto, apretándome las muñecas, la cadera, dejándome marcas en la piel. Llevándome al límite. Empujándome por el precipicio. Obligándome a saltar con él—. Hostia puta, siento cómo te corres.

Hostia puta, en efecto.

Yo también lo sentía a él. Por todas partes.

Me quedé sin fuerzas. Saciada. Feliz.

Por fin era de Turner.

La palma de Turner descansaba sobre mi vientre mientras me acariciaba con el pulgar la piel bajo el ombligo.

—Ojalá pudiera contarle al Turner de diecisiete años lo que acabamos de hacer —confesó—. Si hubiera sabido que gritarías mi nombre de esa manera, no habría estado de tan mala leche a todas horas.

Me giré hacia un lado para poder verle bien la cara.

Había pasado un buen rato y seguíamos tumbados en la cama. Desnudos y achicharrados por el calor de nuestros cuerpos y por el fuego que Turner había encendido poco después de que se activara el generador de emergencia. Me mudaría a la *suite* nupcial para siempre, lo tenía todo.

—No estabas de mala leche —repliqué—. Estabas callado y pensativo.

Turner se rio entre dientes.

—Claro que estaba de mala leche. No podía tener a la chica que quería.

Sentí un vértigo que nunca había experimentado. No me podía creer que estuviera recordando el pasado con esa sensación en vez de con la tristeza que siempre acompañaba a los recuerdos.

—¿Por qué al Turner de diecisiete años? —le pregunté. Y, al ver que no respondía, le hice cosquillas en el costado—. Dímelo. No puedes soltarlo y no decirme por qué. Venga. Porfi.

Turner me agarró la mano y se la llevó a los labios. El bigote y la barba incipiente me hacían cosquillas en la piel.

—¿Te acuerdas del primer verano que fuimos a Ferry Beach, cerca de Camp Ellis? —dijo finalmente—. Cuando te recogí, llevabas una de esas camisetas que solías arreglar. La de Fleetwood Mac. Le

habías cortado las mangas y la parte de abajo. Había quedado mucho más corta que cualquiera de tus otras camisetas. Llevabas el pelo semirrecogido en uno de esos moños en la parte superior de la cabeza. Y cuando toqué el claxon y saliste por la puerta... Estuve semanas fantaseando. Puede que incluso meses.

Abrí los labios con sorpresa y él sonrió.

—Recuerdo perfectamente ese día. Aquel fue uno de mis veranos favoritos.

—Viniste corriendo hacia mí —continuó—. Ibas lanzada, como si estuvieras dispuesta a ganar a cualquiera que se atreviera a competir contigo. A partir de ese momento, me resultó imposible negarlo.

—Intentaba ganar a Ric —dije—. Yo siempre pedía ir delante y él nunca lo respetaba. Ese día le gané y me senté delante contigo. Cuando apoyaste el brazo detrás de mi reposacabezas para dar marcha atrás, te juro que casi se me va la pinza y te pido que me beses.

Turner se rio. Cuando la risa se desvaneció, me acarició la mandíbula con el dorso de la mano con una ternura que parecía imposible.

—Odio no haber estado ahí para ti este año. No quiero que te sientas sola. Ni triste. Ni asustada.

Le di un beso en la palma, luego en el dorso, justo sobre esas preciosas líneas tatuadas que ahora nos unían.

—No puedo prometerte que nunca volveré a estar triste, porque... puede que pase. Pero, si estoy contigo, dudo que sea capaz de sentirme sola.

—Sé que tienes miedo, Frankie —dijo en voz baja, pero con ese tono severo que me indicaba que hablaba en serio—. Yo también. No dejo de pensar en lo impotente que me sentiría si te hubieras quedado atrapada aquí sin mí. Lo aterrorizado que estaría. Pero quiero dejar una cosa muy clara: lo que haya hecho ese psicópata no es culpa tuya. ¿Entendido? Es solo culpa suya. Tener un momento de debilidad no te convierte en una persona horrible. Aquí la única persona horrible es él por aprovecharse de tu vulnerabilidad.

Asentí con la cabeza. No había palabras para describir lo que sentía por este hombre. Quería guardar esa sensación en mi pecho y cuidarla para que me ayudara a luchar contra la oscuridad. No solo tenía miedo; estaba aterrorizada. Aterrorizada de saber que él estaba aquí, en este hotel, atrapado con nosotros en algún lugar fuera de la burbuja de esta *suite*. Aterrorizada de que dicha burbuja no fuera lo suficientemente segura, que estallara y que Turner saliese herido de alguna manera por estar conmigo. Ese hombre lo había llamado Elliott. A mí, Eden. A sí mismo, Enzo. Me había pasado años creando un villano que él conocía tan bien como yo. La posibilidad de que quisiera meterse en el papel era... jodida. Aterradora.

Me acurruqué más cerca de Turner, apoyando la cabeza en su pecho, y tomé la decisión de dejar de darle vueltas al coco y limitarme a estar con él. A estar presente. A saborear ese momento, ya que me parecía un poco mágico, especial y frágil, como todas las cosas raras y únicas.

—Cuéntame más cosas que no sé —le dije—. Cosas alegres. Algo bonito.

Me acarició el pelo, jugando con los mechones, un poco distraído.

—El mes pasado estuve en Nueva York por trabajo. Me acordé de ti. Me sorprendió que decidieras mudarte a Boston. En mi mente, si alguna vez te ibas de Maine habría sido para mudarte a Nueva York. ¿Cómo es que no fue así?

—Lo pensé —admití—, pero me parecía un reto demasiado complicado. Como si fuera de flipada mudarme allí, cerca de mi editora y demás. Boston me parecía mucho menos intimidante. Me encanta la costa y la historia, y me encanta la zona donde vivo, en Back Bay. La señora Flanagan me trae sobras de asado los domingos y se queda un rato para contarme cosas de sus hijos, que ya son bastante mayorcitos. Un día me contó que su hijo mayor había conocido al amor de su vida y, por cosas del destino, acabó siendo tema de conversación en un pódcast de cotilleos de alcance nacional. —Me reí—. Pero he preguntado para que hablaras tú, no yo.

—Me gusta que divaguemos juntos.

Echaba de menos poder ser yo misma con él. Más que gustarme, me encantaba poder estar así. Le di un beso en el pecho, justo en un trozo de piel donde no había ningún tatuaje.

—Ahora cuéntame sobre Nueva York y ese viaje de trabajo. Me interesa.

—Un chef me invitó a ver los planos de un restaurante que está a punto de abrir.

Giré la cabeza rápidamente en su dirección.

—¡Un chef! Turner, qué pasada. ¿Por qué no me lo habías contado?

Contuvo una sonrisa de satisfacción.

—¿Estás orgullosa?

—Siempre lo he estado, pero esto es increíble. —Volví a apoyar la cabeza donde estaba y le di un fuerte abrazo—. Ya era hora de que alguien fuera lo bastante inteligente como para llamar a tu puerta y pedirte de rodillas que trabajes con él.

—«De rodillas» quizá sea pasarse, pero sin duda está interesado. Nos conocimos en una convención unas semanas antes. Odio los eventos multitudinarios, pero le prometí a Ric que iría. Un día me sentó y me presentó un plan para ampliar mis horizontes empresariales. Con diapositivas de PowerPoint y todo.

—Típico de Ric.

Él hizo un sonido de asentimiento.

—El chef es español. Demasiado guapo y talentoso para su propio bien. Si te soy sincero, no creo que me necesite, pero busca asociarse con alguien que se encargue de preparar masas y productos de repostería para el local que va a abrir en Brooklyn.

Hubo una breve pausa. La mano de Turner había vuelto a la parte posterior de mi cabeza, y la combinación de su voz y su tacto relajante hizo que mi cuerpo se fuera relajando gradualmente contra el suyo.

—¿Qué más?

—Te imaginé allí conmigo, Frankie. A cada paso que daba, te veía. Encajarías enseguida, sin importar las expectativas que te hayas fijado ni el éxito que tengas ahora o en un futuro. No existe ningún reto demasiado complicado para ti, cariño.

Mi corazón se llenó de alegría. Cerré los párpados.

—¿Nos imaginaste a los dos juntos?

—Sí. No pude evitarlo. No digo que quiera irme de Portland, pero una parte de mí se imaginó cómo sería. Contigo a mi lado.

El sueño se empezó a apoderar de mí. Mi conciencia viajó a ese lugar que Turner ilustraba con sus palabras.

—Podríamos planteárnoslo.

—Podemos ir a pasar un fin de semana. Echar un vistazo a esa parte de Brooklyn. Te presentaría a Lucas. Su mujer te caerá genial. Ella también es escritora, de romántica. He leído uno de sus libros y va de viajes en el tiempo.

—No tengo amigas escritoras en la vida real —dije. Noté que mi voz sonaba algo confusa por el sueño—. ¿Crees que le caeré bien?

—Estoy seguro. También tienen un perro. Te encantan los perros. Un día podemos ir a la protectora y llevarnos al perrito o perrita más triste que haya. Me encargaré de haceros felices a los dos.

«Ya soy feliz», pensé.

Pero no llegué a verbalizarlo. La realidad se había colado en mis sueños y yo bailaba entre ambos mundos. En uno estaba con el hombre que tenía en mis brazos, pintando el lienzo que había colocado frente a nosotros. Y en el otro reflexionaba sobre la dura constatación de que, por mucho que quisiera olvidar lo que me esperaba fuera de esa cama, de esa *suite* nupcial, de esa burbuja, la realidad seguía ahí. La tensión iba en aumento y ya no podíamos seguir fingiendo que no existía para vivir el momento. No podíamos seguir fingiendo que todo esto era normal.

No lo era.

Y tenía el presentimiento de que íbamos a confirmarlo más pronto que tarde.

13

FRANKIE

El estruendo de una alarma me despertó sobresaltada.

Abrí los ojos y enseguida encontré los de Turner. Sus manos me recorrieron el cuerpo, frenéticas.

—Estoy bien —le aseguré. Le agarré la cara por las mejillas—. Tú también estás bien, ¿verdad?

—Sí —confirmó—. Es la alarma de incendios. ¿Hueles eso?

—Humo —susurré. El olor era tan penetrante como el estridente ruido de la alarma—. Dios mío, Turner. Hay un incendio en el hotel.

Las manos de Turner desaparecieron. Sus labios capturaron los míos de forma fugaz, con prisas. Después se levantó y se puso en marcha, alejándose de mí, de la cama. Parpadeé para adaptarme a la oscuridad. La chimenea se había apagado, lo que explicaba el frío que sentía. Cuando volví a mirarlo, se estaba subiendo la cremallera de los vaqueros y se dirigía a grandes zancadas hacia un interruptor.

Intentó encender la luz.

—Nada —dijo soltando un par de insultos. Giró la cabeza y ahora podía verlo mucho más claro. Había un resplandor extraño. Venía de algún lugar exterior y se filtraba en la habitación. ¿Qué hora era? Turner me apoyó las manos en los hombros. Estaba con el torso desnudo. Yo seguía completamente en bolas—. Quiero que te

pongas algo de ropa. Y unas botas. Tan rápido como puedas. Prepárate, yo ahora vuelvo, voy a...

—No —espeté—. No vas a dejarme aquí sola. Ni hablar.

—Tengo que asegurarme de que no nos está esperando en el pasillo, Frankie. No pienso sacarte de esta habitación hasta asegurarme de que no está ahí.

Tragué saliva.

—Iré contigo.

Él negó con la cabeza.

—Ropa. Botas. Dos minutos como máximo.

—Regla número uno del terror, ya sea en películas o libros, incluidos los *thrillers*: no hay que separarse en grupos.

Apretó la mandíbula. Sabía que tenía razón.

—Volveré. Te lo prometo.

Dios mío. Esa era la regla número dos. No se hacen promesas. Siempre acaban rompiéndose.

—Turner...

Me dio un beso en la frente y cerré los ojos por un instante, consciente de que era inútil intentar detenerlo. Me quedé callada, negándome a decir «te quiero» o «ten cuidado» o cualquier otra de esas frases cliché que se usaban siempre, también en mis libros. Siempre implicaban que algo malo estaba por venir. Esa era la regla número tres.

Cuando abrí los ojos, no había ni rastro de él. La alarma seguía sonando y la oscuridad seguía teniendo esa extraña textura. Me puse de pie y empecé a buscar la ropa. Cualquier prenda. No encontré nada, así que corrí hacia la maleta, la abrí y cogí lo primero que encontré. Me puse unas mallas y una sudadera con capucha, sin

detenerme a buscar ropa interior ni calcetines. El tiempo corría y Turner iba a llegar en cualquier momento. Porque iba a volver. ¿No habían pasado ya los dos minutos?

¿Y dónde estaba mi móvil? ¿Y mis botas?

Di varias vueltas, levantando cosas que no tenía sentido mover. Una silla. Una papelera. Una almohada. Ni rastro del teléfono ni de las botas.

De pronto, tuve el recuerdo de la noche anterior en el *jacuzzi*. Mierda. No habíamos cogido la ropa. Pero los móviles... Los móviles sí estaban dentro de la habitación, ¿verdad?

¿Verdad?

Una extraña sensación me invadió. Como un presentimiento. Un instinto. Me acerqué a las puertas de cristal y corrí las cortinas.

Se me encogió el corazón. El origen de aquel resplandor naranja y mantecoso venía de allí. Justo al lado del hotel. No era el amanecer, aunque el cielo empezaba a clarear. Había un incendio fuera. Lo veía a través de los paneles de cristal del solárium, ahora teñidos por las llamas granate que derretían el manto blanco que hace unas horas lo cubría todo.

Era un mensaje de Enzo. No. De Enzo no. De él. Del acosador. Solo que este no iba acompañado de nada más que puro terror.

Dios mío, ¿en qué me había metido? ¿En qué había metido a toda esta gente y cómo podía arreglarlo si no sabía ni qué significaba todo aquello?

Esa sensación tan familiar me inundó el pecho y me creó un nudo en el estómago. Era el giro de guion final. Me había puesto un montón veces en el lugar de Eden desde el otro lado del teclado. Esta vez no era la escritora, sino la chica que llegaba viva al final.

Era el último asalto. Ese hombre estaba cosechando lo que había sembrado. «No hay nada más aterrador que lo desconocido», había escrito en uno de mis libros. «Por eso le tememos a la muerte. Villanos, héroes; a todos nos llega nuestra hora».

Turner. Tenía que sacarlo de allí. ¿Dónde estaba? ¿Y dónde...?

Algo se iluminó a unos metros de mí, al otro lado de las puertas que daban al solárium.

Era mi móvil. No entendía cómo había llegado ahí, pero sabía por qué estaba en el solárium.

Para que saliera afuera.

Me di cuenta de que había deslizado la puerta de cristal hacia un lado y había puesto un pie sobre el suelo de madera, mucho más frío, cuando un escalofrío me recorrió los brazos. Estábamos rompiendo todas las reglas y cayendo en todas las trampas que él había puesto, haciendo honor a todos los clichés, pero ¿qué otra opción teníamos? Él me buscaba a mí y, por mucho que me hubiera dejado proteger por Turner, era yo la que había traído a ese hombre aquí. Si me hubiera querido matar, ya lo habría hecho. Primero quería otra cosa. A mí. Y yo tenía la absoluta y terrorífica certeza de que no pararía hasta conseguirlo.

Con las piernas temblorosas, avancé. El crepitar del fuego rugía tan fuerte que era casi imposible ignorarlo, pero mantuve la mirada fija en el móvil que tenía delante.

Estiré el brazo para cogerlo. La pantalla se iluminó. Había una notificación de airdrop. La acepté.

Era una foto de nosotros. Turner y yo. La noche anterior, de pie en el solárium, tomada desde fuera.

Otra notificación.

Una foto en la que se apreciaba el contorno de la parte superior de nuestro cuerpo a través del cristal empañado, en el *jacuzzi*. Mis brazos alrededor de su cuello.

Ping.

La silueta de mi cuerpo sentada en el borde, con la cabeza de Turner entre las piernas.

Ping, ping, ping.

Nosotros corriendo para volver adentro. Turner echando un vistazo afuera a través de las cortinas. Nosotros en la cama, solo parcialmente visibles a través de una rendija en las cortinas.

Me entraron náuseas. Tuve una arcada. Sentí que iba a vomitar.

Ping.

Turner con el torso desnudo. De rodillas, con la cabeza inclinada hacia delante y la barbilla apoyada en el pecho.

Ahogué un grito. El teléfono se me resbaló de las manos, cayó al suelo y se deslizó unos metros.

—Qué pena —dijo una voz—. Tengo más fotos como esas.

Me giré lentamente.

Abrí los ojos horrorizada.

Turner estaba de rodillas, con las manos en la espalda, y había un hombre de pie frente a él. «Enzo», gritó mi mente. Solo que no se parecía en nada al personaje con el que había pasado tanto tiempo. No era ficticio. Era real. Ese hombre era alto y delgado, con una barbilla puntiaguda y una nariz afilada. Iba cubierto de pies a cabeza con ropa técnica, como si estuviera listo para salir de excursión o acabara de regresar de una. Lo había visto antes. No recordaba dónde ni cuándo, pero lo había visto.

—Suéltalo —le dije con la voz ronca y temblorosa—. Deja que se vaya y haré lo que quieras.

El hombre se rio.

—No —gruñó Turner.

—Es curioso —dijo el acosador, mirándome a los ojos—. Él ha dicho lo mismo. Ni siquiera he tenido que usar esto. —Se sacó una pistola del cinturón. Una puta pistola. Dios mío—. Lo único que he tenido que hacer ha sido decirle que si no me dejaba atarle las manos a la espalda le diría a mi cómplice que te matara. La verdad es que no hacía falta golpearle la cabeza, pero me ha parecido que le daba un toque interesante. Al fin y al cabo, su inesperada presencia me ha complicado los planes y me ha sacado de quicio.

Desvié la mirada hacia Turner para comprobar si tenía alguna lesión visible. No encontré ninguna, pero parecía aturdido. ¿Cómo de fuerte le había golpeado? ¿Le habría causado una conmoción cerebral? ¿Dónde estaba ese cómplice?

—Sois muy crédulos los dos —continuó el hombre con un tono de... ¿decepción?—. No tengo ningún cómplice, solo soy yo. Y esperaba más de ti, Frankie. Lo de anoche en el *jacuzzi*... Venga ya, eres una escritora experimentada. Vaya cagada. Me hace preguntarme si todo lo que he hecho ha valido la pena. Tenías mucho potencial cuando nos conocimos. Ahora te dejas distraer por... los hombres. ¿No ves que le quitan valor a tu don?

Exhalé un suspiro entrecortado. ¿«Cuando nos conocimos»? ¿«Tu don»? Me devané los sesos buscando una respuesta, una forma de encontrarle sentido a esas dos cosas, pero entonces Turner se movió. Levantó la cabeza como si intentara mantenerse despierto. Tenía que sacarlo de allí. Rápido. Debía encontrar la forma de

distraer a esa persona para que Turner pudiera marcharse. No. Siendo realista, no se iría de ahí sin mí. Dios. ¿Y si Turner intentaba plantarle cara? Tenía que mantener la atención del hombre centrada en mí para evitar que le volviera a hacer daño a Turner.

Di un paso hacia el acosador.

—En tus cartas me hablabas de esto. De mi don. Me hiciste creer que era especial y, durante un tiempo, fuiste el único que lo creía.

Inclinó la cabeza pensativo, meditabundo, y dio un paso adelante, dejando a Turner detrás de él.

—Es que eres especial. Siempre lo has sido.

Me repugnaba escuchar las palabras que Turner me había dicho saliendo de la boca de ese hombre, pero decidí hacer de tripas corazón. Me moví hacia un lado, tratando de alejarlo más, pero él me detuvo con un chasquido.

Levantó la mano que sostenía la pistola.

—Quédate donde estás, Frankie, cariño. —Su sonrisa era burlona —. ¿Debo llamarte así? Suena cursi. Aunque a ti siempre te ha ido ese rollo. Tus libros están cargados de amor. Sexo. Casi siempre bien construidos. Se me ocurren muchos escritores que matarían por tener esa capacidad y esa dualidad.

La palabra «matarían» resonó en mis oídos. Sentí una nueva oleada de inquietud.

—¿Escritores? ¿Tú eres escritor?

—Lo fui hace tiempo —admitió encogiéndose de hombros. Dio otro paso. Luego otro. Y un tercero. Me invadió una sensación de alivio al ver la distancia que había ahora entre él y Turner—. No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Volví a rebuscar en mi mente para ver si encontraba algo, cualquier cosa, pero no hubo suerte.

—Ayúdame a recordar. Estoy segura de que no te he olvidado por completo. ¿Cómo te llamas?

Sus labios se curvaron hacia abajo.

—Supongo que si me rechazaste fue por algo. Nunca se me ha dado bien eso de ser memorable.

—¿Tuvimos... una cita en algún momento? —le pregunté, aunque no recordaba haber salido con nadie desde que estaba en Boston—. ¿Me invitaste a ir a tomar algo? Sabes que no salgo mucho de casa. Pero, si me lo pediste y yo no te correspondí, probablemente fue porque ni siquiera me di cuenta de que te estabas insinuando.

Él se rio como si la idea fuera descabellada.

—Pues sí que te causé poca impresión. Hay que ver... Es una pena, porque habríamos hecho una gran pareja. Nada de esto habría pasado. Conmigo habrías sido una estrella.

Fue entonces cuando caí.

Esas palabras.

Alguien me había dicho eso una vez. Un editor que conocí cuando estaba en proceso de encontrar una editorial que quisiera publicar mi libro. Había recibido llamadas de varias, lo cual es poco habitual, pero así de bueno era lo que había escrito. Me sorprendió y emocionó mucho esa acogida. Era raro que los autores noveles pudieran elegir entre varias editoriales.

Hubo un editor de la editorial Clear River Press que me prometió que con él sería una estrella.

—Peter —susurré—. ¿Peter Loomis?

Su expresión cambió. Se rio y luego sus rasgos se torcieron, dando paso a la desesperación. Me recordaron a las cartas que me mandaba. Eran confusas. También ingeniosas e inteligentes, y a la vez impredecibles en sus halagos.

—Al final resultará que sí soy un poco memorable.

—¿Por qué? —pregunté tragando saliva—. ¿Por qué haces esto? ¿Porque te rechacé?

—¿Por qué? —repitió—. Porque estás cayendo en el olvido, Frankie Rossi. Porque mi trabajo consiste en buscar talento, desarrollarlo, llevarlo a su máximo potencial, darle forma, convertirlo en algo grande. Y tú te estabas marchitando. Encogiendo. Deteriorando. Tu talento está en las últimas, ¿no te has dado cuenta?

Apreté la mandíbula. Sus palabras me dolían, mucho más de lo que esperaba. Eran la confirmación de todas mis inseguridades, de aquello que llevaba tiempo viendo con mis propios ojos, pero que aún estaba en proceso de aceptar. No podía racionalizarlas ni ignorarlas. Sentí que me golpeaban y dejaban una marca que sabía que llevaría conmigo después de ese día, si es que salíamos de esta. Bueno, teníamos que salir de esta sí o sí.

Eché un vistazo en dirección a Turner. Seguía de rodillas. No estaba del todo inconsciente, pero era evidente que tampoco estaba en plenas facultades.

—No te preocupes —dijo Peter, atrayendo mi mirada hacia él justo cuando avanzaba un poco más en mi dirección—. No voy a matarlo. Ni a ti. Sé que en cierto modo sería poético. El final que todos esperan. Pero mis giros de guion tienen algo de lo que carecen los tuyos, Frankie, y es la imprevisibilidad.

—¿Es eso lo que quieres, Peter? —pregunté con el pecho agitado —. ¿Criticarme? Entonces, ¿qué necesidad hay de montar todo este paripé? ¿Por qué juegas conmigo? Lo único que tenías que hacer era enviar un puto correo electrónico.

Su sonrisa era vacía.

—Porque así puedo plantar las ideas en la cabeza de los demás, por qué si no. El público está observando, Frankie. Y yo he ido dejando pistas. Es una de las claves: generar inquietud. Las piezas no tienen sentido hasta que encajan, y ahí es donde finalmente entro yo en escena. Lo cual —hizo una reverencia— nos trae aquí.

Había empezado a hablar más rápido, como un maníaco. Y todavía tenía la pistola en la mano. Intenté bajar el tono de voz y hablar con calma.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que estás haciendo? ¿Editando el desarrollo de mi vida?

—Bingo —confirmó dándose un golpecito en la cabeza con la boca del arma—. He ido dejando los comentarios en los márgenes, Frankie. Solo tienes que introducirlos. Y cuando veas el final que tengo en mente... Te encantará, ya verás, es perfecto. ¿Qué fue eso que dijiste el día de la presentación de *Miel oscura*? Ah, sí, es «el lacito con el que envuelves todos estos años de trabajo». Por cierto, yo también fui. Se te veía tan triste que me dieron ganas de seguir a tu editora hasta su casa y convertirla en un recurso narrativo. Esa mujer nunca estuvo a la altura. Tendrías que haber sido mi autora. Mía. Yo podría haberte ayudado a pulir todas las imperfecciones que ella dejó pasar en ese libro, o en cualquiera de los otros, pero, bueno, qué se le va a hacer. Soy consciente de que lo has pasado

mal últimamente, así que lo entiendo. Era inevitable que acabara afectando a tu trabajo.

Después de ese discurso, el oxígeno ya no me llegaba a los pulmones.

Era mucho peor de lo que había imaginado. Era horrible. Una pesadilla.

—¿Estás intentando calcular cuánto tiempo hace que te sigo la pista? —me preguntó.

Asentí con la cabeza. No podía hablar.

—Desde que se me escapó *Lobos de noche*, obviamente. Al principio era por motivos puramente egoístas. Necesitaba entender por qué no habías querido publicar conmigo. Pero poco a poco me di cuenta de que quizá te habían engañado. Esta industria es salvaje. Más de lo que la mayoría de la gente cree. Yo lo sé bien, me han decepcionado varias veces. Así que decidí ayudarte de todas formas. Cuido muy bien de mis autores, y tú eres muy joven y especial. Has sido la única por la que he hecho esto. Aunque creo que lo sabes. Creo que era evidente al leer esas cartas.

Vomitivo. Se me estaba revolviendo el estómago. Me sentía... ultrajada. De una forma que nunca había experimentado. Por él y por mí misma. No me podía creer que hubiera llegado a apreciar esas cartas. A apreciarlo a él. ¿En qué clase de monstruo me había convertido?

—Nada de esto es por mí —me esforcé en decir—. Es por ti. No insinúes que yo he aceptado nada de esto.

Aquello pareció dolerle de verdad. Peter volvió a levantar la mano con la pistola y, aunque no me apuntó, no pude evitar sobresaltarme.

—¡Claro que lo aceptaste! —exclamó Peter—. No puedes pedirme que pare ahora. No me harás arrepentirme de esto, Frankie Rossi. Vas a escucharme. Tengo la respuesta a todos tus problemas. Sé cómo impulsar tu carrera, tal y como querías. Y vas a dejarme hacerlo.

Turner se había despejado por el alboroto y, a diferencia de Peter, yo seguía sus movimientos por el rabillo del ojo.

—¿Cómo? —pregunté, tratando de que siguiera absorto en ese retorcido discurso para que no dejara de prestarme atención a mí—. ¿Cómo vas a salvar algo que ni siquiera yo soy capaz de salvar?

Soltó una carcajada.

—Pues volviendo a centrar la atención en ti.

De repente lo tenía justo delante. Apestaba a... algo que no sabía identificar. Era su olor corporal mezclado con humo y algo más. Algo enfermizo. Podrido. Estaba aterrorizada, muerta de miedo, quería llorar y gritarle que parara, pero no podía. Tenía que mantenerme firme, dejarle hablar y...

—Tú —susurró Peter— vas a matarme.

Me quedé petrificada.

Turner dejó escapar un sonido grave y entrecortado.

Peter esbozó una amplia sonrisa cargada de desesperación. Parecía esperanzado, pero con un tipo de esperanza que no debería existir. Una gota de sudor le resbaló por la frente.

—La autora de la aclamada novela que no podías parar de leer se convierte en la protagonista de su propio libro. —Hizo un gesto con la mano—. Imagina los titulares. Y ya lo tienes todo hecho. Acosan a la escritora de *thrillers*. El acosador la sigue hasta una convención literaria, atormentándola. El hotel, la policía y el mundo entero la

ignoran. Una tormenta la deja aislada, pero ella persiste. Hasta que una noche se ve acorralada por las llamas. Hay fuego por todas partes, incluso en la nieve. El acosador ha cruzado la línea. Sale a la luz, atraído por la posibilidad de hacerse con su presa. Pero ella es inteligente y lo lleva a su terreno: la ficción entretejida con la realidad. Tiene las herramientas para luchar. Para ganar. El villano muere, pero no sin antes dar guerra y dejar cicatrices en ella que la acompañarán toda la vida. ¿Podrá superarlo y volver a escribir?

Se me escapó un sollozo. Ya no podía contenerlo más.

—Eres...

—Un genio —terminó él—. Lo de la tormenta de nieve ha sido un bonito detalle que no me esperaba, pero aun así creo que habría salido bien. Incluso he conseguido adaptar el plan para que él encaje a la perfección —dijo refiriéndose a Turner—. Las mujeres que salvan a los hombres están de moda ahora mismo.

—Estás enfermo —le solté en la cara—. Esta es mi vida, no una novela que puedes construir a tu antojo.

Noté algo contundente contra el pecho. Era la pistola. Me quedé sin aire. Me zumbaban los oídos.

—Vas a matarme, Eden. Si no lo haces, no voy a parar nunca. Siempre estaré por ahí, acechando. ¿Crees que me condenarán a cadena perpetua por esto? ¿Por prenderle fuego a un cobertizo y a unos cuantos coches? ¿Por enviarte una nota? ¿Por hacerte unas cuantas fotos? Venga ya.

Apartó la pistola y me la puso en la mano. Mi cuerpo no respondía, estaba inmóvil, así que me cerró los dedos para que la cogiera.

Luego dio un paso atrás, me miró fijamente a los ojos y dio comienzo a una retahíla de palabras que fueron saliendo a borbotones y que dejaron en evidencia hasta dónde llegaba su grado de locura:

—Te he hecho replantearte tu propia estabilidad mental, Frankie. No solo te he acosado, me he metido en tu cabeza. En tu mente. En tu vida. Cuando abrías mis cartas, yo estaba ahí, aparcado en tu calle, vigilando. Cuando llorabas en tu escritorio, día tras día, veía cómo las lágrimas corrían por tu rostro. Porque estaba ahí. Cuando fuiste a esa librería y te derrumbaste al ver tantas sillas vacías, también estaba. Y sí, tienes razón, estoy enfermo. Me rechazaste y decidí meterme en tu cabeza y en tu vida hasta tal punto que no pudieras existir sin mí porque nos habríamos fusionado. Y, durante un tiempo, así fue. Nos fusionamos. Pero ahora te estoy dando la forma de librarte de mí.

El corazón me latía con fuerza, el miedo impregnaba cada centímetro de mi ser. Me sentía mareada, asqueada, totalmente ajena a mí misma, como si me hubiera arrancado una parte tan grande de lo que soy que ya no sabía qué quedaba de mí. La ira se abría paso centímetro a centímetro ante la devastadora comprensión de lo sucedido. Había pasado por mi peor momento, había tocado fondo, y aun así este hombre se había atrevido a arrebatarme una parte de mí y a hundirme aún más. Ahora también me estaba arrebatando la alegría de este fin de semana tan importante. Quería apropiarse de él igual que se estaba apropiando de mí, y eso me ponía furiosa. Estaba furiosa con el mundo y con él, porque era tan devastador, tan agotador y tan abrumador que no sabía cómo luchar. No sabía cómo salir de esta ilesa.

—Aprieta el gatillo —espetó mirando hacia abajo. Yo también bajé la mirada y descubrí que tenía el brazo extendido y estaba apuntándolo con la pistola—. Me merezco esa bala. Los dos lo sabemos.

El arma temblaba en mi mano.

Volví a mirarlo.

Yo no sabía si se merecía esa bala y no quería tener el poder de decidirlo, pero lo que sí sabía era que lo odiaba. Lo odiaba por ponerme en esa situación, por hacerme sentir tanta rabia, tanta impotencia, tanta indefensión. Era consciente de que quería provocarme y yo estaba cayendo en la trampa, pero es que no me merecía aquello. No me lo merecía.

—Hazlo, Frankie —dijo Peter, metiéndose en mi cabeza, más adentro si cabía—. ¿No me odias? Sé que sí.

Asentí con la cabeza mientras todo mi cuerpo temblaba.

—Te odio. Es cierto. Pero no voy a...

Caminó directo hacia el arma. Abrí mucho los ojos, la ira se desvaneció y volvió a aparecer el pánico al ver que alzaba los brazos hacia mis manos.

—Te ayudaré, Frankie Rossi. —Sus dedos húmedos se posaron encima de los míos, tanteando, buscando el gatillo. Abrí la boca, la sangre se me bajó a los pies y luego se me subió a la cabeza. Estaba mareada, entumecida, no podía pensar ni moverme—. Te ayudaré como siem...

Algo nos embistió.

O más bien embistió a Peter.

Yo salí empujada hacia un lado y entonces se escuchó el ruido del cristal al romperse.

Un grito resonó en la silenciosa madrugada, y el crepitar del fuego fue el único acompañante del golpe sordo que siguió.

La pistola que tenía en la mano cayó al suelo con estrépito y me di cuenta de que yo también estaba en el suelo. Me había caído de rodillas, desgarrándome la tela de las mallas y la piel de debajo. Tenía la respiración entrecortada. A duras penas podía respirar. Toda yo estaba rota en cien mil pedazos.

Alguien se arrodilló ante mí.

—Frankie —dijo Turner—. Frankie, cariño. Mírame.

De repente tenía los ojos de Turner delante. Tenían las pupilas dilatadas y se movían frenéticos, pero no tenían nada que ver con la mirada de angustia que había contemplado segundos antes. En estos había bondad. Preocupación. Amor. Fuerza. Eran mi hogar.

—¿Dónde está? —le pregunté con la voz desgarrada—. Dios mío, Turner, ¿dónde está?

Él negó con la cabeza, encogiéndose de dolor al moverla.

—Ya no está.

¿Estaba muerto? ¿Vivo? No sabía qué era mejor. Me sentía vacía y desconocía qué era lo que necesitaba para llenar ese extraño vacío.

—Quería que lo matara —susurré entre sollozos—. Yo...

—No te habría dejado hacerlo —me dijo Turner, respondiendo a algo que yo no sabía que había preguntado—. No podía dejar que cargaras con ese peso. No lo habría permitido. Por encima de mi cadáver.

—¿Y has preferido cargar tú con él?

—Sí. —Apoyó su frente contra la mía, con las manos aún atadas a la espalda. El contacto de su piel me produjo una sensación de absolución. Como si, al estar con él, hubiera un atisbo de esperanza

—. Esto va a ser muy difícil de asimilar, cariño. Para ti. Para mí. Para los dos. Pero lo conseguiremos. Lo superaremos. Seremos felices.

—¿Cómo?

—Encontraremos la manera. Igual que nos hemos reencontrado nosotros. Seré tu luz cuando la oscuridad te aceche. Igual que tú siempre has sido la mía. Y, si en alguna ocasión sientes que te cuesta demasiado y estás a punto de perderte, me encargaré de traerte de vuelta. Las veces que haga falta. Hasta el fin de los tiempos.

Epílogo

Tres años después…

—Recuérdame otra vez por qué estamos haciendo esto.

Miré a Turner desde la entrada de nuestra casa.

—Porque la alternativa era un vuelo de hora y media, y tú consideras que es demasiado arriesgado a pesar de que el médico ha dicho que no había ningún problema —contesté.

Turner refunfuñó.

—Prefiero ser yo quien decida qué es o no es un problema para mi mujer embarazada y mi hijo nonato. De hecho, creo que lo mejor sería no salir de casa.

—Vaya, qué sorpresa. —Me apoyé una mano en la cintura—. No me había enterado de que te habías licenciado en Medicina mientras bajabas las escaleras. No me puedo creer que me haya perdido la ceremonia de entrega de la bata blanca de mi marido.

Turner entrecerró los ojos y dejó caer las maletas a sus pies de forma dramática. Sonreí. Sus labios también se curvaron en una mezcla de diversión y lujuria que me resultaba muy familiar. En dos zancadas se colocó frente a mí y, con un rápido movimiento, acercó la boca a mi oreja.

—Debería follarte hasta que dejaras de ser tan descarada —murmuró—, pero, si empiezo, nunca saldremos de esta casa.

Me reí, un poco turbada.

—Conque admites que estás siendo sobreprotector y que deberíamos irnos.

Él soltó un gruñido, mientras me mordisqueaba el lóbulo de la oreja y me rodeaba la barriga de embarazada con el brazo.

—Gracias —murmuré, más que contenta de tenerlo tan cerca—, me encanta tener la razón.

Turner se rio con voz grave.

—No he admitido nada.

—Venga ya, a estas alturas hablo con fluidez el idioma de los maridos gruñones. Ese ruido significaba «Está bien, vale, puede que sea un cascarrabias». Y ese mordisquito significaba «Caray, Frankie. Siempre tienes razón».

Turner soltó un bufido.

Le di un beso en la barbilla.

—Todo irá bien —le aseguré, esta vez más seria—. Solo son cinco horas en coche. Haremos paradas para que pueda estirar las piernas. Y, cuando lleguemos a Nueva York, dejaré que me mimes y me prohíbas salir de la cama hasta que esté completamente descansada.

Un tenue sonido de aprobación salió de la boca de mi hombre, pero aun así dijo:

—No sé. Es que ¿por qué tenemos que ir?

—Confirmamos que asistiríamos hace semanas. —Pasé la boca por ese lugar que tanto le gustaba, justo debajo de la oreja. Le di un beso y él suspiró—. Y Lucas se puso muy contento cuando le dijiste que iríamos a celebrar el aniversario de su restaurante. Rosie me dijo que te llama «su amor imposible», ¿lo sabías?

Esa sonrisa tímida que le daba un aire tan juvenil y adorable hizo acto de presencia. Me recorrió la espalda con las manos hasta llegar a mi culo. Le dio un apretón.

—Lucas es buena gente.

Casi tres años atrás, Turner había rechazado la oferta de Lucas de colaborar en su restaurante de Nueva York. Durante un tiempo me culpé por ello, pero a esas alturas ya había aceptado la decisión. Mi proceso de recuperación no había sido fácil, que digamos, y aún continuaba yendo a terapia, pero había conseguido comprender que estaba bien aceptar (e incluso esperar) ciertos sacrificios por parte de las personas que te querían. Al igual que estaba bien hacerlos por aquellos a los que querías.

Después de lo que pasó en Vermont, necesitaba volver a casa con Turner, pero no a la de Boston, sino a Portland, a Maine. En retrospectiva, ahora sabía que también me habría recuperado si nos hubiéramos mudado a Nueva York, aunque quizá me habría llevado más tiempo. Con Turner a mi lado, habría sido capaz de salir del agujero en el que estaba desde cualquier lugar del mundo. Por suerte, no había sido necesario. Habíamos tomado la decisión juntos de quedarnos en Portland. Y había sido acertada. A Turner no le había importado aparcar la idea de asociarse con Lucas, y habíamos decidido que, si alguna vez se volvía a presentar la oportunidad, íbamos a hacer las cosas bien. El Panadero Nocturno prosperaba, independientemente de dónde estuviéramos.

Mis ventas se dispararon después de que el ataque saliera en las noticias. La autora de novelas policíacas y de suspense cuya vida se había convertido en uno de sus libros vendió muchos ejemplares, tal y como Peter había previsto. El dinero que cobré por los derechos de

autor posteriores no se tocó en mucho tiempo. Me parecía mal sacar provecho de algo tan doloroso y traumático para los dos. Peter no falleció por la caída. Nos enteramos de que había muerto poco después por inhalación de humo y quemaduras provocadas por el incendio que él mismo había provocado, pero eso no impidió que nos siguiéramos sintiendo responsables. Turner tenía razón, sobrevivir a ese día había sido muy duro. Algunos días pensaba que nunca iba a ver la luz al final del túnel. Y sabía que algunos también eran muy chungos para Turner. Pero lo habíamos conseguido. Juntos.

Doné parte del dinero que había ganado con *Lobos de noche* a una organización benéfica que financiaba la investigación de enfermedades mentales y, con el tiempo, aprendí a dejar de cargar con la culpa. Porque había sido de Peter. Y en parte también de este mundo y de cómo estaba montado. Yo no podía evitar que titulares como ese vendieran libros.

Usamos la otra parte del dinero para comprar una casa. Una casa grande de dos plantas donde empezar una nueva vida.

El día que nos mudamos, Turner me pidió matrimonio. Rodeados de cajas y rincones vacíos, entre el eco de nuestras risas, se arrodilló y me pidió que pasara el resto de mi vida con él.

Como si hubiera otra alternativa que quisiera vivir.

Hubo más risas, besos y llantos. Y justo en ese momento supe que iba a ser capaz de sobrevivir a cualquier cosa que la vida me deparara. Por fin tenía el refugio que siempre había deseado. Un remanso de seguridad en el que esconderme de la realidad cuando esta se volvía insoportable. Y no era por la casa, el anillo ni lo que vino después. Era por el hombre con el que compartía mi vida. El

que siempre había formado parte de mi familia y con el que estaba empezando a crear una nueva.

—¿Dónde se ha ido esta cabecita? —me preguntó Turner en voz baja, devolviéndome al presente. Tenía mucho tacto a la hora de hablarme cuando me distraía.

Mi marido, siempre tan atento y observador.

—Estaba recordando el día que me pediste matrimonio. Fue precioso.

—El mejor día —dijo besándome la punta de la nariz—. Empatado con el día que recogimos a Charlie de la protectora. Y solo superado por el día en que te vi caminar hacia el altar. Lloré como un bebé. Me muero de ganas de volver a hacerlo cuando por fin pueda tenerlo en mis brazos.

Tenía la mano sobre mi barriga. Me la tocaba siempre que tenía oportunidad.

—Quizá deberíamos llevarnos a Charlie a Nueva York —dije—. Ahora me siento mal por dejarlo aquí.

Turner ladeó la cabeza mientras me observaba.

—Si de verdad es lo que quieres, podemos pasar a recogerlo por casa de Ric, pero que sepas que le vas a romper el corazón a tu hermano.

El año pasado Ric había aceptado a regañadientes cuidar durante un fin de semana al cachorro que habíamos adoptado y acabó enamorándose por completo de él.

—Tienes razón —me reí—. Estoy casi segura de que tiene varias actividades programadas para hacer juntos. Vi su calendario y te juro que había un espacio de dos horas reservado para «Tiempo de calidad con Charlie» el sábado. Me pregunto qué harán.

—Prefiero no saberlo.

—Mi hermano necesita encontrar un hobby. ¿Y si le compramos una máquina de coser como la mía?

Él se rio.

—Tu máquina tiene cien años. Y no creo que él disfrute tanto como tú de tener que arreglarla. No tiene paciencia. La tirará por la ventana antes de aprender a zurcir un calcetín.

Parte de mi proceso había consistido en buscar algo que fuera solo para mí. Resultó que la vieja máquina de coser de Mia era la respuesta. Las cosas entre nosotras ya no eran como antes, y probablemente nunca volverían a serlo, pero habíamos tenido una conversación que llevábamos mucho tiempo posponiendo. Habíamos llorado, nos habíamos abrazado y habíamos hecho las paces con el pasado. Ninguna de las dos podía cambiarlo. Y nos habíamos echado mucho de menos.

Al igual que habíamos reparado nuestra relación, aunque no del todo, también habíamos arreglado la vieja máquina de coser. Costó lo suyo y tuvimos que vernos cientos de tutoriales en YouTube, pero al final se consiguió. Ahora, cada vez que mi mente se iba a un lugar oscuro, me sentaba frente a la máquina y cosía. Turner se consideraba el tío más afortunado del mundo, según sus propias palabras, desde que había empezado a hacerle ropa a medida y delantales bordados con el nombre de su negocio.

—Muy bien —dijo mi marido dándome un último beso y volviendo a coger las maletas—. Última oportunidad para quedarnos en casa.

—Buen intento —le dije con un empujón juguetón—. Cuanto antes salgamos, antes llegaremos. Además, si te portas bien y sales de

casa en los próximos dos minutos, te contaré lo que he escrito esta semana. Incluidos los giros argumentales.

La expresión le cambió de golpe. Mi marido sonrió como siempre hacía cuando le hablaba de lo que escribía. Había tardado más de un año en volver a escribir y, aunque ahora lo hacía, las cosas habían cambiado. Ya no hacía giras ni me exigía tanto a mí misma. Escribía porque me hacía feliz.

Escribía de forma egoísta.

Como aquel día en que por fin cogí el portátil y abrí un documento en blanco. Había sido un día raro, no recuerdo los detalles, solo que estaba triste y enfadada después de mucho tiempo sin sentirme así. Ni siquiera la máquina de coser o un paseo con Charlie habían apaciguado aquella extraña agitación. Necesitaba esa felicidad, esa sensación de plenitud que solo las palabras podían proporcionarme. Cuando quise darme cuenta, Turner había llegado a casa y me había encontrado en la oficina inmaculada que habíamos mantenido intacta desde que nos mudamos. Recuerdo que me sonrió y cerró la puerta en silencio.

Ese día estuve horas allí sentada. Y lo mismo durante el resto de la semana. Lo que escribí era una bazofia y acabó siendo reescrito o descartado, pero es lo que tienen los nuevos comienzos, que a veces son caóticos. No tienen por qué ser perfectos. Basta con que existan.

En cierto modo, ese fin de semana en Vermont había sido un nuevo comienzo.

Había sido aterrador y trágico, y estaba muy lejos de ser perfecto, pero también había sido maravilloso y liberador, y me había permitido sacar unos sentimientos que llevaban años enterrados. Me

preocupaba tanto que ese fin de semana marcara un antes y un después en mi carrera, que ahora me fascinaba ver hasta qué punto había sido así.

Tal y como temía, me había estrellado y consumido hasta que ya no quedaban más que escombros.

Pero Turner había estado allí conmigo. Para mí. Para recoger los pedazos y juntarlos cuando yo no podía.

Y hoy, el chico del que llevaba toda la vida enamorada y que me había correspondido seguía a mi lado para recordarme que de los escombros también surgen cosas bellas.

Que, pase lo que pase, yo siempre seré su luz. Y él será la mía.

Que por mucho que a veces mi mente se escape, él siempre estará ahí para mantenerme unida a la preciosa familia que estamos creando.

No me soltará. Nunca. Y yo a él tampoco.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Es raro escribir los agradecimientos de un libro un año después de haberlo escrito. No es que haya normas para esto (si algo he aprendido de este oficio es que no las hay). Así que supongo que no hay problema en contaros algo antes de pasar a los agradecimientos y los abrazos.

Frankie y Turner no tenían que existir. Su historia se publicó originalmente como un audiolibro, y la idea que le propuse a Spotify no era esta. No había ninguna escritora, ninguna convención, ningún Turner Reece. Lo único que tiene en común con aquella primera propuesta es que los protagonistas eran amigos de la infancia que encontraban el camino de vuelta el uno al otro.

Después de mi cuarto libro (el que publiqué justo antes de escribir esta novela corta) atravesé un episodio depresivo. Nos sorprendió a todos, incluida yo. Resulta que se me daba genial fingir que estaba bien. Tan bien, que antes de venirme abajo jamás pensé que necesitara terapia. «¿Yo?», decía. «Si solo me están pasando cosas buenas. Mi primer libro me catapultó a la carrera con la que soñaba y ahora puedo vivir de escribir. Puedo ir de gira y me pagan por crear historias de amor. ¿Por qué iba a necesitar terapia? Lo que necesito es seguir trabajando, eso es lo que tengo que hacer. Escribir. Gustar. Mantener felices a esas lectoras. Que me quieran».

Me equivocaba, claro. El cambio es cambio, independientemente de cuánto bueno traiga consigo. En mi caso, el cambio acabó

convirtiéndose en presión. Y yo terminé cediendo bajo su peso. Siendo realistas, ir antes a terapia podría haber ayudado a evitar que eso pasara. O quizá no. Puede que todos los miedos y traumas que aquel episodio desencadenó hubieran seguido enterrados. Resulta que también se me daba extraordinariamente bien mantener todo eso al margen.

La carrera de Frankie no es casualidad. Y tampoco lo es la situación en la que se encuentra. Aunque, antes de que me lo preguntéis, nunca he tenido que lidiar con un acosador. Por suerte. ¿Pero todo lo demás? Prácticamente es mío. El cóctel de inseguridades, y vivir con el miedo a no ser nunca deseada, priorizada, elegida, apreciada, *validada*. Todo eso es mío. Para mi sorpresa, aunque no para la de mi terapeuta. Un día me preguntó en qué estaba trabajando y, después de escucharlo, sonrió (con esa sonrisa de quien ya sabe la respuesta) y me planteó una pregunta: «¿Te parece casualidad que estés escribiendo sobre una escritora que siente que no es deseada por nadie excepto por un acosador?».

Os juro que no me di cuenta hasta ese momento. Pero, en fin. Esta novela corta acabó convirtiéndose en un ejercicio. Sí, con escenas *spicy*. Y sí, también tiene un acosador. Pero, en el fondo, me sirvió para escribir sobre esas emociones que no me permitía comprender. De una forma divertida, claro. Pero también real.

Es la historia que necesitaba escribir en ese momento. Muchísimas lectoras se sentirán decepcionadas con el cliché de la falta de comunicación, con la forma en que Turner dejó que unas pocas palabras le impidieran ir a por la chica que amaba. Y encima se comprometió con su amiga, ¡¿cómo se atreve?! Pero ¿acaso la vida no es así de jodidamente caótica? Todas y cada una de las personas

implicadas en esta novela meten la pata. Igual que yo lo hice y lo sigo haciendo. Se supone que lo que cuenta es lo que haces con los errores. Y quizá por eso necesitaba escribir la historia de Frankie y Turner. Para diseccionar mis errores y cómo me sentía y, al final, mostrarme a mí misma que merezco ponerme en primer lugar. Ser deseada. Querida. Apreciada. Y hacerlo yo. Porque, al final, resultó que soy Frankie tanto como soy Turner.

Así que gracias. Gracias por haber llegado hasta estos agradecimientos (porque madre mía, esto ha tomado de repente un giro oscuro, triste y profundo), pero también por darles una oportunidad a estos dos y, con ello, darme una a mí también. Tanto si después de leerlo os gusto más como si os gusto menos. Espero que sea lo primero, evidentemente, pero no me culparé si es lo segundo. Es lo que hay, ¿no?

En palabras de Monica Geller: bienvenida al mundo real. Es una mierda. Te va a encantar.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com